

A. de ...

CONFERENCIAS

PARA

LOS HIJOS DE DON BOSCO

POR EL

IL.^{MO} Y REV.^{MO} MONS.^{OR}

SANTIAGO COSTAMAGNA

OBISPO TIT. DE COLONIA

VICARIO APOSTÓLICO DE MENDEZ Y GUALAQUIZA

y Miembro de la Pia Sociedad de S. Francisco de Sales



VALPARAISO

TIP. SALESIANA - QUINTA WADDINGTON

1897



D 90 2 U

Ci. S. 201

CONFERENCIAS

PARA

LOS HIJOS DE DON BOSCO

POR EL

IL.^{MO} Y REV.^{MO} MONS.^{OR}

SANTIAGO COSTAMAGNA

OBISPO TIT. DE COLONIA

VICARIO APÓSTÓLICO DE MENDEZ Y GUALAQUIZA

y Miembro de la Pia Sociedad de S. Francisco de Sales

BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA
TORINO

Classe S. 2

N. 90

Formato D



Ufficio Centrale Stampa Salesiana

BIBLIOTECA

N. 1941

Classif. S. 205

Posiz. Sc. P. A. n. 141

ORATORIO SALESIANO - TORINO

VALPARAISO

TIP. SALESIANA - QUINTA WADDINGTON

1897



JL.^{MO} MONSEÑOR SANTIAGO COSTAMAGNA

Obispo tit. de Colonia.

Il.^o y amado Monseñor:

Acabo de recibir la quinta Conferencia con que S. S. se ha dignado regalarme, que como sus cuatro hermanas que la precedieron, han sido recibidas y leídas por todos con sumo placer. ¿No se imprimirán tan hermosas Conferencias? dijo alguien después de haber oído su lectura. Estas palabras no fueron sino la expresión de un sentimiento común á todos.

Luego, no extrañe S. S. si le pido permiso para hacer de ellas una corta edición, á fin de que su fruto sea más duradero y el bien que produzcan sea más abundante.

El mismo entusiasmo que han despertado entre nosotros, lo han de despertar por cierto doquiera sean leídas, con sumo provecho de la ob-servancia y del espíritu religioso. Siendo esto así ¿ como se ha de oponer S. S. á que el bien de unos lo sea de muchos?

.....
Besa su sagrado anillo

Su af.^o hermano en J. C.

E. SCAVINI

Valparaiso, Mayo 24 de 1897.

Á MIS HERMANOS SALESIANOS

Permitid que os dirija dos palabras, queridos hermanos míos, para presentaros las *Conferencias* que váis á leer. Muchos de vosotros ya sabéis de que se trata en ellas.

Nuestro amado Superior, el Il.^{mo} Monseñor Costamagna, no bién tomó posesión del nuevo cargo de Vicario de Don Rua en el Pacífico, puso

mano á la obra, y trabajó con empeño, para que los hijos de Don Bosco, tan numerosos en estas playas, no desdijeran los ejemplos y virtudes de su padre.

Entre los otros tantos medios que excogitó con éste fin, fué uno de los más felices la difusión de éstas *Conferencias*.

No cabe duda, queridos hermanos, que ellas han sido dictadas, ante todo, por el deseo de nuestro aprovechamiento y en segundo lugar con el fin de que el perfeccionamiento de los hijos diera más lustre á nuestra querida Sociedad expuesta hoy á la mirada de todos.

Yo, y otros hermanos hemos creído conveniente que éste precioso trabajo de nuestro Superior, fruto de su ilustración y de la experiencia de tantos años, revistiera una forma algo más seria y estable que la que le pudiera dar simples hojas sueltas manuscritas, expuestas al peligro de extraviarse con demasiada facilidad.

Por ésto es que, después de haber pedido la venia consiguiente, hemos resuelto darle á luz, abrigando también la esperanza de que su lectura pueda ser útil á mayor número, y de que llevadas en alas de las auras del Pacífico visiten á nuestros hermanos del Atlántico y les sean tan provechosas como á nosotros.

Vuestro hermano en J. C.

E. SCAVINI

Valparaíso, Mayo 24 de 1897.



CONFERENCIA I.^{RA}

Teología — Canto Gregoriano — Piedad — Aseo.

Santiago, Marzo 2 de 1897.

Carísimo Director,

El primer tema de una Conferencia pide permiso para entrar en este Colegio, con el objeto de ser leído y explicado á los Salesianos, que en él habitan. ¿Tendrá buena acogida? ¿buen éxito? Lo espero.

I. — *Teología.*

Repítase á los acólitos el “quia scientiam repulisti, repellam te, etc.” de la Santa Biblia. — Incúlquese el estudio literal de las definiciones y de los textos de la Santa Escritura, que es la palabra misma de Dios, luz de la vida, manjar del alma, alegría del corazón y puerta del Cielo. Dígaseles que el estudio lo hagan en forma de oración, elevando á menudo del libro de Teología la mente á Dios. Saber mucho sin Jesucristo no es saber, es antes bien una cosa perjudicial. Amad los estudios teológicos, pero hechos santamente. ¡Cuántas vocaciones se perdieron por el descuido de este estudio! y, cuántos acabaron por malograrse por haber estudiado sin Jesucristo, que es “lux mundi, via, veritas et vita!”

II. — *Canto Gregoriano.*

Varios autores de moral, entre los cuales el Del Vecchio (Tom. I, pag. 191) hablando de las obligaciones

de los Eclesiásticos hacen mención del “canto llano” y citan á Santo Tomás y á Benedicto XIII el cual man- ta que el canto eclesiástico “planus sit nempe Grego- rianus, omni alio rejecto.” El canto figurado es tan sólo tolerado. Varias circulares de nuestro amado Rector Mayor, D. Miguel Rua, tratan de la obligación que todos tenemos de cultivar este canto. Yo quisiera que todos nuestros alumnos lo aprendieran bien. Para este fin enco- miendo que, omitiendo algunas lecciones de música en cada semana, se enseñen “con amor” los principios del canto gregoriano, los Salmos, los Himnos, etc. y una Misa á lo menos. Dios bendiga y haga eficaz vuestra buena voluntad, pues es tiempo ya no de hablar sino de obrar.

III — *Piedad.*

Recomiendo que todos los Salesianos “verbo et ope- re”, pero “opere” antes que “verbo” enseñen á sus alumnos la piedad exterior. Recordemos el ejemplo de Don Bosco; por consiguiente:

(a) La señal de la Santa Cruz hágase desde la frente hasta el “final” del pecho, pero no de manera que la mano derecha pase por encima de la izquierda, etc. Há- gase siempre despacio. Es esta una óptima entonación de todas nuestras obras cotidianas.

(b) Ténganse las manos juntas delante del pecho, y no los brazos cruzados, en las oraciones que se dicen en la mesa, entrando y saliendo de la Iglesia y siempre que en la Capilla se va de un lugar á otro, máxime en la ida y vuelta de la Sagrada Comunión, ¡Ay! qué mal pare-

cen esas manos colgando! Cada uno trate de imitar á D. Bosco, quien, con sus blancas manos juntitas ante el pecho, parecía decirnos á todos: — “Miei figli, ¡sursum corda! che il diavol non vi morda.”

IV — *Lectura.*

Al principio y á la mitad del año escolar débense leer en la mesa: 1º la Santa Regla; 2º las Deliberaciones; 3º El Reglamento de las Casas. — No se olvide tampoco la lectura del Boletín italiano en la mesa de los Salesianos y el castellano en la de los alumnos.

Todo esto contribuirá á hacer brotar vocaciones salesianas y á corroborar las ya nacidas.

V — *Cartas.*

D. Bosco hízonos una vez una hermosa conferencia sobre el modo de escribir cartas, y quiso después dejarnos impresas en el Reglamento de las Casas las reglas para no errar en la dirección, el encabezamiento, la conclusión, etc. de ellas. Será necesario que estas reglas se estudien, modificándolas según el estilo del país en que vivimos. Muy pocas cartas recibo de los Salesianos sin que haya algún defecto en la forma. — Pero el mayor de los errores, que en algunos he reparado, es el de no dar en ellas ninguna señal, no diré del “Salesiano” sino del “Cristiano.”

VI — *Buena crianza.*

No la tienen los Hermanos que, v. g. estando en la Iglesia, escupen en el suelo y no en el pañuelo: ó bien

en la mesa, escupen en el plato lo que no pueden mascar, en vez de recojerlo disimuladamente con la mano izquierda y deponerlo en un lado del plato, etc. Desearia también que nadie hiciera ruido con la boca comiendo: lo que puédesse evitar si, mascando, se tienen los labios casi cerrados. — Estos avisos son también de D. Bosco.

VII. — *Aseo en los vestidos.*

No lo tienen la generalidad de los Salesianos, á quienes en algún pueblo se ha dado en llamarlos (¡ horror !) los “ Padres sucios ! „ ¿ qué os parece, hermanos míos ? ¿ Sería esto un medio conducente á salvar más número de almas ? Aconsejo el uso de la “ bencina ” para quitar esos medallones (manchas) que indecorosamente “ decoran „ ciertas sotanas. — Quisiera también hablaros del “ medio luto „ que algunos llevan en las estremidades de los dedos, y de otras prerogativas, ó especialidades ; pero el Sr. Director sabrá recorrer todo el campo en cuestión, señalando al enemigo, para acabar con él.

No prometiendo no enviar un segundo tema de conferencias, si Dios me diere vida, al término del mes, y encomendándome en las oraciones de todos, os bendigo de corazón, y me suscribo

Vuestro af.^o en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA II.^a

Canto Gregoriano — Estudio de la Teología Moral.

Santiago, Marzo 9 de 1896

Carísimo Director.

Esta segunda circular está dirigida especialmente á los Sacerdotes de esa casa. Leedla, medítadla, practícadla y Dios os bendecirá.

Liturgia.

I. — *Canto Gregoriano.*

El Director tendrá á bien hacer practicar el siguiente Decreto, que la S. Congregación de Ritos emanó el 14 de Marzo del año proximo pasado (1896).

— S. R. C. interrogata a plurimis “ An intonationes Himni Angelici ac Symboli, nec non singulæ modulationes a Celebrante in Missa cantata exequendæ; videlicet Orationum, Præfationis, Orationis Dominicæ, etc., cum relativis responsionibus ad chorum pertinentibus, EX PRÆCEPTO servari debeant prout jacent in Missali; an mutari potius valeant juxta consuetudinem quarundam Ecclesiarum „; re matura perpona respondit: “ Affirmative ad primam partem: “ Negative ad secundam, et quamcumque contrariam

“ consuetudinem esse eliminandam. Atque ita rescripsit
“ ac servari mandavit. „ C. Card. Aloisi Masella,
“ Pref. (1)

II. — *Angelus y Regina Cœli.*

La Santidad de Leon XIII el 20 de Mayo del año p. pasado (1896) benigne declaravit: “ in Sabbatis
“ quadragesimæ orationem “ Angelus Domini ” meridiæ,
“ recitandam esse stando. „ — Sabbato vero infra octavam Pentecostes (vigilia SS. Trinitatis), meridiæ,
“ recitandam esse antiphonam “ Regina Cœli. ”

Aconsejo que esto se apunte y practique para poder ganar las respectivas indulgencias.

Estudio de la Teologia Moral.

Todo Sacerdote Salesiano debe adquirir “ con justicia ” la Patente, ó sea el Diploma de Confesor. Esto es para mi un axioma, á lo menos para los que viven en estas regiones americanas. Pero esto no basta. Suplico fijeis vuestra atención en las consideraciones siguientes:

1º Facilmente, con el transcurrir de los años, uno se olvida la mayor parte de lo que ha visto en este “ Mare Magno „ de la Moral. Por esto dice el doctísimo Mabillón: “ *Moralis Theologiæ studio, quamdiu vivitur, omnino danda est opera.* ”

2º S. Alfonso opina que peca..... (!) el Confesor, que

(1) Conque, Director carísimo, tratándose de evitar un pecado de desobediencia á N. S. Madre la Iglesia ¿qué harás tu? qué harán tus Sacerdotes y cantores? Santa Teresa diría luego: **Ab omni peccato veniali deliberato libera nos, Domine.**

deja pasar un año sin repasar algo de la Teología Moral, máxime en aquellas partes en que uno se hallare menos fuerte.

3° Don Bosco después de haber cursado los “ cinco „ años de Teología en el Seminario, ordenado Sacerdote, quiso aplicarse exclusivamente al estudio de la Moral por tres años consecutivos en el Colegio de Moralistas de Turín, y continuó repasándola toda su vida.

4° Todo Confesor, además de ser Padre, debe ser médico, doctor, juez, ó sea ministro en este Sacramento. “ *Labia sacerdotis custodiant scientiam et legem requirunt de ore ejus (Malach).* „ Ahora bien, los Teólogos con S. Alfonso á la cabeza, dicen que pecan gravemente: 1° los Sacerdotes que sin “ suficiente ciencia „ se meten á Confesores; 2° los Superiores, que sin necesidad tales Confesores toleran. “ *Væ vobis, duces cæcorum (Matth.) positi non in resurrectionem sed in ruinam multorum (ex Luc.)*

5° Aunque sea verdad que no de todos los Confesores deba exigirse una ciencia eminente, con todo ¡ay del Confesor que no sepa á lo menos el “ minimum „ de dicha ciencia! El minimum es lo siguiente:

a) Conocer los casos reservados en la Diócesis, y los casos y censuras reservados al Papa: á lo menos aquellos en que frecuentemente se incurre.

b) Saber distinguir el pecado venial del mortal.

c) Saber las circunstancias más relevantes del pecado, al menos las que mudan de especie.

d) Lo que trae obligación de restituir hacienda, ó fama ó almas.

e) Cual sea la ocasión próxima, con sus remedios, á lo menos los principales.

f) Las disposiciones necesarias en el penitente.

g) Las penitencias y remedios, á lo menos, los más usuales.

h) Finalmente en las cosas que más raras veces suceden, no ser uno tan ignorante que siquiera no sospeche que se trata de cosas serias: por ej. que el tal pecado acaso es impedimento de matrimonio, etc., para que, de este modo, dudando, no pronuncie su fallo hasta no haber primero consultado el caso con autores ó doctores, y así evite todo yerro.

“ Hisce positis,, y como para acallar un tantico los remordimientos de mi conciencia yo vine en establecer:

1° Enviareos cada mes un caso de moral, al que á la brevedad posible responderá cada uno, enviándome la solución en latín, ó en italiano, ó en castellano.

2° Cada Sacerdote de esa Casa, Confesor, Director, etc., no dejará pasar el año (12 meses) sin rendir un exámen sobre las cosas principales de la Teología Moral, y ésto se ha de hacer, Dios mediante, cueste lo que cueste á vosotros y á

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA III^A

Santiago, Marzo 24 de 1897

Carísimo Director:

Heme aquí otra vez dando aldabadas á la puerta de esta bendita casa para proporcionarte un tercer tema de conferencia. Recíbelo con amor como yo con amor te lo envío.

I. — *Testamentino.*

Era voluntad de D. Bosco que todos los jueves los acólitos dieran de memoria diez versículos del “Nuevo Testamento „ comenzando por el Evangelio de S. Juan. ¿Cómo nos resignaríamos los Americanos á privar á nuestras casas de este tesoro tan grande ? ¡ Director, mano á la obra ! Imitémos á D. Bosco y consolémos á nuestra querida madre la Congregación !

II. — *Catecismo.*

Debe ser nuestra obra clasica. Todos deben hacerlo en los dias festivos. Los coadjutores han de prepararse bien, pues algunos de ellos no saben todo el catecismo. No es digno de ser Salesiano el que no sabe la doctrina cristiana. Pero no siendo nada fácil una buena explicación de esta doctrina, se infiere que todos, quien más quien menos, deben prepararse. Procúrense dar á esta explicación un carácter “ eucaristico, „ recordando á los discipulos que el primer Catequista, Jesús, el cual enseñó

estas mismas verdades, allí lo tenemos muy cerca en el santo Tabernáculo de nuestra Capilla. El catecismo debe ser, según lo quiere el Sr. D. Rua, no solo dominical, sino festivo, y esto hase de hacer, por cuanto es posible, en la Iglesia; pues es un medio eficaz para mejor santificar las fiestas.

El catecismo, que se debe dar en las clases durante la semana, no puede suplirse con el que se da en la Iglesia en los días festivos, ni viceversa. El catecismo de la clase debería durar siquiera hora y media á la semana. Explíquese cada palabra de la doctrina, menos las que no lo permita la santa prudencia. Hágase hablar mucho á los alumnos. Encomendémos con ardor al primer Catequista, Jesús, el buen éxito de nuestras pobres explicaciones, pues como dijo un varón santo: Si hémos de hablar de Jesús á nuestros niños, con más empeño hémos de hablar de nuestros niños al mismo Jesús.

III. — *Confesión de nuestros niños.*

Como lo hemos notado en el capítulo inspectorial de este mismo año, cuando un colegio tiene un crecido numero de alumnos, suélese aconsejar al Director, que reservando para sí solo las confesiones cotidianas, hágase ayudar el sábado en la noche y el domingo en la mañana por otro Sacerdote Salesiano de su confianza; y en cada mes, en ocasión del Ejercicio de la Buena Muerte, y, si es posible, cada quince días, llame en su ayuda, además de todos los confesores de la Casa, á un confesor externo ó almenos á uno de otra Casa Sa-

lesiana; pero trate de informarlos á todos en un mismo método de dirección, para que no deba trabajar de balde, destruyendo una mano lo que otra edifica. Avise á los niños que estén en orden y algo separados del confesonario para no oír las cosas de confesión; que recen el “Yo pecador” antes de acercarse al confesor; que pidan la bendición antes de santiguarse; que eviten la demasiada repetición de las palabras; “Acúsome padre; „ que recen el acto de contrición de gran corazón, pero solo hasta las palabras “de confesarme....” exclusive, etc. y que no descansen el cuerpo sobre el confesor, obligándole así á estar en una posición incómoda. Nunca se cansé de recomendarles la sinceridad en la confesión (comó solía hacerlo nuestro Padre D. Bosco); porque una triste experiencia nos asegura, que una gran parte de ellos ó callan del todo ciertos pecados, ó bien miseramente los disfrazan; como p. ej. cuando, debiendo acusar un pecado de obra, dicen sólo que consintieron en un mal pensamiento.

IV — *Pileta del agua bendita.*

En los dormitorios es una “casi necesidad”! Cuántas victorias menos ostentaria el enemigo, si la hubiese doquiera y siempre bien provista de agua. Dad este consuelo á nuestros ángeles custodios. ¡ Broten luego esas pequeñas pilas!

V. — *Pausas en el rezo.*

A consejo que se hagan en las palabras “mulieribus del Ave Maria, „ “peccatoribus” del “Sancta María, „ “semper „ del “sicut erat „ y finalmente en cada pro-

posición ó petición del “Pater noster, Salve Regina, etc. ¿ Como alcanzaremos nada sin la oración? “ Atqui paria sunt non facere et male facere ...Ergo...” ¿ Cómo osaremos predicar sobre la oración bien hecha (según es nuestro deber) ni de qué modo producirán fruto nuestras instrucciones, si al acabar de inculcar á los otros el bien orar, nosotros oramos “ perfectamente mal, .. borrando, por decirlo así, con el codo, lo que acabamos de escribir con la mano? “ ¡ Cuánto aflige el oír (así escribía, en una carta dirigida á los de América, el que era entonces Vicario General de D. Bosco y ahora es nuestro muy amado Rector Mayor D. Miguel Rua) cuánto aflige el oír ciertos “ Acciones, Agimus, Veni Sancte Spiritus, Ave Maria, etc. ,, tan estropeados en la boca de ciertos directores, maestros, asistentes, etc. que nadie, ni el mismo que reza, sabe quizás decir lo que se ha rezado! .. ¡ Ah!! yo os prometo que, con la ayuda de Dios, hasta la muerte he de repetir á mis carísimos salesianos: “ Hermanos, ,, orad mejor! orad mejor! No serémos buenos, si no rezarémos mejor, esto es, “ bien.” .. Recte novit vivere qui recte novit orare ,, (S. Agustín.)

VI. — *Anuncios de muerte.*

Son asaz frecuentes los que nos llegan de las casas salesianas del mundo entero. Deseo que : 1º Se lean en la mesa común el mismo día que se reciben: 2º que con un gancho ó resorte se fijen en un sitio por donde pasen frecuentemente los Salesianos, y no se quiten sino después de “ mucho tiempo. ,, La vista y la lectura de

éstos anuncios, además de obligarnos á estar muy alerta, nos invitará de continuo á sufragar el alma de nuestros pobres finados, y el Señor, que nos mide con la misma vara con que medimos nosotros al prójimo, inducirá á los Salesianos, que sobrevivirán, á pagarnos con la misma moneda de fraternal caridad. ¡ Ah ! si nosotros no pensamos seriamente en ayudar á nuestros Hermanos ¿ quién pensará ?

VII. — Clase de idioma italiano.

He prometido al Sr. D. Rua que se habría dado en todas las casas, almenos en los cursos superiores. Ayudadme á cumplir mi promesa, fijando siquiera una hora de clase á la semana. Noble y santo es el motivo por el cual D. Rua nos invita á dar esta clase. Obj. — “ Troppa carne al fuoco!... Resp^{ta}. — Pero está Dios comprometido, cuando se obedece,...Luego... ¡ Adelante! e..... “ niente paura ,,!

VIII. — Conferencias de moral y liturgia.

Un sacerdote que ignora la teología moral es como una campana que no suena. Las conferencias de moral que nuestros Superiores desean se verifiquen en todas las casas, sirven admirablemente para combatir dicha ignorancia. Os aconsejo, pues, que hagáis al menos una conferencia mensual. Los mismos casos morales y litúrgicos que todos los meses, os envío y cuya resolución todo sacerdote debe remitirme antes del término del mismo mes, pueden servir de materia para la conferencia de que hablamos. Empero, para que esta conferencia os sea pro-

vechosa, me permito indicaros unos medios que creo más eficaces: 1º La conferencia sea presidida (si es posible) por el mismo Director de la casa. 2º En los días que la preceden, trate cada uno de profundizar por el estudio las cuestiones propuestas, “consulendo probatos auctores. ., Cuanto más se ha estudiado de antemano y menos se hable durante la conferencia, tanto más provecho se ha de sacar de ella por cierto. 3º Además del mucho hablar cuídese de evitar las disputas, porque el mucho hablar y disputar durante la conferencia, no solamente hace perder mucho tiempo, sino que fomenta el orgullo y á veces lastima atrozmente la santa caridad, acabando por salir con la suya no Dios sino el demonio. “Diligite scientiam, sed anteponite charitatem”. (San Agustín) 4º Acabada la conferencia cada uno se esmerará en extender por escrito la resolución del caso y enviármela á la brevedad posible. Yo, no dejaré de dar á cada uno la nota que merece, y Dios, “scientiarum Dominus, ., dará á su tiempo un galardón inefable al Salesiano que no habrá descuidado ningún medio para salvar almas. Y por de pronto, termina aquí vuestro tormento, no sin prometeros volver á las andadas, cuanto antes, si Dios quiere. Rogad por este inpenitente, que así goza en llamarse

Vuestro af.º en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA IV.

Santiago, Abril 2 de 1897.

Carísimo Director,

Las repetidas, aunque algo rápidas visitas verificadas en Marzo p.p. me dan margen para escribiros en esta cuarta conferencia algunas cosas importantísimas para la práctica.

I. — *Lecturas*

a) La espiritual supongo que no se deje por nadie. “Ella es la lámpara de la oración” (Sales). Esta vez quiero encomendar al Director, que así como yo he purgado al Rodriguez (Trat. de perfección) así él, poco á poco, trate de purgar, si es necesario, todo libro que leído públicamente, pudiera ofender los castos oídos de alguno. Demás está decir, que una vez corregido el libro no se deberá dejar abandonado en cualquier lugar, sino que deberá guardarlo siempre algún Salesiano prudente, para que eso de las correcciones no me vaya á salir un “contraproducente.”

b) Con respecto á la lectura de los diarios, he aquí mis exhortaciones. Por regla general, no se lean diarios, ni periódicos políticos. Nuestro periódico debería ser la S^{ta} Biblia; nuestra política el Evangelio; nuestro partido el de inducir á los hombres de todos los partidos á practicar la Ley de Dios y de la santa Iglesia.

Bien sé que algún diario, (úno es ya más que sufi-

ciente) si es bueno, ó á lo menos, si no es malo, deberá entrar en algún rincón de la casa. Pero encomiendo “ enixis precibus, „ que no se deje en público, ni mucho menos en la biblioteca ó en la sala de estudio. Todo bien considerado bastará que uno solo de la casa lea “ per summa capita, „ las cosas mas importantes del periódico, y luego “ cum granu salis „ las refiera á los demás, máxime lo que nos puede tocar de cerca, para que caminemos más cautelosamente. D. Bosco no leía diarios; sólo escuchaba la relación condensada que le hacia el malogrado D. Savio “ ad hoc „ encargado para toda la casa.

¡Ojalá que todos imitásemos á nuestro Padre D. Bosco! Los directores repitan á menudo á los Sacerdotes, Acolitos, etc., la tan conocida gráfica frase: “ el periódico mata el libro. „ Prefiramos siempre los libros santos, en especial la S^{ta} Biblia, donde se halla ciertamente la verdad más que en todos los periódicos del mundo, plagados casi siempre de errores y exageraciones.

c) Tocante á las demás “ lecturas profanas, „ ¿ que diré? ¡ojo! ojo! y mucho ojo. He hallado en un Colejio á un cierto Salesiano que leía “ Pequeñeces „ No hizo más que arrebatarse el libro y ponerlo bajo llave. Yo sé que de esta clase de romances buenos (?) se pasará fácilmente á los menos buenos é insensiblemente á los malos, notándose demasiado tarde el triste efecto ya psicológico, que vicia las facultades mentales, ya moral, que corrompe las costumbres y acaba con la vocación. D. Bosco no permitia nunca á sus alumnos la lectura de los

“Promessi Sposi” y hasta trepidaba por los que leían
“Le mie prigioni.”

¡Al fuego! al fuego toda novela no “undequaque” buena! Por ella pelagra la virtud no sólo del acólito sino también del Sacerdote, porque la ocasión hace al hombre ladrón. Dime con quien andas, etc... No hay peor enemigo del Salesiano que ciertos libros... ¡Con cuánta responsabilidad carga el Director que sobre tal abismo se duerme! Filosofía, Teología, Hermenéutica, Historia Eclesiástica, S^{ta} Biblia, Vida de Santos, etc., etc., he aquí lo que con hambre incesante hemos de leer y estudiar!

II. — *Urbanidad.*

Enseñarla debemos á nuestros alumnos; es claro, pues, que primero debemos practicarla. “Nemo dat quod non habet.” Me fuerza á hacer hincapié sobre este punto el haber oído de la boca de un cierto señor, que “acababa de sacar á sus hijos, de un colejio de “Religiosos, porque habia visto á uno de los Superiores cometer groserias (así él las llamaba); v. gr. “echar frutas en el suelo á los alumnos, para que éstos “las recojieran, etc.”

Al alejarse este caballero, dije para mi: ¡Ay, si este individuo hubiese contemplado ciertos cuadros al vivo en algunos de nuestros colegios!...

Me permitireis, pues, que os toque algunas cuerdas algo desafinadas.

a) Las manos encima unos de otros “no se pongan

nunca,” ni para jugar. Las deliberaciones cantan claro á este respecto ; con todo son “ letra muerta.” Se han visto Acólitos tratar libremente de manos con Sacerdotes, y... viceversa ! Esto huele á escándalo. ¡ Alerta, Director Lujo !

b) Suelen algunos muy ocupados y ótros quisáz muy perezosos, dejar, al levantarse, la cama tan desarrreglada que parece más bien una “ covacha „ de perros (sea dicho con perdón!) — Visito la celda ó cuarto después de medio dia y aún hallo el mismo “ cuchitril... las sábanas y cobijas á los pies, y un todo que causa sencillamente asco. Aconsejo que se practique lo que en ciertos Institutos religiosos es de regla, á saber : cuando antes de ir á la capilla uno no tiene materialmente tiempo para hacer su cama, extienda al menos sobre ella las sábanas y la sobrecama ó colcha, de manera que no deba ofenderse la vista de nadie, que entre en ese cuarto.

Aquí la sucesión de las ideas me hace ver cómo ciertos Directores no exigen de los asistentes de dormitorio que descorran las cortinas de su cama durante el dia. ¡ Ah ! Obedezcamos todos, si no queremos llorar amarga y quizás inútilmente.

c) He oído á algunos soltar carcajadas destempladas con mucha frecuencia ; — he visto á otros escupir “ de lejos ” en el pañuelo, en vez de aplicarse el pañuelo á los labios, para purgarse la boca, como D. Bosco mismo con su ejemplo nos ha enseñado ; — á otros he visto cruzar las piernas, hasta cuando rezan el santo

Breviario, ó bien cuando están delante de personas respetables; ví que otros estaban no ya “incorporados,” sino casi echados de espaldas ó de un costado, delante de toda clase de personas; — pude constatar que algunos son ellos los primeros en dar la mano á las personas de otro sexo, etc., etc.

Recomiendo, pues, con toda la fuerza de mi corazón, al Director, que “data occasione, obsecret, et increpet,” si fuera necesario, á sus subalternos, intimándoles compostura en toda la persona, finura en los modales, etc., repitiéndoles á menudo que, para evitar estos yerros mayúsculos en público, es menester evitarlos en privado de antemano, para formarse de ello un “habitus.”

Inste “verbo et exemplo,” en eso de evitar todo gesto afectado, ridículo, extravagante, en la cara, nariz, labios, etc. Acordémonos que estamos “super candelabrum,” y que si todo el mundo mira á los Religiosos, en todos tiempos y lugares, clava su mirada escudriñadora de un modo especial sobre los Salesianos. ¡Ah! Hermanos míos! Plegue á Dios que todos deban decir: “Todos ellos, los Salesianos, son un retrato vivo de su Padre Don Bosco!”

N. B. — Deberá formar parte de la urbanidad el no llamar por nombre propio, sino mas bien con el título de señor Director, Prefecto, etc. á estos Superiores, cuando con ellos ó de ellos se habla.

III. — *Canto Gregoriano.*

“¡Delenda Cartago! — Así parece... Veo con placer que en los colegios vase acentuando más y más el

empeño para aprender el canto de la Iglesia, que es un prelude de los cantos celestiales. Pero no estoy satisfecho aún. — El señor Director tendrá á bien avisar clara y rotundamente que “de hoy en adelante los ordenandos no podrán ascender á la ordenación sin dar “primero un satisfactorio examen sobre lo que deben “cantar según lo requiere su respectivo oficio. El examen se dará, en cuanto fuere posible, sobre los textos “de los Misales y demás libros litúrgicos editados en “Ratisbona por orden de la Sagrada Congregación de “Ritos. “Directores provideant.” — ¡ Pobres Directores! Cuántas planchas al fuego! Pero ya saben que tendrán más mérito, más gloria, y un dia darán gracias á Dios que ha permitido fuesen “martirizados” por este “tormento” que á vuestras oraciones se encomienda y tiene á gloria ser

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA V.

Estudio de la Teología Moral — Canto Gregoriano
Aguinaldo de D. Rua.

Carísimos Hermanos:

Dice un antiguo adagio: “Gutta cavat lapidem non bis, sed sæpe cadendo” y yo abrigo la esperanza de que las repetidas gotas de mi palabra serán tanto más eficaces en cuanto que no caen sobre piedras, sino sobre un terreno muy preparado, como me lo atestigua la experiencia. Si de mis cartas no sacase otro provecho que el de dulcemente obligar al buen Director de esa casa à no dejar la conferencia bimensual prescrita, ya deberíamos agradecer à Dios, por habernos proporcionado este medio tan fácil como eficaz. A la verdad, de cada conferencia se va sacando provecho espiritual cuando no intelectual. Es en la conferencia donde el tibio adquiere fervor y el pusilánime cobra ànimo, para seguir luchando en las batallas de Dios; es en ellas, que se bendice el día y el momento en que nos hemos ligado à Dios con los santos votos.

¡ Benditas conferencias y benditísimo el Director que nunca deja de hacerlas! He aquí lo que propongo à vuestra consideración esta vez.

I. — *Estudio de la Teología Moral.*

Nadie se espante. “Gutta cavat, „ etc., acabamos de decirlo. ¿Sabéis que apreciación hizo de nuestros casos de conciencia mensuales un Salesiano? Oid:—
“ El menor de los bienes que me producen estos casos

de Moral es el de evidenciar mi ignorancia. Me hicieron conocer, que de Teología Moral yo no sé nada: ó que si algo sé, nada es esto comparado con lo que debo saber.” — No estaba tan lejos de la verdad el tal Salesiano. En efecto, con todo y ser la ciencia teológica (màxime la de que tratamos) una especie de octavo sacramento de la Gerarquía eclesiástica, muy poco, ó nada, es lo que en realidad sabemos. La Moral Teol. es como un mar sin playas ¿quién podrá jamás cruzarlo por entero? Ciencia es difícilísima, por que “*Ars artium est regimen animarum. Videte quid faciatis: non enim hominis exercetis iudicium sed Domini*” (Rex Jósaphat) ¡Ay! no pocos de los nuestros no saben lo que quiere decir: “Estudio de la Teología Moral!” ¡Es una verdadera desgracia! — Que no tengo tiempo — me dice alguno.

— Hay que buscarlo. Pues yo me temo mucho que tu excusa nada valdrá en el tribunal de Dios.

— Ya la he estudiado; rendí mi examen, fui aprobado ¿qué quiere más?

— Dado y no tan fácilmente concedido, que á su debido tiempo la hayamos estudiado á fondo y en toda su extensión ¿quién no sabe, empero, que la memoria es muy lábil, y que, á no echar muy á menudo aceite en la lámpara, ésta se va apagando inevitablemente? “El Confesor — es S. Alfonso que habla — debe aplicarse continuamente en el estudio de la Teología Moral. El que claramente conociere que es inhábil para confesar, pecaría gravemente no renunciando á este oficio.

Afirmo in statu damnationis esse eum Confessarium qui sine sufficiente scientia ad Confessiones excipiendas se exponit. (Praxis 18). „

Tonto ha de ser además de ignorante él que no se espanta al oír tan tremenda sentencia de un Doctor de la Iglesia! Se lo pido por amor de Dios y le diré á éste como S. Pablo a Timoteo: “ Attende lectioni..... et doctrinæ. „ Pero sea este un estudio

a) Asiduo. — Si fuere posible, os diré “ nulla dies, no sine linea, sed sine capite vel Tractatu.”

b) Un estudio serio, no superficial y á saltos como si se leyera un diario, ó bien imitando á los niños que, al tener una cosa linda, presto la tiran.

Quizás os parezca yo importuno con tanto repetir las cosas. Pero yo me prometo un premio de la Misericordia de Dios por esta importunidad mia. El “ insta opportune et importune ” de S. Pablo lo he tomado por mi cuenta, y dichosos de vosotros si tendréis la ciencia!

Ahora, como para cambiar registro pasemos al

II. — *Canto Gregoriano.*

— Siempre la misma menestra. — ¡Qué queréis?! Las numerosas cartas que, estando yo allende los Andes, he recibido, á este respecto, de nuestro P. Superior muy amado, D. Rua, y muy especialmente sus dos estupendas Circulares — la del N. 6 y la del N. 15 — que deberíamos de vez en cuando releer, me dan margen para instar aún sobre este punto.

Los hombres más clásicos de la Iglesia, los Santos

Agustín, Atanasio, Juan Crisóstomo, Ambrosio y Gregorio Magno, daban tanta importancia al canto eclesiástico, (el canto llano) que no sólo no se creían humillados, sino que se gloriaban de enseñarlo à los otros. Nuestro dulcísimo Padre Don Bosco y nuestro muy amado Rector Don Rua, han imitado muy de cerca à estos Varones ilustres. ¿Por qué nosotros no trataremos de seguir las luminosas huellas de nuestros Padres?

Por esta vez quiero llamar vuestra atención sobre un verdadero abuso, que con pesar mio, he notado que todavía existe en algunas Casas. En las Misas cantadas se omite el canto del INTROITO. Sépanlo, pues, todos de una vez para siempre, que si el órgano puede suplir el Gradual, el Ofertorio y el Communion, nunca puede suplir el Introito. Este se ha de cantar siempre.

Os aconsejo además, que al acercarse alguna solemnidad, todos los Sacerdotes y Acólitos, ó al menos los que deben tomar parte en el Oficio de ese dia, ensayen de antemano la parte que deberán cantar, sirviéndose de los libros de texto, ó mejor aún, de algún maestro muy hábil en la materia. Ensayos se hacen hasta para el canto de Academias y Teatritos ¿porqué se deberá descuidar por completo el ensayo del Canto Divino? ¿De qué manera cumpliremos entonces con el “Sancta sanete sunt tractanda?” ¿Cómo nos atreveremos à decir que “Sedi cœlitum canentes jungimur, almæ Sionis æmuli?” ¿Cómo osaremos pedir à Dios que mande à los Angeles admitir nuestras voces con las suyas “cum quibus

et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur? ” ¿ De que modo en fin podremos consolar á Dios y su digna Esposa la Iglesia, quienes sin cesar tratan de despertarnos con el “ Cantate Domino canticum novum ; psallite sapienter ”: renovad vuestro canto, salmodiad sapientemente ?

— Yo lo sé todo perfectamente, me dice alguno. —
— Y yo le respondo : “ Hoc est in votis. ” Pero ¿ qué quiere decir que en el acto práctico se le cae el burro ?
— Continúa estudiando.

III. — *Aguinaldo de D. Rua.*

El verdadero Salesiano de Don Bosco ha de ser un hombre que arda en caridad, que abra-se por donde pasa, á todos incendiando con el fuego del divino amor.

Nada le detiene, ni los trabajos, ni los sacrificios, ni las más negras calumnias, con tal de cooperar á la gloria de Dios y á la salvación de muchas almas. Ahora bien, nuestro muy amado D. Rua, que más que nadie, desea ver la perfección en sus Salesianos, en la madrugada del 1º de Enero de este mismo año nos recordó con el consabido dulcísimo aguinaldo : “ Deliciae meae esse cum filiis hominum, ” casi como para animar á cada uno de nosotros á pronunciar de palabra y de obra el “ Deliciae meae esse cum Filio Dei. ” No olvidemos jamás tan dulce aguinaldo, y sea este año para todos, el año eucarístico, ó sea, el año del amor vivo y eficaz para con Jesús Sacramentado.

Quiero que todos, sin excepción, nos empeñemos en

que el santo altar y todo lo que inmediatamente concierne al Santísimo sea, después de nuestros corazones, lo más limpio, aseado y ornado de cuanto pueda haber en nuestra casa. Esto es lo menos, que nos puede exigir nuestro ternísimo Huésped Divino. Deseo además que no se regatée tanto con Jesús en lo que concierne á las visitas; Ah! sí, que aumenten más y más la visitas particulares, especialmente cuando Jesús se está allí tan solito! Las pequeñas ó grandes riñas de nuestros alumnos vayan siempre á terminar ante el Santísimo. Conduciéndolos allá, veremos que esos fierros candentes luego se apagarán en las aguas de “fontibus Salvatoris.” ¿Habrá alumnos fríos en la piedad? Echemos en la Divina Fragua á esos fierros duros y helados y se pondrán blandos y encendidos como por encanto. — Al sentirnos disminuir la fe y por consiguiente el amor á la Santa Comunión y en la Santa Misa, leamos siempre algo que trate de éste “magnum fidei et amoris mysterium.

Catequistas: no deis nunca una sola lección sin hacer mención, como ya os dije otra vez, de Jesús Sacramentado, del Mismo que ha fundado el Catecismo y os está ahí tan cerquita en el S. Tabernáculo.

Sacerdotes: Si no os es dable rezar el santo Breviario delante del SS. Sacramento, acercaos á El lo más que podáis, ó á lo menos, si es factible, daos vuelta hacia El, mientras estais rezando. Entonces los Angeles ya no oirán espantados el “ululate Pastores” ni presenciarrán melancólicos esa recitación atropellada,

ininteligible, sino que al contrario, se juntarán à nosotros para alabar, suplicar, gemir y llorar.

Hermanos míos, tengamos siempre presente que una cosa es rezar y otra el decir muchas oraciones. Dice muy bien un refrán “que no son los verbos que aprovechan, sino los adverbios. „ Rezar, pero bien; comulgar pero “ santamente; „ decir la S. Misa, pero angelicalmente.

A propósito de Misa os diré oportunamente, que revisando yo con atención la solución de los últimos casos de conciencia que me enviásteis, he reparado en vuestra delicadeza tocante á la celebración del Santo Sacrificio. Todos amenazais á los atropelladores de ceremonias con el “ maledictus qui facit opus Dei fraudulenter, „ de Jeremías; todos quereis que la Misa del Salesiano llegue á los veinte y cinco minutos al menos, sin exceder nunca los treinta. ¡ Optime ! Pero en la práctica he observado á algunos que, á pesar de ser larguitos, corren demasiado en el rezo y hasta comen algunas palabras. En ese rezo además nunca se oye el tono devoto y suplicante que exigen p. j. la Confesión que se hace al pié del altar, los Kiries, el Gloria, los “ Agnus Dei ”, etc. etc. Si esto es así ¿ qué será de las Secretas ? ¿ Y si se interpolase la Misa en varios puntos ? ¿ Y si las varias palabras emitidas perteneciesen al cánon ? En este último caso facilmente la falta pasaría de venial á mortal...

Pero dirá alguno, ¿ cómo pueden ser larguitos, mientras corren tanto ?

He aquí el “ cómo. „ Son largos y demasiado en la purificación del cáliz, en el doblar, desdoblar, cubrir, registrar el Misal, etc.

¿Entónces deberémos atropellarlo todo?

No, jamás, sino que debemos hacer las cosas con tal cuál priesa, pero con tanta calma, decoro y suavidad que nadie lo pueda notar. Empero las palabras ¡ay! esas palabras las quiero claras, muy claras y santamente pronunciadas.

No sería superfluo, quizàs, que las repasásemos de vez en cuando y hasta suplicásemos á nuestro Padre Confesor nos diera esto por penitencia.

Ea, pues, acordémonos todos del año eucarístico y así consolando á nuestro Padre D. Rua, consolarémos á Jesús y á la “ Mater pulchræ dilectionis ; „ puesto que no hay en esta tierra ningún amor más bello que el amor de la SS. Eucaristía.

Ya concluyo. Quizàs alguno de nuestros amados Coadjutores refunfuñe un poquito, porque esta conferencia es casi exclusivamente para los Sacerdotes. Más yo le diré: Así te parece; pero así no es. Un cuerdo coadjutor, bien despejado, me decia á este propósito dias pasados: Mientras las ~~ovejas~~ ovejas estén más gordas, más gorditos pondránse los corderitos. Y esto es muy claro. Todo Sacerdote es como el altar donde arde continuamente el fuego sagrado. Si en este altar más viva se levanta la llama, más calor sentirán los que el altar rodean. En otros términos: Cuanto más santos serán los Sacerdotes Salesianos, tanto más pronto se harán santos

los cadjutores que con ellos viven. Es así que esta Conferencia contribuirà mucho, lo espero, à la santidad de nuestros Sacerdotes, luego mucho ha de contribuir tambien para el aprovechamiento de nuestros coadjutores.

Cese, pues, vuestra queja y paz con todos.

De corazón os bendigo. “ Pro me orate „

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA VI.^a

Disciplina — Economía — Higiene y Silencio.

Santiago, 21 de Mayo de 1897

Mi amado Director y Hermanos :

Al ver que la lluvia de mis cartas amenaza no acabar tan pronto, quizás alguno de vosotros no halla dicho para su capote : — Este nuestro bendito obispo se va pareciendo á ciertos músicos, á quienes hay que dar un centavo para hacerles comenzar el canto y diez para que lo acaben de una vez. Pero de medio á medio se equivocaría el fulano que tal dijera, puesto que no es tanto mi voluntad de escribiros, cuanto la inagotable gana, que de estas Conferencias tiene la gran generalidad de mis buenos Hermanos, la causa verdadera de que mi pluma no se haya aún echado á descansar.

Un celoso predicador, cayendo en la cuenta de que su sermón se había prolongado en demasía : — Comprendo, dijo á su auditorio, que he sido muy largo, pero la culpa es toda de vosotros.... ¡ estabais tan atentos !.... Esto es cabalmente lo que me pasa con respecto á mis buenos Hermanos. — Con eso y todo he de procurar ser breve alguna vez. — Vamos luego al grano.

I. — *Disciplina de nuestros alumnos.*

Quero llamar la atención del Sr. Director y de los demás Superiores sobre el abuso de dar castigos harto prolongados, penosos y humillantes, entre los que diviso la siniestra faz del encierro.

¿ Por qué no se llegará algún día á dar un ostracismo completo á todas esas fieras antiguallas? No será inútil el releer de vez en cuando las páginas de oro que nos legó en herencia nuestro Padre D. Bosco en su inspirado Sistema preventivo.

Y ciñéndome á hablar sólo del encierro, me veo forzado á deciros que este castigo es quizás, y sin quizás, contraproducente. Por lo regular el alumno saldrá del encierro, más manchado y culpable de lo que lo fuese cuando entró.

Conozco que si se dan casos en que este bendito encierro inexorablemente se impone; pero en este caso, debería ser como una antesala de la portería, ó mejor dicho, de la calle. Yo bien sé, que al oír la palabra calle, algunos, escandalizados se alborotan y claman contra la falta de caridad. — Mas todo el mundo sensato sabe conocer que es cabalmente la caridad la que pide y exige la expulsión de los alumnos contagiosos.

Por otra parte ahí están las Deliberaciones (que no deben ser letra muerta) que en el artículo 466 dicen así: “ Conocido uno como escandaloso en materia de moralidad, se le separará inmediatamente de entre sus compañeros, y á la mayor brevedad posible se le mandará á su casa. „

Y como quiera que algunos Directores se hallasen apurados ó perplejos en la interpretación práctica de este fundamental artículo, lograron disipar estas dudas varias insinuaciones del Director Esp. D. Pablo Albera y muy especialmente la Circular N^o 13 de nuestro

muy amado Rector Mayor D. Rúa, el cual á manera de glosa, así explica el mencionado artículo 466 :

“ Cuando un alumno, á pesar de repetidas amonestaciones, es recidivo, y con discursos y obras malas se vuelve el escàndalo de sus compañeros, sea despedido, sin más, sin tener en cuenta recomendaciones ó ventajas materiales de ningún género. Sigamos escrupulosamente las huellas de D. Bosco, quien no sabía tolerar los lobos rapaces en medio del rebaño. ”

Esto se llama hablar claro. Ea, pues, Directores míos : obedezcamos sin más ni más, y el Señor premiará la obediencia. De no hacerlo así, muy pronto estallará sobre todo el colegio la cólera de aquel Dios, que, habiendo puesto sus delicias entre los pequeñuelos, asegura que al que le robara uno de ellos, “ocurret ei tanquam ursam raptis captulis;” y es claro que no echará bendiciones á los Superiores, que, pudiendo impedir esos sacríligos robos, mediante la pronta expulsión de los ladrones, nunca saben resolverse à ponerlo por obra.

Veo ahora que hablando de expulsión y alejamiento, me he alejado un poco yo mismo del argumento. — Volvamos á él, y repitamos bien claro : — Excepto el caso de fuerza mayor, cuando, á saber, desde el encierro debe el alumno contagioso pasar á la portería, y de ésta à su casa, no se haga uso, en cuanto es posible, del encierro. — Así nuestro sistema de educación será más conforme al que nos legara D. Bosco y al que continuamente nos están recordando nuestros act.ales Superiores.

II. — *Economía.*

El practicarla con un fin recto y santo, es ciertamente uno de los medios más conducentes para cumplir con el voto de la Sta. Pobreza, de cuya observancia, según nos lo aseguraba nuestro Padre D. Bosco, dependen en su máxima parte el bienestar de nuestra Pia Sociedad y la ventaja de nuestras almas.

“ Os prometo la protección del Cielo hasta que tendréis en mucha honra la práctica de la Santa Pobreza, “ y por consiguiente de la economía bien entendida. „ Son también todas estas, palabras de D. Bosco.

Y nuestro amado Padre D. Rua, ya en sus discursos familiares, ya en sus auréas circulares (máxime en la 13^a y 17^a) insistiendo sobre este punto, dice más ó menos así: — “ Muy à menudo los bienes de que disfrutamos son efecto de verdaderas privaciones, que nuestros bienhechores se han impuesto para cooperar á la Obra Salesiana. Ellos viajan en 3^a clase; y nosotros, los pobres, viajamos en las más cómodas! ¿ qué dirían entonces estos nuestros amigos al presenciar nuestra holguras? „ — Tiene razón de levantar la voz sobre este punto nuestro amado Rector Mayor, quien con la voz puede levantar la frente y decir á todos: — Mirad como viste, como viaja, como pasa la vida el primer Salesiano.

El ejemplo de D. Rua es no solamente admirable, sino también imitable: las consideraciones que en este punto nos hace son muy justas. Yo recuerdo aún la visita que años ha, nos hicieron ciertos bienhechores nuestros allá en Buenos Ayres. — ¡ Oh qué lujo... estos Salesianos!

dijeron al fijar la mirada severa en unos muebles algo finos, aunque muy viejos. Fortuna ha sido que pude responderles: — No es de los Salesianos la culpa, sino de los bienhechores que nos los dieron de limosna.

Permitidme, Hermanos míos, que continúe dando golpes sobre este clavo de la santa economía ya tantas veces remachado por nuestros Superiores. Es la dura necesidad, ahora más imperiosa que nunca, la que me obliga á hacerlo. El estado de nuestras finanzas en esta parte occidental del mundo salesiano es por demás lastimero y hasta diría desesperante en ciertos puntos. Sólo un milagro de la divina providencia nos podrá salvar. Hay que orar mucho, esto ya se entiende. Pero Dios, y esto también lo sabemos, requiere nuestra cooperación. Luego, manos á la obra! — á Dios orando y con el mazo dándo.

Invito al Sr. Director á que, paseando detenidamente la mirada sobre toda su casa, principiando por su propia persona, trate de investigar si hay por casualidad algún esclavo, que con su aguda punta zahiera y poco á poco lacere el manto de esa noble Matrona, que llámase la Santa Pobreza. Señalaré algunos:

a) Libros. — Ellos son muy costosos ¿quién no lo sabe? — Y sin embargo á veces con harta facilidad se compran, so pretesto de que ellos son “absolutamente” necesarios, lo que no es siempre cierto. Y ¡ay! cuántas veces se compran libros en la presunción de que no los haya en la casa, mientras los hay. Falta sólo buscarlos donde están, ó pedirlos á alguno, que, dejando de ser

egoísta, debería prestarlos de corazón, para que puedan disfrutar de ellos todos los que los necesitan. Esto de comprar libros y más libros es una pasión muy peligrosa, muy dañina, que sabe á veces invadir el corazón hasta de los más fervorosos y ejemplares en la observancia de los otros puntos de la Santa Regla.

¡ Director, prefecto, Superiores todos ¡ alerta !

b) Papel de cartas. — Hízome notar un buen Salesiano que es contrario á la economía, la moda recién introducida de escribir cartas en simples hojas grandes de papel, puesto que, cuando la carta no es muy larga, siempre queda en blanco la segunda plana de la hoja, y por consiguiente, inútil. A consejo, pues, que se haga uso de un papel comua de tamaño pequeño, de doble hoja, para que, desprendiendo, si es el caso, la segunda hoja, pueda el que reciba la carta, aprovecharla para su correspondencia “ inter amicos et fratres, „ para tomar apuntes, etc., etc.

(c) Estampitas. — He aquí un yerro mayúsculo en que veo han caído algunas casas de aquende los Andes! Con harta facilidad se distribuyen á los alumnos estampitas, imagencitas á cual más rica y más preciosa, sin fijarse nunca en el subido costo de estas dádivas. ¿ Qué sucede? Que los niños, acostumbrándose á estos regalos, ya no sienten ninguna buena impresión, ni provecho cuando los reciben “ ab assuetis non fit passio. „ En lugar de fijarse en lo devoto de la imagen, ellos no miran más que los adornos y los encajes; querrán siempre otras y otras mejores que las que ya tienen, y... ¡ adiós mi devo-

ción!... Nuestro dinero hará reír al diablito. — ¿ Con qué objeto, pues, se dan estampitas, sino no es para despertar más y más la piedad en los niños? D. Bosco esto lo hacía muy raramente, y, acordándose de que era pobre, regalaba estampitas muy devotas, eso sí, pero que al mismo tiempo eran también de pobre.

Yo sé que alguien me podrá decir: — Si yo las he regalado y sigo regalándolas es porque tengo licencia para hacerlo. — Yo también creo no las hayas robado, mas te haré notar que con tantas “ licencias „ puede uno volverse poco á poco “ licencioso „. Recordaré además á los Directores, que ellos no son dueños de los bienes de la Casa, sino simplemente administradores y como tales tendrán que verse al “ Redde rationem villicationis tuæ „ también sobre este punto.

Bastarán, lo espero, estos tres botones para muestra de una verdadera exposición universal, que de todos los puntos hirientes de la Economía y de la Santa Pobreza tendrá à bien haceros poquito á poco vuestro buen Director, ó amados Hermanos míos.

III. — *Higiene.*

La higiene física, Hermanos míos, es una de las más importantes y necesarias economías, como quiera que nos ayuda eficazmente para no perder la salud corporal, la cual, según nos solía repetir Papá Don Bosco, después de la Divina Gracia, es el regalo más grande, que Dios hace á los Salesianos en este mundo.

¿ Y será necesario que os recuerde como, por el voto de Obediencia y de Pobreza, la salud corporal ya no

es vuestra, sino que es como un algo de sagrado, que pertenece à la Congregación, y que, por consecuencia se ha de conservar con religioso cuidado?....

Pero he aquí que el artículo 314 de nuestras Deliberaciones, justamente resentido, porque en varias casas no se le respeta, puesto que, después de las oraciones de la noche hay quien se aplica al estudio con evidente detrimento de su salud corporal, con quejumbroso acento esclama: — “ ¿ Y para qué me habrán des-
“ tinado á figurar entre los demás artículos, si para
“ muchos Salesianos había de quedar yo cual letra
“ muerta? ¿ Cómo es eso, Directores, que hasta per-
“ mitís ó no impedís que algunos lean ó estudien estando
“ ya en la cama, con inminente peligro de incendio, y
“ con tanta pérdida de la salud? ¿ Porqué no obligáis
“ á cada uno à retirarse para descansar después de las
“ oraciones? ¿ Porqué concedéis que se hagan tantas
“ excepciones? ”.....

No ha acabado aún de quejarse el artículo 314, cuando, en defensa de la higiene moral, más aún que de la física, levanta su severa y penetrante voz el artículo 404, y dice: “ Por la noche, después de las ora-
“ ciones, están prohibidos los coloquios privados, por
“ eso retirese en seguida cada uno en silencio á su apo-
“ sento. „

No desoigamos, por piedad, este reproche, Hermanos míos. Quizás sea éste el punto más importante de esta Conferencia! Nuestro Señor nos ha dicho: “ Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in

medio eorum.” Pero si dos ó tres Salesianos se meten á hablar y cuchichear después de las oraciones, no podrán hacerlo por cierto “in nomine Dei;” luego, no estando Dios “in medio eorum,” se pondrá el demonio, el cual tendrá maña suficiente para hacer prolongar esos discursos hasta parecerse à una larga serpiente. Así acontece y no diversamente.

Se comenzará quizás por hablar de cosas indiferentes, inútiles; pero insensiblemente se pasa á risotadas, que turban el santo silencio de la noche; se desliza paulatinamente en fábulas y burlerías, y esa lengua traicionera y fatal, bajará hasta pronunciar palabras poco decentes, ó seculares, ó por mala ventura detractorias, que no tan facilmente se arrancarán del corazón, llegando á inficionar más al oyente y quedando más gravemente mordido el incauto que las pronunció. Seguirá por triste consecuencia un largo sueño por la mañana, y un gran desconcierto en todas las obras de Dios, porque, dado un inconveniente, dijo Aristóteles, muchos se siguen.

¡Huyamos, amigos míos, del lazo fatal, de esta tentación! Respetemos el art. 404! Supliquemos á nuestra Madre María Santísima Auxiliadora que nos cosa los labios, si fuese necesario, con el hilo de oro de nuestra Santa Regla, y defienda nuestra lengua, cuando los tiros encendidos del demonio, (quien á la lengua, como á miembro familiar suyo, más facilmente asesta sus golpes), se hacen sentir muy de cerca.

Ah! Salesianos míos, si viéramos con cual exactitud

practican el santo silencio las Congregaciones florecientes de estos dias, y de un modo especial la de los Redentoristas, de cuyos privilegios participamos los pobres Salesianos!

Pero ¿porqué no trataremos de participar también del silencio, que más que un privilegio es para nosotros un deber estricto en ciertas horas? El silencio es la hermosura de la Casa Religiosa: la infracción del silencio viene, puès, á ser la fealdad moral de nuestras pobres Casas. Piénsenlo bien, y enmiendéanse luego todos los que lo necesitan.

Abandono, mis buenos Hermanos, todas estas consideraciones á vuestra clara inteligencia y buena voluntad, dulcemente esperando una gran mejora en materia de disciplina, de economía y de silencio. — Quiera Dios que mi esperanza no salga fallida.

A todos de corazón bendigo. Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA VII.

Mansedumbre — Amor á la Congregación — Vocaciones.

Santiago, Junio 20 de 1897.

Carísimos Hermanos míos,

Heme aquí para daros una nueva sacudida, que, Dios mediante, os será muy saludable.

Nosotros, los Americanos, y muy especialmente los del Vicariato del Pacífico, vivimos tan lejos de la Casa Madre de Turín que, à no recibir de tarde en tarde algún sacudimiento, nos acontecería lo que à los pies y à las manos de nuestro cuerpo, que por estar lejos del corazón, se paralizarían muy pronto sin frecuentes movimientos y sacudidas. Empero nosotros queremos tener vida y vida vigorosa; “ ergo.... ” ¡ venga enhorabuena la séptima sacudida!

I. — *Mansedumbre.*

Comienzo por encomendarmela à mí mismo, que màs que todos la necesito, y luego à mis queridos Hermanos, màxime à los Acólitos y Sacerdotes.

He sabido con gran disgusto mio, que alguno de ellos, insultado en el camino por algún infeliz clerófobo, creyó que debía rechazar insulto con insulto, amenaza con amenaza, y poco faltó que se propasase hasta venir à las manos con aquel. “ ¡ Libera nos, Domine! ” Verdad es, que si queremos acabar con la menguada nom-

bradía de buenos, que aún tenemos ante la faz del mundo, no hay medio más pronto, ni más eficaz que rebajarse hasta cometer imprudencias tan groseras.

Jamás en lo pasado ha sido esta la táctica para vencer á los enemigos del clero y de la Iglesia: pero en estos tristes tiempos de incredulidad y de encono contra todo lo que huele á Religión, estos actos son, por cierto, más que nunca, contraproducentes.

Una Avemaría, rezada de corazón por esos desgraciados en el momento mismo en que nos insultan, tiene fuerza para desarmarlos como por encanto. ¿Por qué no preferiremos esta práctica á un innoble áltercado que nos puede ser fatal? El mismo demonio es quien forja en el magín y pone en la boca de sus adictos, los dictorios é insultos de todo género, que éstos arrojan sobre el pobre clero. Pero ¿quién no sabe que una sóla Avemaria bien rezada, al mismo tiempo que es refrigerante bálamo al corazón del insultado y del insultante, es peor que el fuego para el diablo tentador, que pronto debe fugar con los cuernos y la cola chamuscados? No nos olvidemos de esta práctica tan fácil como eficaz. No es necesario que os recuerde que, si todo cristiano debe siempre perdonar las ofensas que ha recibido, mucho más deberá hacerlo un Salesiano. La tonsura, que lleva, le recuerda la corona de espinas de nuestra vida Jesús, que sufrió callando y murió perdonando; de ese buen Jesús que nos ha dicho claramente: "non est discipulus super magistrum; si me persecuti sunt, et vos persequentur. „ Os repito, Hermanos míos, que es

suficiente uno solo de estos públicos descalabros para dar luego en tierra con toda la fama de bueno y santo que un pobre salesiano alcanzára en muchos años de vida apostólica, y hasta para desvirtuar la acción benéfica de sus colaboradores en la viña del Señor.

A S. Francisco de Javier, mientras predica en Goa, un indio soez le arroja un fétido espumarajo en la mitad de la cara. El santo saca tranquilamente su pañuelo, se limpia y sigue predicando. Mas, acabado el sermón ; qué de conversiones estrepitosas, debidas á aquel acto heroico de mansedumbre ! Y de nuestro Padre Fundador D. Bosco ¿ qué diremos ? Su vida nos ofrece innumerables rasgos de cristiana mansedumbre. Os recordaré tan sólo el tiro de pistola, que, mientras él explicaba el catecismo á los niños en el coro de la Iglesia, decerrajóle un malvado emisario de las sectas. El proyectil, rápido como el relámpago, pasó entre el brazo y las costillas del pobre D. Bosco, rompiéndole solamente la sotana :— ; Pobre sotana mía, dijo D. Bosco, lo siento por tí, que eres mi único recurso. — Y luego dirigiéndose á los niños, que despavoridos se habían agolpado en su derredor como polluelos bajo las alas de la gallina, añadió sonriendo : Si la Virgen no le hacía errar la batuta, me hubiese herido de veras ; pero no debe de ser, por cierto, un buen músico ese fulano.

¡ Salesianos : imitemos á los santos. La verdadera humildad todo lo vence !

II. — *Amor á nuestra Madre la Congregación*

Si Ella es nuestra Madre, nosotros debemos ser sus amantes Hijos y no sólo sus sirvientes. El Salesiano “sirviente „ es aquel que obedece, si, á la Madre Congregación, pero con temor; le sirve, pero con indiferencia y desgana; vive en su Santa Casa, màs cual extraño entre sus Hermanos; está bajo la dependencia de sus Superiores, mas tiene con ellos siempre el corazón cerrado. El Salesiano “sirviente „ es sólo Salesiano de nombre.

Al contrario el Salesiano “Hijo „, nada ama, despues de Dios, más que á su tierna Madre la Congregación; nada más desea que verla prosperar material y moralmente, y muy pronto extendida “in universa terra „ para la mayor gloria de Dios. De consiguiente, cualquiera que sea el oficio que le ha sido confiado por la Santa obediencia, v. gr. de Director, Prefecto, Profesor, Asistente, portero, enfermero, maestro de arte, etc., etc., trata de perfeccionarse siempre màs y más en su desempeño; y conociendo claramente que su salud corporal ya no le pertenece, porque es de la Madre la Congregación, él trata de conservarla como cosa sagrada, evitando los desarreglos que nacen de no comer, ó del comer demasiado, de estar en las corrientes de aire, de no evitar la humedad, de abandonarse à la melancolía, lima sorda que es de la sanidad, etc., etc. Con los Superiores es como un libro abierto, que tiene todas las hojas cortadas; con sus Hermanos es siempre todo

corazón; su único afán es el de conservar su vocación hasta la muerte; su continuo empeño consiste en buscar vocaciones y más vocaciones para la Congregación. En una palabra es el Salesiano, Hijo de tan buena Madre; es el verdadero Salesiano. ¿por qué no serémos todos así? ¡Seámoslo de veras! Por consiguiente procurémos à todo trance.

III. — *Conservar nuestra vocación.*

Hemos de llevar siempre grabadas en nuestro corazón las palabras que nos dejó escritas D. Bosco en su testamento. “Vijilad para que ni el amor al mundo, ni el afecto á vuestros deudos, ni el deseo de una vida más cómoda, os arrastren hasta cometer el gran despropósito de profanar los santos votos, y así violar la profesión religiosa, por la cual os habéis consagrado à Dios. „ Y desde los tiempos primordiales de la Congregación, solía decirnos: “Nadie vuelva à tomar para sí lo que ha dado à Dios; por consiguiente, tened cuidado con las relaciones, amistades y conversaciones geniales y particulares; cuidado con toda demostración de cariño que huela à sentimentalismo, etc. etc. Huyamos del mundo y de sus perversas máximas. ¡Cuidado con hacer visitas, aunque fuese à parientes! Hacedlas solamente cuando os obliga à ello una imperiosa necesidad, y por cuanto es posible, siempre acompañados y por supuesto, con el debido permiso de los Superiores.”

Según esto podemos afirmar que pelagra la vocación

del Salesiano (cualquiera que sea) el cual, tocante á eso de las visitas no sólo no es escrupoloso, sino que al contrario.....¡ aviso á quien toca !

IV. — *Fomentar y cultivar las vocaciones.*

Ha sido este el santo y seña dado por nuestro Padre D. Bosco durante toda su vida. Tengo á la vista un precioso autógrafo suyo, que me envió en Agosto de 1885, esto es dos años y cinco meses antes de dejarnos para ir á la patria; de él quiero entresacar lo siguiente : “ Inculcad á todos y recomendadles constantemente que promuevan las vocaciones religiosas, tanto de las Hermanas como de los Salesianos. Yo me siento profundamente angustiado porque con tanta mies de almas que se nos ofrece, nos faltan operarios. Cultivad, pues, con ahinco las vocaciones. Sea esta la gran obra de todo Salesiano. ”

D. Bosco sabía perfectamente que una vocación más, importa muchos centenares más de almas salvadas. He ahí porque hasta se atrevía à veces á pasar las noches de claro en claro para atender á las confesiones de sus “ biricchini ; ” he ahí porque en su achacosa ancianidad, y pocos meses antes de su preciosa muerte, arrastrábase, encorvado el cuerpo, hasta el cuarto contiguo á su celda, para hacer conferencias á los alumnos de retórica y sacar de ellos un gran contingente para los Salesianos. Incomparable pescador de almas, no soltó el anzuelo hasta que el Angel de la muerte no se lo arrebató para entregarlo à Dios, cual prueba la más fidedigna de la santidad de este Apóstol !

Pero ¿quién enseñaría à Don Bosco el arte magnífico de cultivar flores de tantas vocaciones en campos tan estériles? La misma Madre de Dios, Maria Auxilium Christianorum, es la que se lo ha enseñado. Conocidos son los sueños (visiones) que D. Bosco tuvo à la edad de 9 años, y más tarde, cuando ya era sacerdote. En ellos D. Bosco contemplaba à un sinnúmero de niños extraviados, y à la Vírgen Santísima intimándole echarse entre ellos para convertirlos. — ¿Cómo haré, decía D. Bosco à María — cómo haré, Madre mía, si estoy sólo para tamaña empresa? Y María le señalaba un tropel de esos mismos niños que, una vez convertidos, debían trocarse en apóstoles de sus compañeros; y María misma le enseñaba todos los medios que debía poner por obra para alcanzar tan milagrosa metamorfosis; el cambio, à saber, de jovenes traviesos en acólitos y sacerdotes. D. Bosco practicó escrupulosamente estos medios y creyó su deber enseñarnoslos para que de ellos nos serviésemos como de otros tantos factores de vocaciones eclesiásticas y religiosas à fin de estrechar más y más el dominio de Satanás y ensanchar el Reinado de N. S. Jesucristo.

Y nuestro muy amado Rector Mayor, D. Miguel Rúa ¿quién no lo sabe? — ha sido el heredero universal del espíritu de D. Bosco, como Eliseo lo fué del de su maestro. El mismo, dulcemente “traicionado” por la verdad, que no pudo ocultarnos, lo manifiesta en una carta que está en mi poder, diciendo à sus Hijos americanos estas palabras: — “La gran Caridad que in-

“ formaba el corazón de nuestro amado D. Bosco, de
“ santa e inolvidable memoria, avivó con el ejemplo y
“ la palabra, la chispa de amor, que nuestro bendito
“ Dios había puesto en mi corazón, etc., etc.

Por este motivo aquel noble “santo y seña” de nuestro Fundador D. Bosco, sigue repitiéndose cual feliz eco en la boca de Don Rua. — “¡Salesianos, fomentad, promoved, cultivad las vocaciones eclesiásticas y religiosas!”

Acabo de recibir una carta de este muy amado Padre, que dice así: “He sabido que escribes cartas-circulares á los del Vicariato “del Pacífico” ; en ellas “insta opportune et importune que se cultiven con santo afán las vocaciones, etc. ”

Por lo tanto, los medios para obtener vocaciones, que, como llevamos dicho, D. Bosco aprendió de la misma Virgen Santísima, D. Rúa no repara en repetirnoslos continuamente en sus aureas cartas.

Los principales son :

a) El Latín. — En más de 20 cartas que me dirigió D. Rúa, encarece el estudio del LATÍN en todas y cada una de las Casas, como medio indispensable para alcanzar vocaciones. — Directores míos ¿qué tal vuestra obediencia tocante á este punto? Leed alguna vez el artículo 511 de las Deliberaciones.

b) El Oratorio festivo. “Si queréis proporcionar
“ un gran consuelo á vuestro Rector Mayor, y alegrar
“ á D. Bosco, que desde el cielo os está mirando, no
“ os canséis de tener un amoroso cuidado de los niños,
“ que Dios envía á vuestros Oratorios!..... ¡Cuántas

“ vocaciones saldrán de estos místicos jardines! „ — Ya sabéis de quien son estas palabras. ¡Lástima que en algún colegio no se dá toda la importancia, que merece, á este principal é indispensable adorno de toda Casa Salesiana; á este factor potente de vocaciones religiosas! Yo tengo para mí que nunca el Señor bendecirá á la Casa Salesiana, que, pudiendo tener un floreciente Oratorio Festivo, no lo tiene, ó bien, teniéndolo, lo descuida. No nos olvidemos que ha sido esta la primera misión de D. Bosco! ¡Imitemos á nuestro Padre!

c) Asociaciones piadosas. — La del “ pequeño Clero, del SS. Sacramento, de S. Luis, de S. José, de la Purísima Concepción, etc. „ son justamente llamadas por D. Bosco y D. Rúa: “ el sostén de las vocaciones religiosas. „ Y esto es claro como la luz del día. En efecto, dichas asociaciones fomentan la comunión frecuente; del frecuente riego de la Preciosísima Sangre de Jesús en la Comunión brota “ necesariamente „ el Lirio de la castidad; este Lirio celestial cautiva el corazón del niño y dulcemente le obliga á buscar un jardín cercado para custodiarlo; es así que este jardín, por lo regular, no es más que la Casa religiosa; luego, etc., etc.

— ¿Quién por lo tanto no favorecerá “ tótis viribus „ à estas asociaciones tan saludables, para que donde no las hay, pronto nazcan, y donde ya hubieran nacido, tomen creces, hasta dar frutos mil de vocaciones?

Abandono à vosotros estas consideraciones y pa-

sando por alto, por amor de la brevedad, sobre otros factores de vocaciones; como serían: el Canto Gregoriano; el narrar á nuestros alumnos los hechos históricos más salientes de nuestra humilde y gloriosa Sociedad; el hacerles leer el “ Boletín Salesiano, ” la historia de nuestras Misiones, los rasgos principales de la vida de D. Bosco y de los Salesianos difuntos; las vidas de Domingo Savio, Magone, etc., el darles de vez en cuando noticias de nuestras fiestas, de nuestras empresas y de nuestros Superiores mayores, etc.

Me limito, antes de concluir, á mencionar uno de los mayores factores de vocaciones que llámase

d) Caridad fraterna. — Ella es un diamante tan hermoso y refulgente que necesariamente atrae las miradas y el corazón de nuestros niños. “ Videte quomodo se amant, ” deberá decir más de uno de ellos. — yo también quiero hacerme Salesiano — y las vocaciones brotan como por encanto.

Pero ¡ay de estas vocaciones en embrión, en el aciago día, en que acontecieren ciertas escenas domésticas, cuya historia merecería ser escrita con el más negro carbón! ¡ Pobres florecillas! han despuntado apenas, y ya se caen sobre su tallo y mueren! — Díme tú, amigo mío, ¿ por qué ya no tienes ganas de hacerte Salesiano? — Ya no, ya no! He oído á algunos Salesianos tildarse mutuamente..... (mejor es callarlo)..... y esto me ha bastado — Y tú, Menganita, ¿ por qué quieres abandonarnos? — Me voy, porqué veo que los Salesianos lo critican todo y á todos. Claro está que mañana, otro día, no usarían

otra vara conmigo! — Y tú, mi pobre Zutano, ¿por qué te has ido? — ¿Pues debía yo quedarme en esa madriguera de.....? Dos Salesianos en mi presencia dieron prueba de que..... no se querían. ¡Vaya con los tales Salesianos! no tengo tanta vocación yo! — Y tú, Fulanito, ¿dónde ha ido à parar todo el ardor, que antes tenías de hacerte Salesiano? — Se ha ido à pique el día en que he conocido à un Salesiano medio afeminado, tratar à un alumno con tanta libertad y sentimentalismo, que me dió asco, y dije para mí: prefiero volver al mundo, màs bien que quedarme con gentuza de esta calaña.

¿Oísteis, Hermanos míos? ¡qué antífonas! Es cierto que todos estos muchachos razonan por los codos, porque se apoyan en el falso principio: “ ab uno disce omnes „ pero ahí está la triste historia verdadera de tantas vocaciones malogradas, por haber sido zaherida la fraternal caridad y por no haber reinado el amor santo en nuestras Casas.

¿Quién dará cuenta á Dios de estas vocaciones malogradas y del sinnúmero de almas, que por esta causa quizás no se salvaràn? Meditemos. Creo haber cumplido con los justos deseos de nuestro muy amado Rector Mayor y con los de mi corazón, que os ama tanto.

Viva Jesús! y vivan con Él siempre en nuestros corazones la Mansedumbre, el amor à la Congregación y el celo por las vocaciones! — ¡Así sea!

Orate pro me.

Vuestro af.^o en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA VIII.

Salvemos á los niños. — ¡ Vigilancia !

Carísimos Hermanos :

El argumento que pienso desarrollar ahora, á pesar de ser de mucha trascendencia, ha de gustar muy poco a los flojos y perezosos y mucho menos al diablo, que digamos.

El tema del argumento es este :

Vigilancia debida á nuestros alumnos.

Empecemos.

Cada uno de los Hijos de D. Bosco debe ser una imágen de este buen Padre. Ahora bién, todo el mundo sabe que D. Bosco fué el Apóstol de la Juventud, pues en toda su larga vida de 72 años, no tuvo otro blanco de aspiraciones que la salvación de los niños. “ Non quaero gloriam meam, „ pareció dijera á Dios más con las obras que con las palabras. “ Da mihi animas caetera tolle tibi. „ Y mientras él era (como lo dirá á su tiempo la Historia) distribuídor de mitras, nunca quiso para sí ni la borla de Teólogo : bastábale ser pura y simplemente “ Don Bosco, „ ó sea, el cazador de almas en el intrincado y peligroso “ bosque, „ de este mundo.

¡ Cuántas veces le oímos repetir dulcemente á nuestro oído éstas mágicas palabras :

—Quiero que los dos seamos muy amigos : ayúdame, pues, para salvar tu alma ! ¡ Cuántas veces se com-

placia en revelarnos sus planes de batalla contra el demonio, diciéndonos: “ Si D. Bosco busca Casas y Colegios grandes, los mejores profesores y los mejores métodos de instrucción, todo lo hace con el único fin de poder salvar más fácilmente las almas de los pobres niños! „ Parecia que no tuviese otro pensamiento que embargara su espíritu, ni otro afán que martirizara su corazón. — Siendo yo todavía Acólito y viajando con este buen Padre en un “ Omnibus ” desde Turin à Lanzo, recuerdo que entre otras cosas le pregunté: Padre, ¿ qué debemos hacer para ser prudentes como serpientes? — Y D. Bosco me contestó: — “ Así como las serpientes, cuando se ven asaltadas, se arrojan en el acto, ponen la cabeza bajo los anillos del cuerpo, y dejan que éste sea hecho añicos por los golpes que recibe, con tal de conservar la cabeza, pues, si ésta queda intacta, su vida está asegurada; así nosotros hemos de sufrirlo todo, todo, con tal de salvar nuestra alma y la de nuestros niños. ” Recuerdo tambien que un dia nos dijo bien afligido: “ Voy á morir muy pronto. ” — Y como nos viera azorados por este anuncio, añadió: — “ Si queréis que viva, ayudadme en la “ batalla que he trabado contra el enemigo de nuestros “ pobres niños. Si me dejais sólo, he de morir pronto, “ porque he resuelto no cederle el campo, á trueque de “ caer muerto al piés del cañón. Os aseguro que cuando veo al feo demonio, acechando en algún rincón “ de la casa á los niños para hacerles cometer algún “ pecado, sufro un martirio indescriptible. Yo soy así

“ cuando veo que se ofende á Dios, aunque tuviese en
“ contra mía un ejército entero, no le cedo el campo.”

Otra vez D. Bosco, como fuera de sí, por el amor que tenia al alma de sus niños, hasta llegó á decir: —
“ Si para impedir el pecado mortal en nuestra casa fue-
ra menester que ésta sea quemada toda, yo mismo no
titubearia en incendiarla con mis propias manos.”

Narraré todavía un hecho que acaeció en Lanzo Tu-
rinés. D. Bosco había llegado al Colegio al cerrar
de la noche rendido por el cansancio y el hambre.
Lo llevamos luego al refectorio y mientras llenos
de alegría lo agasajábamos, él entre severo y acongo-
jado exclamó; ¿Y qué?!.. cómo me estais festejando,
mientras en este mismo instante, allá, junto al pozo,
cerca de la sacristía, el demonio se está merendando á
un niño? Asistentes, corred á libertarlo! — Volamos
allá asustados y de veras hallamos al niño entre las
garras de... “ un demonio.” ¡Ah! si D. Bosco viviera
aún ¡cuántas veces, sacudiendo nuestra pereza, nos
lanzaría contra el “adversarius noster” y de nuestros
niños, que nunca duerme, ni siquiera dormita, antes
bien anda vagando continuamente en busca de niños
que devorar.

¿Porqué no imitarémos el celo de nuestro Padre?

¿No le daremos este merecido consuelo?

Yo ~~también~~ sé, Directores y Hermanos míos, que no
pocos de vosotros, rezan á menudo y de corazón el: “Vi-
sita, quæsumus, Domine, habitationem istam... etc. ;”
yo sé que otros hacen Comuniones y santas visitas para

impedir que el mónstruo del pecado mortal se nos entre por casa; yo sé tambien que ciertos Directores, maestros y asistentes muy celosos, paseando la mirada sobre sus niños, suelen decir á Dios con el corazón en los labios: suplicote, ó Dios mio, “ut quos dedisti mihi non perdam ex eis quemquam;!” yo sé, en fin, que hasta encuéntranse coadjutores nuestros, que, persuadidos de la solidaridad que ellos tienen en unión con los superiores para impedir el pecado en nuestras casas, siempre que miran con los ojos del cuerpo y de la fé á alguno de nuestros niños, dicen luego á María Sautísima: ¡Madre, acuérdate que este niño es hijo tuyo, yo quiero ponerlo bajo tu manto; has de salvarlo tú, ¡oh madre mía!

Pero persuadímonos de que en este caso más que en ningún otro quizás, debemos obrar según lo que dice el refrán: á Dios rogando y con el mazo dando. — Para no dar entrada al pecado en nuestras Casas, orar no basta, es preciso tener vigilancia y mucha vigilancia. “Qui orat bene facit, — dice San Agustín — sed qui juvat, melius facit. „ Ayudemos, pues, à esos pobres niños tan perseguidos por el demonio, y ayudémosles con una siempre más esmerada asistencia.

Recuerdo siempre la vigilancia extricta que mi finada madre tuvo para con el menor de sus hijos, el cual, por cierto, sin una tal atención, sería, no digo un obispo, sino un perdido de marca mayor. Nunca me perdía de vista aquella santa mujer, ni aún durante sus devociones. No hay que estrañarlo; era mi madre.

Ahora bien, no cabe duda ninguna de que, si los niños que el buen Dios nos envía, tienen el alma muerta por el pecado mortal, nosotros debemos ser para ellos cual madres espirituales, “ ut iterum formetur in eis Christus; ” si ellos están en gracia de Dios y al mismo tiempo vemos que las siniestras aguas del Nilo de las pasiones, se los van llevando poco á poco al funesto mar de la malicia, nosotros, cual madres solícitas, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para sacarlos de ese fatal río y custodiarlos é instruirlos, á fin de que, Dios mediante, se vuelvan á su vez los libertadores de muchas otras almas.

Pero es imposible conseguir esto sin ser muy amantes de la vigilancia, y, por decirlo así, mártires de la asistencia de nuestros alumnos.

— Acuérdate siempre, ó Santiago, me repetía á menudo mi recordada mamá, que tu verdadera Madre es María. Yo no soy tu madre màs que para custodiarte. — Y para qué serán, digo yo, los Directores, los Maestros y los asistentes, sino para custodiar cuidadosamente á esos amados niños de Dios? En esto se conocerá la diferencia que hay entre el Salesiano fervoroso y el indiferente.

El Salesiano fervoroso tiene siempre su corazón delante de Jesús Sacramentado; pero, al mismo tiempo, nunca abandona á sus niños, cueste lo que costare; nunca descansa; siempre està en pié, siempre es todo ojos y todo corazón para con sus niños; en una palabra, si el “ adversarius (el diablo) circuit semper quæ-

rens quem devoret „ el buen Salesiano “ circuit semper quaerens quem salvet. „

El Salesiano indiferente, al contrario, siempre que puede, huye el bulto á la asistencia.

¿Y adonde irá á esconderse? — Allá cabalmente donde se lo veda la Santa Obediencia, v. gr. en el locutorio, en el jardín, en el dormitorio, en el patio, en la sala de música, etc., y hasta en la misma Iglesia. !Lástima que en este último caso él no ha dejado su puesto para ir á la Iglesia, sinó que ha ido á la Iglesia “ para dejar su puesto „ de asistente.

Pero, dime amigo mio: ¿abandónan nunca los ángeles custodios á sus amados protegidos? Y no me digas que para asistir, solo ellos bastan, porque “ unicuique mandavit Deus de proximo suo, ” y San Pablo dice bien claro: “ si quis suorum, et maxime domesticorum (los de la casa) curam non habet... „ es peor que un infiel “ est infideli deterior. „

— Pero yo no quiero perder mi tiempo con tantos muchachos!.... yo tengo que estudiar mucho, y... Asi decía un infelíz que yo he conocido, loco por estudiar — hoy decía, he perdido tantas horas de estudio dedicándolas á hacer clase; tantas horas más ocupándolas en la asistencia, etc., etc., y á fuerza de perder y perder, “ perdió la vocación. „

Pero ¿para qué fin nos habremos hecho Salesianos? digo yo.

El Pb. D. José Persi, que murió siendo socio Salesiano, era aún simple Cooperador, é iba sin falta al

Oratorio de Turín todas las grandes solemnidades del año. Pero notáron algunos Salesianos que durante la comida, no bien se oía à los niños en el patio, dejaba al punto de comer, y salía para hacer sus pesquisas en todos los rincones del Oratorio con el objeto de dar con el diablo. Y nos aseguraba este santo varón que siempre lo habia encontrado en algun rincón y lo habia ahuyentado. Si tanto celo desplegó en la asistencia un simple Cooperador ¿qué no deberian hacer los Salesianos?

¡ Ah! quién pudiese imitar á un Domingo Savio y á sus confundadores de la Asociación de la Purísima!

¡ Quién tuviese la santa energía de un Parietti, que dejaba de comer para lanzarse al recreo, cantando : “ Là mi credo d’esser Re!

¡ Quién poseyera la habilidad del Coadjutor Francisco Borghi, maestro de música, que en las funciones se volvía todo ojo para vigilar á sus colegas y alumnos, y á menudo les repetía que la mejor nota de su repertorio debía ser la del buen ejemplo, porque cabalmente para dar buen ejemplo los Superiores los mandaban fuera de casa, á hacer esas funciones musicales.

¡ Quién finalmente pudiese heredar el espíritu de vigilancia del acólito Francisco Allavena, que, para animarse en la árdua tarea de la asistencia, solía apostro-farse á si mismo, diciendo : “ Vigilat hostis et dormis tu? Eja, Francisce, noli locum dare diabulo!

Pero notemoslo bien, : hay asistentes y asistentes. No todos son cuales deben ser. Parece cosa facilísima la asistencia, y no lo es. Es menester, quizás, más talen-

to para hacer pasar à nuestros niños recreaciones santamente alegres, que no para hacerles hermosas instrucciones. Sin embargo, la caridad, “ que todo lo entiende „ puede hacer este gran deber muy fácil y suave. Quién sabe amar, sin tantos preceptores ni método se vuelve en poco tiempo muy hábil en esta materia. ¿ Por qué D. Bosco en esto fué gran maestro ? Por lo mucho que amó á sus niños. Imitemos à nuestro fundador ; y como lo sabía hacer el acólito Domingo Anselmo de santa memoria, cuando la ocasión se presentare, digamos así : Si D. Bosco estuviese en mi lugar ¿ de que modo vijilaria á estos niños ? Si tuviera que verse con ese niño tan díscolo ¿ cómo lo trataria ? — y con aquel tan divagado ¿ cómo se portaria ? — y con ese otro de allá, que es todo bufonada y liviandad... ? ¡ qué bien lo sabria manejar nuestro D. Bosco ! — Pues bien, si no alcanzamos á tanto, roguemos siquiera á D. Bosco que nos venga á prestar su mano “ in tempore opportuno. „ El no deséa otra cosa màs que socorrer á sus Hijos. Ya se há quejado de que pudiendo ahora hacer tanto por nosotros, casi ningun encargo le damos. No habremos todavía acabado de suplicarle que ya él nos dirá al corazón, lo que solia repetirnos en su vida mortal : — Acuérdate, hijo mio, que — “ amore é di sospetti fabbro ; „ — por buenos y santos que te parezcan los niños de tu clase, de tu taller, de tu dormitorio, etc., es bien que tu sospeches de ellos alguna vez. Considera como cosa grave toda pequeñez que pueda ser causa de desórden y de pecado. Demuestra siempre que tienes

buena opinión de todos tus niños á fin de animarlos al bien, mas no te canses nunca de mirar, vijilar, proveer, separar, defender, conpadecer, etc., etc. Escúchalos á todos en sus preguntas en todo lugar, tiempo y circunstancia, y hasta olvídate de ti mismo para tener cuidado de ellos, como si fueran tus propios hijos. Si en tiempo de recreo das una vuelta por los corredores, escaleras, escondites, etc., persuádetē de que no sólo tendrás el mérito de salvar almas, sino que las salvarás realmente, porque el demonio no duerme nunca hasta en las casas más santas. —

Lo repito: entendámonos con D. Bosco y saldremos óptimos asistentes. Pero obedezcámosle ciegamente. Si, p. ej., D. Bosco nos dice al corazón: — Sepárate de ese compañero, porque dos asistentes que andan siempre juntos equivalen á tres asistentes menos ($2 = - 3$); (pues pronto habrá que mandar un tercero á asistir á los dos)... separémonos luego...; Ay! yo tengo para mí que si dos Salesianos cuando es tiempo de asistir van “siempre, siempre „ juntos, no serán dos solamente, sino que muy pronto llegarán á ser tres, porque el “diablo „ se les juntará seguramente!

Cierto es que una buena asistencia importa un gran sacrificio; pero ¡cuántos méritos se va acumulando uno para el Cielo por cada día que pasa en este lento martirio! — Es verdad de fe que por cada pecado mortal se crucifica á Jesús. Ahora bien, si un asistente impide un pecado mortal, es como si librase de la muerte de Cruz al Hijo unigénito de Dios. Pero ¿quién me dirá

los miles de pecados mortales que un solo buen asistente (aunque no sea letrado, pero que sepa sacrificarse) puede impedir cada año? ¡Cuantos méritos! yo repito. Si esto conocieran los más famosos predicadores le tendrían envidia, porque ellos con toda su ciencia y elocuencia no alcanzan quizás à tanto. El demonio, por cierto, tiene màs miedo de un buen asistente que de un buen predicador. A la verdad, pasada la impresión del sermón, él vuelve á la carga y muy á menudo recobra su presa, màs con un asistente siempre fiel á su consigna, es otro cantar —no bien lo vé, este infernal ladrón huye à todo escape.

— ¡¿Qué mucho, si Dios se ve como dulcemente forzado á derramar bendiciones y más bendiciones no sólo sobre los buenos asistentes, sino sobre toda la Casa que tales tesoros posee?

Escúchame, oh generoso asistente.

Si es verdad que “ si animam salvasti animam tuam prædestinasti ¿cuál no deberá ser tu corona en el Cielo? Si Jesús considera como hecho á sí, lo que tu has hecho por uno de esos pequeñuelos ¿quién me sabrá decir como te agasajará à tí, que, á semejanza de D. Bosco, habrás sido el salvador de tantos niños, cuando llegues á su reino?

Y tú, Casa dichosa, morada feliz de santos asistentes, consuélate siempre màs y màs! Los àngeles custodios irán á porfía à llenarte de bote en bote con el contingente de sus protegidos, porque ellos vea que de tí se pasa seguramente al Cielo; — disfrutaràs de una paz

inefable; satisfará facilmente todas tus deudas; se ensancharán tus edificios y con el multiplicarse de los aislados se magnificará la santa alegría, de modo que tú serás como un reflejo de la ciudad de Dios. Por el contrario, ¡ay del colegio donde no se sabe, ó mejor dicho, no se quiere asistir como se debe! Allí los Angeles lloran, el demonio mete algazara, Dios se retira, y con El la paz y toda la felicidad; la Casa se va poco á poco vaciando, las deudas crecen, la tristeza cunde en todas partes, todo parece volverse una especie de infierno. Ni hay por qué maravillarse. Quisieron descender de la Cruz de la santa asistencia; buscaron su propia comodidad y capricho “*quærunt quæ sua sunt, non quæ Jesu Cristi*” no han sembrado bendiciones y por consiguiente, “*de benedictionibus non metent.*”

Empero, nada son los castigos temporales comparados con los eternos. Se ha visto una vez á un acólito, separarse bruscamente de sus camaradas, diciéndoles: — Adiós, me voy á asistir, demasiada cuenta tengo ya que dar á Dios por mis pecados propios, y no quiero cargarme también con los de mis niños. — Sobrada razón tenía el tal asistente. En efecto, en el libro que se abrirá ante el tribunal de Dios, estarán apuntados, “*como si fuesen nuestros,*” todos los pecados ajenos, que, habiendo podido impedir, no hemos impedido. ¡Ah! Señor, misericordia, “*ab alienis parce servis tuis!*” ¡Directores míos, cuidado con dejar faltar la suficiente y oportuna asistencia! Recordemos el “*Væ iis qui præsumt.*” ¡Asistentes! sois los centinelas nobles de

Israel: haced de modo que al grito de: “ ¡Centinela, alerta! ” que Don Bosco os deja oír desde el Cielo, pueda cada uno contestar en el acto: “ ¡Alerta está! ” — No os arredre ni el frío, ni el calor, ni el afán de vuestros estudios; no os acobarde ni vuestra poca salud física, ni la poca correspondencia de los niños, ni las locas exigencias de la pereza, de los falsos amigos, ó bien sea, del mismo demonio, que sin cesar os repite el “ descende de cruce. ” Digamos con el esforzado cabo del Regimiento Saboya: — 'L Re a l'à butame sì, e i bûgiö propi nen, e.....! — A la verdad, que es el mismo Rey de Reyes el que nos ha puesto de guardia! ¿Quién se atreverá á faltar á la consigna?

Concluiré, Hermanos míos, haciéndoos presente que D. Bosco y todos nuestros actuales Superiores quieren que no solamente los así llamados asistentes, sino todos los Salesianos proporcionalmente càrguen con su respectiva vigilancia para impedir que el pecado se nos entre en casa; esto es, quieren “ que todos seamos asistentes. ”

Es esta nuestra principal tarea. ¡ Adelante, pues! Cada uno en su puesto como un atalaya vigilantísimo! Salvemos á los niños! “ Vigilemus, quia adversarius circuit tamquam leo rugiens. ” Vigilemos hasta la muerte y seremos ciertamente coronados “ quia promisit Deus coronam vigilantibus. ”

Orate pro me.

Vuestro af.^o en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA IX.

Amor y respeto á nuestros niños.

Santiago, Agosto 15 de 1897

Mi amado Director y Hermanos :

La conferencia, que vamos à empezar, es hermana de la precedente, porque se trata en ella otra vez de los niños : esos benditos niños que electrizaron el corazón de nuestro P. D. Bosco, que formaron sus delicias y que son la principal herencia que él nos ha dejado.

¡ Dichosos los Salesianos que tenemos una misión tan dulce, y al mismo tiempo tan fácil relativamente !

— “ dulce ” ; porque los niños son los angelitos de la tierra, las imágenes de Dios y los hermanitos de Jesús. Él mismo se hizo niño para despertar nuestro amor y compasión por la niñez ;

— “ fácil : „ porque ellos no son como los adultos, los que, una vez malos, difícilmente se dejan doblegar, sino son como blanda cera, en que con facilidad se estampa la imagen del bien ; ó como lana blanca que toda se embebe en el color con que se moja ; ó como un terreno vírgen en primavera, que se cubre todo de perfumadas y encantadoras flores.

Cierto es que puede sobrevenir el vendaval de las pasiones á derribar los propósitos y santas costumbres de nuestros alumnos ; pero es cierto también que, pasada la tormenta, al primer rayo del Sol de la divina

gracia, vuelven, por lo regular, á levantar la cabeza las flores de la virtud; ó por lo menos, cuando los pobrecitos se hallen en el trance de la muerte, no rechazarán al Sacerdote, como desgraciadamente sucede á los que fueron educados sin Dios.

Empero, no podremos cumplir bien con esta misión, sin tener para con nuestros niños “amor y respeto.”

El amor debe ser “sincero.” — Si es que los niños son (y deben serlo) nuestro mejor tesoro, los amaremos grandemente á todos sin excepción ninguna, porque “ubi thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.” Amaremos aún á los ingratos, á los malos, á los mismos que forzosamente son expulsados. Asi lo hizo siempre Don Bosco. Encontrando en la calle á estos pobres expulsados, los saludaba él primero, les preguntaba por su salud, por la del alma especialmente, y cuando sabía que alguno de ellos estaba enfermo de gravedad, corría luego á ponerse cabe el lecho para prepararlo al gran paso de la Eternidad.

El amor además debe ser “desinteresado.” — Si á un niño le amamos tan sólo por sus prendas, es decir: por su memoria, por su perspicacia, ó bien, por sus buenos modales ó por el encanto de su rostro, etc. ¡ah!... todo será como fuego de paja. No es de los niños que hemos de esperar ni buscar recompensa, sino del mismo Jesús, que, al decirnos: *Accipe puerum istum et nutri mihi,*” se comprometió con ese halagüeño: — “*Dabo tibi mercedem tuam.*” — ¿Queremos ser amados? ¡Amemos! “*Si vis amari, ama;*” pero amemos

las almas ante todo. “Diligite et diligimini,” decía D. Bosco, “sed diligite animas vestras et vestrorum. — Sólo bajo esta condición nuestro amor será desinteresado.

¿Qué diremos ahora del respeto? Verdad es que los niños deben respetarnos á nosotros sumamente; pero verdad también es que recíproco debe ser el respeto; no sólo, sino que “maxima debetur puero reverentia.” Por de pronto, parece que esto no se puede conciliar con las correcciones y reprimendas que á menudo debemos hacerles; mas en realidad no es así, puesto que el respeto no impide esas correcciones, sino que tan sólo nos obliga á ponernos en lugar de estos pobrecitos, que, aunque malos, son siempre hijos de Dios; y de consiguiente requiere que evitemos todo exceso de pasión, toda venganza y todo extremado rigor, á fin de que no nos suceda la desgracia de cometer un pecado grave para remediar ótro quizás muy leve. — “Para que te acuerdes de mí, decía un fulano á su alumno, toma esto,” y le regalaba una patada formidable; dijole por ña lidura: — ¡“te espero en los exámenes!” Pues, fulanita de mis pecados, esto en el diccionario cristiano llámase simplemente “crueldad.” ¡Ay! de nosotros, si Dios imitase nuestro rigor! Acordémonos que el perdonar “usque septuagies septies” atañe también á los maestros, asistentes, Prefectos y Directores. — Semejante brutalidad podría ser causa hasta de apostasía. Ese niño cobrará luego un odio profundo quizás á todos los clérigos y á la misma religión, y morirá sin querer los auxi-

lios necesarios. ¡Ah! “ nolite ad iracundiam provocare filios vestros!” — Pero me dirás, que la letra con sangre ha de entrar, y que, por otra parte, en ciertos casos no eres dueño de tí mismo, no puedes contenerte... — en este caso no te queda otro remedio que abandonar el cargo de maestro, de asistente etc., y meterte de alcaide en una cárcel.

¿ ¡Golpear á las imágenes de Dios?! ¿ Cómo te atreves á tanto? — Nuestro Padre D. Bosco tenía á sus niños una especie de veneración. ¡Qué diferencia!

El respeto debido à los niños está reñido no sólo con los azotes y otros castigos humillantes, sino que prohíbe absolutamente también todos esos apodosos de beodo, animal, bestia, borrico, etc., con que suelen rociarles sin ton ni son ciertos asistentes ó maestros. De esta manera los que se rebajan no son los niños, sino los mismos editores de la tal terminología.

— Pero, son tan rudos, tan torpes, tan cabezudos ciertos niños, que...

— Aquí no hay peros ni peras! Hable D. Bosco mismo. Copio un trozo de una carta suya admirable. Oid: “ Quisiera hacer yo mismo una plática, ó mejor dicho, “ una conferencia, sobre el espíritu salesiano, que ha “ de animar y guiar todas nuestras acciones y todos “ nuestros discursos. El sistema preventivo sea propio “ de nosotros. Jamás castigos generales, ni palabras hu- “ millantes, ni reproches severos en presencia de otros. “ En las clases empero resuene la palabra dulzura, cari- “ dad y paciencia. Nunca palabras mordaces, nunca

“ningun bofetón grave ó ligero. Hágase uso de castigos
“negativos y siempre de tal manera que los que fueron
“amonestados, se nos vuelvan amigos, más de lo que
“lo eran antes, y jamás tengan que salir de nuestra
“presencia envilecidos... Todo Salesiano hágase ami-
“go de todos; nunca trate de vengarse; perdone fácil-
“mente, y no recuerde, como para echárselas en rostro,
“las cosas ya una vez perdonadas. La dulzura en el
“hablar, en el obrar y en el avisar lo gana todo y à
“todos. Este debería ser el tema de un sermón para los
“ejercicios”... etc.

Aquí se vé claramente lo que D. Bosco piensa y lo que quiere de sus hijos. ¡Ah! reine pronto en todos nosotros el espíritu de este gran padre de la Juventud!

Digamos, por ejemplo, al niño desobediente y travieso que se imponga él mismo la penitencia: llevémoslo al pié del Santísimo ó de Maria, primero, y luego, si cabe, á los del Padre Confesor. ¿Dónde podremos hallar remedios más eficaces para curarlos?

— Cuando se teme que una corrección irrite á uno, hagámosla, pero en cuanto es posible, de un modo general.

Empero, castigos generales, quando no se conoce el culpable, eso nunca! Ni echarle en cara las faltas pasadas, ni hablarles de penitencia, el día, v. g., en que la comida haya sido mala, más bien entonces compadezcámosles y enseñémosles que de este modo abreviarán su purgatorio en la otra vida.

No permitamos que entre el enfado en sus corazones.

D. Bosco nos quería ver alegres á todos. Busquemos continuamente nuevas industrias, como ser, juegos, cánticos, etc., para desterrar, luego que asome su cara, la melancolía, causa fecunda de tantos pecados.

Jesús es llamado Vara y Flor. Imitémosle. Seamos “Vara” que corrige, y simultáneamente “Flor” que recrea.

El castigo, que se debe imponer después de agotados todos los recursos de la bondad, debe revistír siempre una severidad maternal. Si se corrige algo duramente, acèbese siempre con una palabra dulce, que deje abierta en el corazón del culpable, la puerta de la consoladora esperanza. Y ¡ojalá que impresione más al castigado la piedad del que corrige que la misma pena que debe sufrir!

Mas si el respeto, de que hablamos, exige que no tratemos á nuestros pobres niños con harto rigor, nos prohíbe también terminantemente incurrir en el pecado opuesto, usando con ellos caricias, melindres y cuantas boberías puede sugerir el desgraciado sentimentalismo, plaga de los colegios, más fatal y aborrecible que el mismo rigor excesivo. “In medio stat virtus.”

FATAL sería ante todo para nosotros. Fácilmente ese amor, que desde un principio parecía todo espiritual... “in carne desínit.” Se van multiplicando las caricias, los afanosos cuidados, las miraditas, las palabritas, los regalillos, (“donariola, quod sanctus amor nescit,” según nos dice S. Jerónimo) y entre tanto el blanco lirio va palid ecien do, sus hojas se encogen, se vuelven negro-

amarillas.....; la pasión y el demonio nos ponen unos anteojos traicioneros; parecerá todavía verde y lozana la pradera, pero “*latet anguis in herba;*” en el día menos pensado, queda uno herido mortalmente. — Mas hay algo peor aún.

Cada día el religioso es puesto á la prueba dulce, pero terrible, de la S^{ta} Comunión.

En un principio sentirá remordimiento gravísimos. Y ¡ay de él si un día llega à hollar estas voces de Dios! Sin freno, con doble venda en los ojos, rodará de lodazal en lodazal, de precipicio en precipicio, hasta dar en el profundo despeñadero de la vida licenciosa. ¿Y después? ¡Ah! “*Obscuratum est aurum: mutatus est color optimus,*” ya se verificó la tremenda “*abominatio desolationis in loco sancto...* ¡ese infeliz se ha hecho un abismo de maldad; tiene en su alma grabado el carácter de la bestia!... ¡Adios vocación! Adios esperanza del Cielo! Dios no quiera que sea sentenciado con el terrible: “*Non videbit gloriam Dei*”!...

En 2º lugar fatal sería á los niños. — Es de notar que mientras nosotros los estudiamos, ellos tienen sobre nosotros sus ojos de lince para escudriñarnos; muchos de ellos vienen al Colejo ya heridos por las pasiones, y si reparan en nosotros cualquier otro amor que no sea santo, se les reabren las llagas pasadas, las que en una ocasión próxima, volveránse fácilmente gangrenosas ¿Habremos, pues, de trabajar para el diablo? No cabe duda que así será. Una educación de almíbar, à los doce, catorce años, se deshace como el jabón; las vocaciones

se echan à perder, toda virtud se hace humo! Ese Benjamín tan idolatrado saldrà del Colejio sin siquiera saludar al tontuelo que casi le adoraba, y ¡Dios no quiere que un día lo veamos formar en las filas de los clerófobos. Si así sucediera, no sería de extrañarlo: Dios nunca bendice lo que no se hace por amor suyo, lo que no se cumple con un fin recto. He aquí por qué los “benjamines” acaban por regalar coces á sus melindrosos educadores.

Todo lo contrario sucede con aquellos que, por ser de poca presencia, de toscos modales y hasta algo traviesos, se les ha atendido sin ningun amor sensible. Ellos aún cuando ya están en el gran mundo vienen á visitarnos; conservan los buenos principios por nosotros inculcados; nos defienden, son nuestro consuelo, etc., y eso que nadie hubiese esperado de ellos el menor buen éxito, la menor recompensa! Es que Dios en este caso ha bendecido nuestras obras, como quiera que ellas han sido rectas ante su presencia. Luego: ¡guerra á las preferencias! Si alguna ha de haber, sea para con los más harapientos, los más feos, los más repugnantes! — ¡Guerra al Benjaminismo, Hermanos míos, ¡Guerra á las amistades particulares! ¡Guerra á esa peste de los Colegios, á ese resbaladero de las virtudes y de las vocaciones, á esa muerte infausta de la educación! ¡Caricias, besos, abrazos, etc., nunca! ni aún á título de recompensa!

¡Alerta siempre! “latet anguis in herba!” ¡Ante todo nuestra alma!

Si un pobre niño se cayese en el barro, ¿te tirarías tú de largo junto á él para levantarlo? ¡No, jamás, pues, basta inclinarte un poquito. — Y si vieses á un joven envuelto en las impetuosas ondas de un gran rio, y pudieses salvarlo con sólo aferrarlo de los cabellos con una mano, asiéndote de la ótra á un árbol de la orilla, te lanzarías quizás á cuerpo perdido para abrazarlo en esas olas de muerte?

Recordemos á nuestro D. Bosco. Sus caricias consistían en ponernos alguna vez su santa mano sobre la cabeza, casi como para sosegar nuestros espíritus calenturientos, y en permitirnos el besamanos. De este medio valíase para decirnos al oido ciertas palabritas mágicas, despidiéndonos de sí siempre mejorados; esto es, con el corazón más unido á Dios. Nosotros estábamos delante de D. Bosco, como si fuese un Ángel del Cielo.

Con eso y todo, antes de morir D. Bosco, viendo que alguien estaba abusando de su santo ejemplo y poco á poco se iba propasando con perjuicio propio y de los niños, tuvo en un momento de tristeza, una fuerte duda sobre si el ejemplo que él habia dado (que de veras fué santo y providencial en todo y por todo) hubiera sido fatal para sus Hijos!

¡Que el ejemplo de nuestro Padre nos arrastre! Recordemos constantemente lo preciosa que es el alma de nuestros niños. Una sola vale mucho más que todo el mundo. Vale todo un Dios ¿qué más queremos para inducirnos á respetar á esos hijos de Dios y á esos hermanitos de Jesucristo? — D. Bosco quiere que los tratemos siem-

pre con afabilidad varonil, no mujeril; con el amor de un padre, no con los mimos de una madre. Y la fé exige que, sin la apariencia exterior nos fijemos tan solo en el alma, que, asomando por los ojos de esos pobres niños, parece que llorando nos diga: ¡tened piedad de mí! Salvadme! salvadme!

La fe nos muestra á los ángeles de estos pequeñuelos, que, mirando de continuo el rostro de Dios, invocan sobre ellos la divina misericordia; y el mansísimo Jesús con voz de trueno, nos repite cada día: — ¡Ay de quien escandalizare á uno solo de estos hijitos míos! àtense, más bien, una piedra de molino al cuello y ahóguese en el profundo mar! — ? Oísteis? Es la misma Verdad que ha hablado: ¡menor pecado haríais suicidándoos, que dando escàndalo á un niño solo!

Después de esto yo también tengo el derecho y hasta el deber de decir: oh asistente, oh salesiano, quienquiera que esto lees, escucha: antes que dar un escàndalo, màxime contra la bella virtud, á un niño cualquiera, escápate, huye lejos, ve á ahogarte, si quieres, pero no mates el alma de ese niño! “ Væ illi per quem scandalum venit! — Mas, ¿qué dije yo?! No, no te suicides, pues esto sería un gran pecado; ruega màs bien à Jesús que te dé la muerte, antes que consumas ese negro, fatalísimo escàndalo.

Concluyo. Esta conferencia, Hermanos míos, se me ha trocado en un serio sermón. — ¿Qué queréis? Tocando ascuas, no se ríe, sino que se ayea. Sé que rezais mucho por vuestro niños. Orad siempre más y más, y

sacaréis tino y fuerza para vigilarlos, sabréis amarlos y respetarlos debidamente, y obraréis siempre con el recto fin de salvar almas, para que así se aumente la gloria extrínseca de Dios. ¡Orad hasta para los perversos que hubieran llegado à frustrar todos vuestros desvelos y sacrificios! — Nadie diga: — Yo hice cuanto pude por ese malvado; si se pierde, “ ipse videat.” Si à una madre, que acaba de perder à uno de sus hijos, àlguien para consolarla, le dijera: Señora, no llore Ud.; ha hecho Ud. cuanto ha podido por su hijo; pagó médicos y medicínas, lo asistió Ud misma día y noche por tanto tiempo, etc., etc.

— Si! responde ella..... mas entre tanto mi hijo ha muerto!..... — y sigue llorando desconsolada.

Tengamos con nuestros hijos espirituales un santo corazón de madre: así lo tenía nuestro D. Bosco, así lo tiene nuestro modelo Jesús, que siempre sigue en pos de la ovejilla descarriada hasta alcanzarla y llevarla de nuevo sobre sus hombros à su amoroso aprisco.

Con todo el afecto de mi corazón os bendigo, Hermanos míos, para que se pueda decir de cada uno de vosotros: D. Bosco “ quasi non est mortuus; „ vive aún en sus Salesianos, arrancando à millares los niños de las garras de Satanás para poblar el Cielo.

Oraté pro me.

Vuestro af.^o en J. y M.

+ SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA X.

**Idioma italiano castizo — Casto modo de hablar
Confesonario — Estudio de la Moral Teológica**

Santiago, Setiembre 1º de 1879

Carísimos Hermanos:

Me consta que la generalidad de los Salesianos del Pacífico recibieron hasta ahora no sólo con resignación, sino con gusto las pequeñas carta-conferencias, que les he enviado. ¡Deo gratias! Esto me anima á remitirles esta ótra, que es la décima y quizás la última.

Al que fuere tentado de decir y por fin dijera que este Obispo se va haciendo ya pesadito con tanta amonestación é interminables cartas, quisiera yo hacerle meditar una grave sentencia, que dice así: Todo Superior que de veras quiere cumplir con su deber, debe necesariamente sufrir y . . . hacer sufrir.

Vamos empezando.

I. Recomiendo en primer lugar el estudio de la lengua italiana; de esa lengua que es como la hija primogénita de la nobilísima latina: lengua diplomática por cuyo medio todo el mundo habla de presencia ó por escrito con el Santo Padre, Vicario de N. S. Jesucristo; de esa lengua, que es, despues de la Fe, uno de los más ricos patrimonios de la bella Italia, y especialmente de Roma, “caput mundi, „ ea donde se le-

vanta la sede de la única Religión verdadera, la católica, apostólica, romana.

Tengo para mí que uno de los principales motivos por que el hermoso idioma italiano es casi totalmente dejado y aún menospreciado (al par que otros idiomas semibárbaros cunden por todo el mundo civilizado) es el odio que contra el Papa y toda la Iglesia tiene el infierno.

Y dado el caso que no fuera esto una hipótesis, sino una realidad lamentable, ¿habrá quien no quiera esmerarse en aprender y hacer conocer bien este dulce idioma? A nosotros, además, los Salesianos que vivimos “extra Italiam, „ nos obliga á cultivar esta lengua, la voluntad misma de nuestro muy amado Rector Mayor. Repetidas veces él nos recomendó este estudio y en una de sus últimas circulares se dignó señalarnos varios motivos que nos impelen á la práctica de esta obediencia; por ej.: 1º para poder leer los preciosos escritos de nuestro santo Fundador y Padre D. Bosco; 2º para facilitar el cartearnos con nuestros Superiores mayores, etc., etc.

Tratemos de consolar á nuestro buen Padre D. Rúa también en este punto. Para este fin quiero sugerir al Sr. Director de esa Casa el establecer, si posible es, á lo menos una ó dos horas cada semana para la enseñanza de este idioma á las clases mayores de ese Colegio.

Y siendo así que aún los que ya saben la dulce y armoniosa lengua del Dante llegan á olvidarla ó estropearla

arla, sea por falta de uso ó por la afinidad que tiene con el castellano, aconsejo al Sr. Director

1.º que introduzca y sostenga la costumbre de que los Socios hablen entre sí el italiano, á lo menos todos los jueves del año ;

2.º que se hagan ayudar por algunos Salesianos hábiles y de buena voluntad para extirpar vez por vez todas las palabras y locuciones viciosas, que convierten á esa lengua hermosa en una jerigonza ridícula y bárbara. ? Quizás exagere yo afirmando tal cosa? Parece que no; y á la prueba ¿qué dirían los italianos “ de Italia „ si nos oyesen decir ex. gr. “ *viaggiar nei cocci, navigar nei buchi, bere un vaso, essere borracci, curati, (ubbriachi)* y mil otras barbaridades? Dirían que no nos entienden y que no hacemos más que asesinar al idioma italiano.

Un poquito de empeño en los que serán destinados para ser mentores y en los que incurran en graves errores de gramática, bastará para acabar en breve tiempo con la consabida jerga que nos honra tan poco ante la gente civilizada y mucho menos nos aprovecha para la salvación de las almas.

II. De lo castizo del idioma italiano quisiera yo tomar margen para decir dos palabras sobre lo casto que debe ser nuestro modo de hablar.

No es caso tan raro (dejádmelo decir á mí que he visitado ya tantas Casas Salesianas) encontrar algunos que de vez en cuando sueltan palabrotas ó frases ridículas, juguetonas, juglares, descompuestas y menos de-

centes : palabras y frases que S. Pablo llamaría : “ *scurrilitas quæ ad rem non pertinet.* ” ¡ Esto no es salesiano !

Somos religiosos. Ciertos modos de hablar livianos y groseros, ribeteados á veces de escándalo (si bien entre seglares no serían quizás pecado y pasarían por donaires) en boca nuestra vienen á ser como blasfemias ; lo ha dicho S. Bernardo : “ *nugæ, in ore sæcularium nugæ sunt, in ore autem Sacerdotum, blasphemæ.* ” Estos modos de hablar sin modo, sobre ser una evidente prueba de vanidad y liviandad del corazón de quien los profiere, suelen despertar por desgracia y suscitar especies impuras en la fantasía de los que están oyendo, singularmente si son tiernos acólitos ó buenos coadjutores. ¡ Cuántas veces hemos debido sudar para persuadir á un acólito ó à un Coadjutor de que la tal palabra ó frase salida de la boca de ese otro acólito ó Sacerdote, había sido completamente sin advertencia i sin malicia ninguna ! ¿ Cómo estarán dispuestos ellos á oír las pláticas de los que hablan así y á tomarlos por modelos y guías ?

Directores, Sacerdotes y acólitos míos, ¡ dejadme que os recomiende la más fina delicadeza en todas vuestras expresiones ! Ninguna nimiedad hay en este punto. D. Bosco se enfadaba santamente con los que acostumbraban soltar ciertas palabras ó frases incorrectas, indelicadas y pronosticaba siempre muy mal de ellos.

III. Paso ahora á encomendaros con encarecimiento é individualmente á todos vosotros que procuréis que

los confesonarios de vuestra Casa é Iglesia estén frecuentemente sitiados por los niños y demás fieles.

El verdadero lujo de los Salesianos no debe consistir en grandiosas músicas, en solemnes funciones, en fastuosos adornos de la Iglesia, etc., sino en las Comuniones generales ó casi generales frecuentes, y hasta cotidianas, si se alcanza. Este ha sido el espíritu de D. Bosco; espíritu que debe subsistir hasta que tenga vida nuestra amada Congregación por él fundada. Esta es, por decirlo así, la metralladora celestial con que la Congregación Salesiana barre por completo los campamentos de los enemigos de la pobre juventud. Es ésta la prodigiosa fábrica divina de vocaciones tanto eclesiásticas como religiosas. Esta es nuestra verdadera gloria, así como será nuestro premio.

Pero las comuniones frecuentes de que hablamos suponen la respectiva y proporcionada Confesión; y esta última supone á su vez dos cosas indispensables.

1.º Que todos los Socios, sean sacerdotes, acólitos ó coadjutores, promuevan con empeño la confesión frecuente, antes con el ejemplo y luego con exhortaciones oportunas. El sermoncito de la buena noche, las pláticas particulares, los avisos que se dan en las clases, en el patio, doquiera, deberían tener por blanco principal el impeler dulce y frecuentemente al confesonario á nuestros pobres niños. Solo así se cambiarán éstos de demonios en Angeles, de perdidos en Santos.

2.º Supone además que ninguno de los confesores Salesianos sea tan perezoso, tan amante de sus como-

didades, tan poco amante de Jesús y de las almas, por El compradas con toda su Sangre Preciosísima, que llegue hasta el punto de escurrir el bulto, siempre que puede, del confesonario. Y será posible que los hijos de ese pescador de almas que pasaba dieciseis y dieciocho horas seguidas confesando, no amen el confesonario? Y que solamente vayan à confesar “spinte,” pero nunca “sponte?” Son estos tales Salesianos de nombre, pero no de hecho. El verdadero Salesiano considera el confesonario como una inagotable mina de oro y perlas preciosas para enriquecer su alma y la de los pobres penitentes: lejos de cansarse, parece que halla descanso en el confesar: el tribunal de la penitencia es su pan cotidiano, y cuando no hay que confesar, parece que algo le falte para vivir. Este es el verdadero hijo de Don Bosco.

Quiera Dios que de todos nosotros puedan decir Dios, los Angeles y los hombres: Este Salesiano es un pequeño D. Bosco.

IV. Y ya que he tocado este punto, me permitiréis añadir que á la buena voluntad de oír las confesiones debe acompañar y preceder una firme y eficaz voluntad de estudiar continuamente la Moral Teológica. — Defienda Cartago! — Así es. También esta vez gastaré algunos cartuchos contra el “enemigo,” que quisiera quemar todos los autores de moral, y persuadir á los sacerdotes Salesianos que la Teología moral ya la saben, y más de lo suficiente.

Si un médico adquirió y tiene fama de hábil, es por-

que estudié y sigue estudiando por toda la vida. ¿Qué no deberá hacer un sacerdote confesor, que además del papel de médico de las almas ha de hacer el de Maestro, de Juez, de Padre, de Angel y de Jesús mismo? “ pro Christo legatione fungimur. ” (S. Pablo).

Para decir la verdad, la máxima parte de los Sacerdotes Salesianos del Vicariato del Pacífico, con la solución prolija y atinada de los casos de conciencia que me han remitido cada mes, me han dado una prueba palpable de su amor al estudio de la moral; y me siento con la obligación de decir à cada uno de ellos: — “ Deo gratias „! ¡ Dios te bendiga! Tú me has consolado sobre manera. “ Perge quod cœpisti. „ No cejes en esta santa tarea; no sueltes el autor de moral teológica hasta el día de tu muerte! — Mas en este puro horizonte se reparan algunos puntos negros. Son esos Salesianos, bien pocos por cierto, que no sé si por pereza ó de puro testarudos, en todo el año callaron como muertos, ó apenas dieron alguna señal de vida (digo de aquella vida obediente y amante del estudio de que hablamos). ¿Soñarían acaso esos señores en poder pasar toda su vida sin saludar un confesonario, y conquistarse así el inevitable y bien merecido título de: “ Padres de Misa y olla? ¿Y para qué habrán recibido de Dios la infame y divina “ potestas ligandi atque solvendi? „ Absit! Esto es ser sacerdote á medias; y el sacerdote Salesiano debe serlo por entero. ¿O se creerán talvez esos fulanos que aún sin poseer el caudal de ciencia teológica necesaria para ejercer digna y provechosa-

mente el “ars artium, „ que es el “regimen animarum, „ ó como lo llama S. Francisco de Sales, el más importante y el más difícil de todos los ministerios, podrán sentarse sin más ni más en un confesonario y echar à ciegas sus absoluciones ?

Si esto sucediera por desgracia, dice nuestro amado P. D. Rua, los Directores y demas Superiores que autorizan á esos Sacerdotes, reflexionen seriamente sobre el cargo de responsabilidad que tieaen, y cómo queda “onerata „ su propia conciencia, por que tendrán que dar cuenta también ellos à Dios de las absoluciones dadas indebidamente.

¿ Y qué diremos de los mismos confesores ? ; de esos confesores ó por mejor decir “ confesadores „ tan ignorantes que ligan tranquilamente lo que deberían desatar y desatan lo que deberían ligar ? ; ¿ de esos infelices que no sabiendo los casos reservados, absuelven sin jurisdicción ? ; de esos ignorantes que no conociendo los impedimentos del matrimonio y las prescripciones de la Iglesia, sancionan lo que élla prohíbe y quizás anula, y prohíben lo que élla permite ? ; de esos atrevidos que callan cuando deberían hablar y hablan cuando por prudencia deberían callar ; ú obligan á restituir cuando no hay tal obligación, y desobligan cuando la hay ? ; de esos audaces, en fin, que por intrincada y ardua que sea una cuestión, la resuelven luego de un mandoble con la mayor serenidad y sin sombra de trepidación ? ; Pobres confesores ! Que daño incalculable hacen al Rebaño de N. S. Jesucristo ! Cuántas almas irán à

la perdición por causa de la ignorancia crasa y presumida de los que debian guiarlas al Cielo! Y ¿qué será de éstos si siguen descuidando el estudio y durmiendo el sueño de la innoble pereza y de la fatal ignorancia? Ya lo sabemos: “Si quis ignorat, ignorabitur,” lo dijo S. Pablo. Y hay algo peor: “Yo mismo pediré cuenta de mi grey á los pastores, y acabaré con ellos,” lo dijo el Señor por boca del Profeta Ezequiel.

Hermanos míos, temamos siempre los juicios de ese Dios tan bueno pero tan terrible, que cumplirá con su palabra de hacer “*judicium durissimum iis qui præsunt;*” y secundemos la apremiante indicación de nuestro Padre D. Rúa. Aunque ya aprobados para ejercer este santo ministerio, tengamos siempre sobre nuestro escritorio el texto de una sana teología moral, repasándolo ó consultándolo cada día á ser posible, especialmente en aquellos puntos (que no suelen ser pocos) en que no se halla úno bien seguro.

Para concluir os diré que ardientemente deseo me ayudéis todos á obtener de Dios aleje de nosotros los castigos que nuestros pecados nos han merecido sobradamente.

Todos deseamos ser consolados y que cesen estos años aciagos, y sabemos que sólo el “*Deus totius consolationis, et consolator optimus potest consolari nos in omni tribulatione nostra.*” Pero también sabemos que no nos consolará, si antes nosotros no Le consolamos á El. Mas oídme, Hermanos. No lo consuelan los que estropean Misa y Breviario, ni los que atropellan las

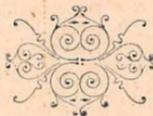
oraciones rezàndolas casi de escape ; no lo consuelan los que fácilmente omiten las Visitas, la lectura espiritual, la meditación, etc. ; ni los que sin un suficiente motivo las acortan ; no lo consuelan los que por envidia ó aversión nunca dicen una palabra dulce à alguno de sus hermanos que tan queridos son por el Padre que está en los Cielos ; los que descuidan la instrucción y asistencia debida à los niños, que forman las delicias de Jesús, etc., etc. ¿ Cómo pretenderemos, pues, levantar nuestra voz y decirle : “ *Adiuva nos in tribulationibus, quæ invenerunt nos nimis?* „ Consolémosle y seremos ciertamente consolados.

Esperando mucho de vuestra caritativa cooperación en el sentido que acabo de hablar, y recomendándome “ *ex toto corde* „ en vuestras oraciones, para que pueda ser yo el primero en consolar à nuestro buen Dios, me es grato poderos bendecir y suscribirme

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIAS

PARA

LOS NOVICIOS

POR EL

IL.^{MO} Y REV.^{MO} MONS.^{OR}

SANTIAGO COSTAMAGNA

OBISPO TIT. DE COLONIA

VICARIO APOSTÓLICO DE MENDEZ Y GUALAQUIZA

y Miembro de la Pía Sociedad de S. Francisco de Sales



VALPARAISO

TIP. SALESIANA - QUINTA WADDINGTON

1897

A mis grandes amigos los pequeños novicios de....

Queridísimos moradores de ese Paraíso terrenal, que se apellida Noviciado: recibid mis parabienes por la grande dicha que gozáis habitando en una casa en que mil medios están al alcance de vuestras manos, para que cada uno de vosotros salga como cabalmente reza la palabra *Noviciado*.

La etimología misma de Novicio, (que según el seráfico S. Buenaventura quiere decir *absque vitio*) os aguijonea al bien, siendo así que á cada rato os repite al corazón: "¿Eres novicio? — ¡Dí pues, un *no* rotundo y perpetuo á toda suerte de vicios! „

Os prevengó, con todo, que son bien diversos los planes del enemigo á vuestro respecto. El, el enemigo común, os quiere ver viciados y viciosos. Sabe él que por más observante y santa que al presente sea nuestra amada Congregación, se verá presto rebajada, si los novicios de ahora se van criando mal. Así mismo él sabe que, dado aún el caso (*quod Deus avertat*) de que la Congregación se rebajase y corrompiese, luego volvería á tener su primer vigor y observancia, si se educasen los novicios en la más estricta regularidad.

Beeleebub conoce muy bien que los vicios de la juventud se estarán en la médula de los huesos hasta la muerte, y que con el vicioso dormirán en la misma tumba; está también más que persuadido de aquello que con lágrimas dijo el profeta Jeremías; conviene saber, que el obrar bien, después de haberse uno hecho al mal desde jóven, es más difícil que mudar de color el negro de Etiopia, ó perder el tigre las manchas que la naturaleza le diera. El, en fin, está viendo que vosotros sois los Benjamines de Jesús y que, si perseveráis, miles de almas serán arrancadas de sus garras, para ir á ocupar los asientos de donde él y los suyos fueron destronados.

Hé aquí la razón del odio que os tiene y por qué á menudo *descendit ad vos, habens iram magnam*, tratando sembrar entre vosotros el vicio y la muerte espiritual, como logró hacerlo una vez allá en el Edén con nuestros primeros Padres.

También yo, con la idea de suministraros algunas armas para que mejor podáis combatir á tan obstinado enemigo, os he enviado este año (1897) ya diez cartas á manera de conferencias; y hoy á fin de que vuestro provecho sea más duradero y por acceder á la invitación que me habéis hecho, os las doy impresas y reunidas en un solo libro.

Quiera Nuestro Señor bendeciros como yo de corazón os bendigo.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA I.^{RA}

“Las dos alas,”

Santiago, Marzo 10 de 1897

Carísimos:

Aunque algo lejos de vosotros corporalmente, os estoy muy cerca continuamente con mi espíritu.

— ¿Queréis una raspita?... ó siquiera una amonestación.

— Sí, sí, Monseñor, no una, sino dos.

— Pues, vayan dos.

1.^a Estudiad mucho. — 2.^a Orad muchísimo.

Son éstas las dos alas de que cada uno debe armarse para volar hasta el Cielo por el camino de la perfección. Una sola de estas dos cosas no bastaría. ¿Podría un águila volar con un ala sola? ¡Imposible! Y ¿qué diremos de vosotros, amigos míos, que no solamente no sois águilas en la perfección, pero ni siquiera sois gorrioncitos? Vengan, pues, las dos alas.

Ala Primera. — Estudio. — Diga cada uno con S. Jerónimo: “Quiero vivir como si tuviese que morir siempre, y quiero estudiar como si no tuviese que morir nunca. Quiero que el estudio sea el mejor de mis recreos.” — Si no me gustan ciertas materias las he de estudiar en penitencia de mis pecados. Si no alcanzo á



comprenderlas bien, he de acudir pronto al “ Deus scientiarum Dominus „ y á la “ Sedes sapientiæ, ” Maria, mi dulce Madre, como solían hacer los Saviros, los Magones, los Besuccos, etc.

Hijos míos, los que ahora son acólitos ignorantes, serán ignorantes sacerdotes, que en vez de ser luz, serán tinieblas para las almas ; en vez de consolar á Dios, harán reír al diablo. ¡ Ah ! un eclesiástico ignorante y que sigue descuidando por completo el estudio, está, sin duda, en un estado habitual de culpa ; pero, el tal eclesiástico es, por regla ordinaria, cabalmente aquel, que, durante sus años de preparación, descolló siempre entre sus compañeros por su fatal haraganería.

¡ Guerra, pues, á la poltronería ! Estudiad, estudiad !

Si no estudiareis, no perseveraréis ! Dios mismo os lanzará de sí. El lo ha dicho terminantemente “ quia scientiam repulisti, repellam te, ne Sacerdotio fungaris mihi. „

¡ Valor ! hijitos míos : sea el estudio, vuestro pan de cada día. El estudio grave y serio de la Filosofía y del Latín es absolutamente imposible para el que no se entrega à él con ánimo varonil. No deis oído al cansancio, ni à las dificultades, sino gritad siempre : “ ¡ Toujours en avant ! „ — Apresuraos poquito à poco. Es ésta la máxima de S. Francisco de Sales. Hoy un poco, mañana ótro, sin jamás cejar, y ¡ qué de pocos se darán antes de terminar el año !

Ala Segunda. — Piedad. — El estudio no es más que el ala izquierda, la derecha es la dulce, la santa,

la indispensable “Piedad.” Yo concibo un salesiano sin tanta ciencia, como quiera que habiéndolo creado Dios con poca “Minerva,” por mas esfuerzos que haya hecho, nunca ha podido en rápido vuelo remontarse à las alturas; pero un Salesiano sin la sal de la piedad, no lo concibo, por que no sé por cual medio pueda salvar el alma suya y la de su prójimo; es esto para mí una paradoja. “Salesiano” es palabra que en idioma italiano puédesse descomponer en “Sale-siano. Sean sal todos los que pertenecen á la Congregación Salesiana.

Sin esta sal un novicio no se podrá conservar á sí mismo, y no perseverará. En vez de volar hacia arriba, caerà por su propio peso y se arrastrará en el fango de las pasiones, hasta que Dios, no pudiendo ya tolerar esa mancha en su casa, la arrojará afuera muy lejos. La cadena de la perseverancia ¿sabeis cómo se ha de alcanzar? con una cadena no interrumpida de oraciones. “Sine intermissione orate. Perseverantia non datur nisi petentibus eam.” La misma fuerza y voluntad de estudiar y el buen éxito de vuestros estudios, habéis de sacarlos de la oración. ¿Cómo podremos, pues, alcanzar ninguna virtud sin orar? Y ya es sabido que un novicio sin virtud es un algo monstruoso. Orad, por tanto, pero orad fervorosamente. El novicio fervoroso es en el noviciado como el esplendor del firmamento, y el tibio es como una noche tenebrosa, que amenaza tempestad.

¿Por qué señales se conoce el tibio?

Escuchad.

a) Si reza á prisa, si abrevia las oraciones ó las dice habitualmente sin atención. Lo propio digamos tocante á la meditación.

b) Si hace la comunión con un cierto desgano, sin preparación y sin acción de gracias suficientes, ó si nunca habla con Jesús de corazón á corazón.

c) Si la confesión la hace solo de tarde en tarde, casi sin dolor, sin ir nunca á la raíz del mal.

d) Si deja las Visitas al Santísimo, ó las hace como si fueran un peso, sin decir una palabra afectuosa al Señor, y tardándole el momento de salir de su presencia.

e) Si nunca sale de su corazón ninguna jaculatoria en todo el día.

f) Si en la Iglesia suele tener un continente poco devoto, etc., etc.

¡Fuego, hijos míos, fuego ! Suplicad á la Madre del bello amor, que encienda en vuestro corazón este fuego del Cielo. Si ahora sois tibios, sereis despues sacerdotes fríos, helados, si es que, por desgracia, llegaréis á serlos.

¡ Por amor de Dios ! que nunca vaya menguando el óleo en nuestras lâmparas : ¡ visitas, muchas visitas ! breves, pero muchas, repito. Si no teneis libro, no importa. Cuando vais á visitar à un amigo ó á vuestros padres, no os llevais, por cierto, ningun libro para saberles hablar, sino que vais sin más ni más, y las palabras vendrán de por sí. Aplicad el caso para el mejor de los amigos y de los padres. Despues de la S. Comunión ¡ ah ! ... atentos ! ... no malogréis el “ Donum

Dei. ” ¿ Seríais como un estólido campesino que después de haber cortado el trigo, lo dejase echarse á perder en el campo ?

Yo sé que sois fáciles en prometer, pero no me fío de vuestras promesas. Os pongo á todos bajo el manto de Maria y os invito á todos á clamar (máxime à los más tibios): “ O Maria, vas insigne devotionis, ora pro nobis. ”

Ahora después de leída esta conferencia mía, iréis todos à la Iglesia á rezar un “ Padre nuestro ” á Jesús Sacramentado, tres Avemarias á Maria Santísima, y el Acordaos á S. José para los tres màs tibios de esa santa Casa, á fin de que se vuelvan los tres más fervorosos.

¡ Adios oh esperanzas de la Cogregación salesiana! Tened presente que la piedad sin las letras hace al hombre extravagante y ridículo, y que las letras sin la piedad lo hacen orgulloso y menospreciador de sus Hermanos. Cualquiera que adelante en las letras sin la piedad, hará más daño que provecho.

Por lo tanto yo os dejo, pero sólo para contemplar de lejos vuestros vuelos magníficos. ¡ Ea, pues, desplegad esas dos alas de oro — “ Estudio y Piedad.

Volad palomitas,	Orando, estudiando,	Y en rápido vuelo,
Lo quiere el Señor;	Las alas librad,	“ Toujours en avant „
Huid de los lazos	Del vicio nefando	Remóntese al Cielo
Del mundo traidor.	La sombra dejad.	Con ínclito afan.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA II.^a

“ Los dos Refectorios „

Santiago, Abril 15 de 1897

— ¡ Viva Jesús ! “ no-vicios „ benditos !

— ¡ Siempre en nuestros corazones ! . . . ¡ Oh, Monseñor ! ¿ otra vez por acá ? y tan luego ? Por lo visto, no les tiene miedo V. S. á los terribles Andes !

— El amor, amigos míos, no repara en obstáculos ; ya lo sabeis. He salvado por una segunda vez aquellos escarpados montes, porque me han dicho que anda por aquí arrinconada y de capa caída una muy noble virtud que llámase “ Urbanidad. „

— ¿ Y será también virtud la Urbanidad ?

— ¿ Pues no lo ha de ser ? Con tal que sea de buena cualidad, esto es decir, que nazca del amor de Dios. Ella es hija de la caridad. Ella es el mejor y más precioso engaste de todas las joyas celestiales, que son las virtudes morales, cuyo realce en el decoro de la Urbanidad llega á ser sublime. — Heme aquí, pues, resuelto á acometer con vosotros y desbaratar á cuantos enemigos tenga esa Urbanidad santa, que para todo salesiano es una verdadera necesidad.

Como el escultor no suelta el buril hasta no haber

bien pulido el mármol y dado el último retoque á la estatua, con el que quisiera hasta oírla hablar, si factible fuera, y verlas con todas las perfecciones posibles, así he de hacerlo yo con vosotros, Dios mediante!

Manos á la obra. Imitad á la estatua que nunca se queja de los incesantes golpes que recibe; no os lamentéis por mis insistentes recomendaciones tocante á vuestra buena educación. ¿No sois a caso vosotros los que debéis brillar cual diamantes preciosos en la casa de Dios, y ser el ornamento de nuestra amada Congregación?

Trataré hoy “ex professo” de esa santa Urbanidad que os debe acompañar en el refectorio del alma (la Iglesia) y en el del cuerpo (el comedor.)

1.º. Refectorio del alma.—Urbanidad en la iglesia.

No la tiene aquel que entra divagado, riendo ó corriendo furiosamente y jadeante por el juego; no la tiene el que penetra en la casa de Dios con las manos negras de tinta, ó de algun otro modo sucias; ni el que entra ruidosamente dando portazos en vez de acompañar graciosa y suavemente con la mano la puerta al abrirla y al cerrarla; no la tiene tampoco el que groseramente camina “taconeando,” porque, echando al olvido que la Iglesia es casa de oración, impide la oración de su prójimo.— Falta así mismo à esta bendita Urbanidad en la casa de Dios el que en la estación del frío, se frote fuertemente las manos, haga crujir los dedos, meta ruido al ojear su libro, ó vaya traqueteando

con su rosario, ó bien fuertemente estornude, bosteze, ó se suene estruendosamente la magistral nariz.

Falta también aquel que, sin una verdadera necesidad, se mueve de su lugar; así como el que, al moverse, hace chocar los bancos, y el que escupe en el pavimento.

No cumplen con las prescripciones de la Urbanidad santa los que rezan demasiado fuerte ó con voz áspera, desentonada, muy diversa de la que tiene la comunidad, y tan chocante que sea de estorbo universal.

No cumplen los que por atender á sus devociones particulares rezan fuerte ó emiten hondos suspiros, ó van marmullando de un modo tan fastidioso que á los circunstantes débeles parecer que está lloviendo y sufren por esto distracciones mil.

Y... ¿qué os parece, amigos míos, serán urbanos y comedidos para con Dios los que siempre son los últimos en entrar y primeros en salir de la Iglesia? ¿Los que nunca, nunca visitan à Jesús de un modo particular? ¿Los que en las muy raras visitas que Le hacen, quédanse allá en una asombrosa mudez, desplegando el triste valor de no decir à Jesús ni una palabra?...

¡Pobre Jesús! qué mal te tratan esos descorteses! ¿Qué suerte les tocaría à estos, si, al presentarse ante un superior de esta tierra, se quedasen largo rato sin hablarle y despues acabasen por salirse sin decirle “ verbo? „ ...

Quiero ahora llamar la atención del Director sobre un punto importante de urbanidad. Suélese dejar lagu-

nas ó claros en el comulgatorio al tiempo de comulgar, de manera que Jesús, que ya hizo un gran viaje desde el cielo hasta el altar, y desde el altar hasta la balaustrada, debe aún correr acá y acullá, para que puedan comulgar esos atolondradillos. La buena educación para con Jesús exige que todos se junten en la balaustrada para no obligar al buen Jesús á dar aunque fuera un solo paso más de lo necesario.

Mas hete aquí que “ *crescit oratio.* „ Nuestros buenos superiores de Turin acaban de hacernos notar que á veces algunos no se quedan en la Iglesia el tiempo suficiente para dar gracias después de la Comunión. ¡Ay! y esto es la pura verdad! Los superiores tienen razón en quejarse. Por lo tanto, este lamentable olvido, que es simplemente un desacato, hase de desterrar absolutamente de nuestras casas. Con que, invito al Director á que cuando lo creyese oportuno, mire el reloj (si bien esto sea humillante para todos) y fuera de un caso de necesidad, nunca permita que la comunidad salga de la Iglesia antes de que hayan trascurrido al menos 15 minutos después de la comunión del último que comulgó junto con la Comunidad.

¡Oh, amigos míos, tenedlo bien entendido que, si hay un caso en que de veras, como reza el refran francés “ *noblesse oblige* „ es este de nuestro trato con el Dios de la SS. Elscaristía, con el verdadero Manuel, que se digna morar día y noche bajo nuestro mismo techo. Nunca serán sobralas las cortesías que usáremos para con El. — Permitidme ahora unos consejitos. Al volver

à casa después de haber salido á paseo ó para algún recado, etc., dirijase el primer paso á la Iglesia, si es posible, para saludar á Jesús.

Siempre que à la Iglesia se entrare, busquen luego nuestros ojos la portezuela del S. Sagrario y la primera miradita sea siempre dirijida al Prisionero divino del S. Tabernàculo.

En su presencia téngase siempre el cuerpo recto, los ojos bajos, la cabeza algo inclinada, las manos juntas delante del pecho, etc. ; todo como lo hacía nuestro santo Padre D. Bosco à quien debemos imitar.

— Recordémonos de que algun día (quizá no lejano!) deberemos felizmente formar cortejo con los Ángeles del Cordero Divino ; Pero esto será sólo à condición de que formemos desde ya el cortejo del mismo Cordero Eucarístico.

2º. Refectorio del cuerpo. — Urbanidad en el comedor.

Con vuestro permiso os acompañaré á la mesa ; pues me parece justo que, trabajando yo por vosotros, pueda sentarme siquiera, alguna vez á compartir juntos vuestro pan tan sabroso. Pero... ¿ que es lo que estoy viendo desde un principio ?

¡ Hola ! fulanito, ¿ porqué rezas tan “ festinanter „ y no haces más que mirar lo que se ha servido en tu plato y en los ajenos ? Yo no anticiparé mi fallo, juzgándote esclavo de la gula' pero sí, quiero decirte una palabrita al oído : Amigo, ¿ porque tanta gana de la comida material, que no te librárá de la muerte, y tan-

ta desgana de la espiritual (la oración) que te da vida al alma?

No tengo tiempo, amigos míos, ni para mentar todos los preceptos de buena educación que el salesiano debe cumplir estando en la mesa. Vuestro buen maestro y director os los explicará todos poquito á poco.

Recordaré aquí tan sólo los principales.

— Excepto el caso de mucho frío ó de enfermedad, bueno sería comer siempre descubierta la cabeza.

¡Qué bochorno tuve que sufrir yo un día en la mesa de unos señores bienhechores nuestros, viendo á mi compañero sentado con su sombrero puesto, y no cayendo en la cuenta de que las miradas de todos hacia él no eran de dulce satisfacción sino al contrario de inmensa estupefacción por tanta simpleza en un religioso.

— Si fuereis convidados á comer en casa de personas respetables, no desdoblaréis la servilleta, ni os serviréis antes de que lo hubiere hecho el que ocupa el puesto de honor. Y desde luego habéis de procurar que se sirvan los demás antes que vosotros, ahogando, si fuese necesario, todo asomo de impaciencia.

El mismo Espíritu Santo se dignó advertirnos á este propósito. “ Si estás sentado entre muchas personas en la mesa de algun convite, no extiendas tu mano el primero, ni pidas de beber antes que los demás. No digas: muchos son los manjares. Considera cuan despreciable es un ojo ansioso. No comas demasiado, antes bien toma con moderación de los manjares que te presentan. Mide en tí mismo lo que debes dejar al prójimo y sé de los

primeros en dejar de comer por razón de decoro, y para no estorbar el orden y la regular disciplina, y no seas insaciable hasta llamar la atención de los presentes. „ (Ecl. XXXI).

D. Bosco solía decirnos: “ Si os levantáis de la mesa siempre con un poco de apetito, estaréis cada vez mejor de alma y de cuerpo. ” y agregaba una regla práctica: “ Debería cada uno levantarse de la mesa en condiciones de poder luego aplicarse à escribir una carta que reclame seria atención. ”

— No pongáis nunca los codos sobre la mesa, ni encorvéis la espalda y la cara sobre el plato à la manera de los brutos en la pesebrera.

— No clavéis ansiosos los ojos en el plato de servicio, ni en lo que se ha servido à vuestros compañeros.

— No comais con demasiada prisa, con harta avidez, à dos carrillos, más bien engullendo, por decirlo así, que comiendo; ni toméis un bocado, sin haber antes tragado el ótro; antes y después de beber limpiaos los labios con la servilleta y cuidad de no imitar à los que, mientras beben, saetean con los ojos; tened modestamente bajos esos benditos ojos, aun cuando estais bebiendo. Poned atención en que mientras comeis no se deje apereibir vuestro resuello, ni el paladear importuno.

— No señaléis, ni accionéis con el cuchillo, tenedor ó cuchara en la mano. La cuchara téngase en la mano derecha y evítese de entrarla en la boca hasta el mango, de llenarla demasiado, y de soplar las viandas para que se enfríen.

Hay algunos que no se limpian con la servilleta los labios antes y después de beber : que beben teniendo el bocado aún en la boca ; que suelen limpiar el cubierto ó el plato con los dedos ó con la lengua, ó meter e el dedo en la boca ó chuparse los dedos, y hasta rascarse la cabeza estando en la mesa.

Otros hay que apoyan al pecho el pan para cortarlo, ó mojan otra vez en el plato el mismo bocado de pan que ya mordieron ; ótros que de la boca echan directamente al plato lo que no pueden masear, en vez de deponerlo disimuladamente con la mano izquierda ; ótros que pasan una porción de su plato al compañero del lado, ó bien le pasan el brazo por delante para sacar algo de la mesa, sin pedirle antes permiso, ó al prestarle el cuchillo no se lo limpian, si es el caso, ó no lo presentan por el mango.

Cuide el director de dar un ostracismo absoluto á todos estos abusos. Avise que no se despedazen las viandas con las manos, si no con el cuchillo y no más de la cantidad que se ha de comer ; que no se lleven con la mano las viandas à la boca, ni se mórdezque el pan, ni se adentelle la fruta à la manera de los roedores ; ni se rompan avellanas y nueces con las muelas, sino que se use el cuchillo para la fruta, y para tomar la sal del salero (cuando no hubiere cucharita), porque es una impropiedad tomarla con el mango del tenedor ó de la cuchara y peór aún hacerlo con los dedos.

Todo esto y mucho más os dirá, repetirà y exigirà de vosotros vuestro buen director, y yo abrigo la espe-

ranza de veros á todos al cabo de este año muy diestros en este “ramo „ de ciencia práctica.

Como premio á vuestra obediencia os prometo que en el exámen final se os interrogará también sobre los preceptos ó reglas de Urbanidad y el que al conocimiento de la teoría hubiese unido la práctica en todo el año, tendrá derecho á un brillante diez.

Concluyo esta materia verdaderamente, en esta segunda parte, muy material, entonándoos el “*Sursum corda.* „ Del comer podríamos decir casi lo mismo que del vestir; á saber, que es una humillación más bien que una perfección de nuestra naturaleza; pero si tenemos presente que también María SS. y hasta N. S. Jesucristo comieron (por supuesto de un modo verdaderamente santo y bien avenidos á la modesta mesa de S. José;) si practicáremos lo de S. Pablo á los de Corinto: “*Sive manducatis, sive bibitis..... in gloriam Dei facite;* „ si antes de dar de comer al cuerpo nos acordamos de dar un rico bocado al alma, mediante una breve Comunió*n* espiritual; si tomáremos el alimento no ya para satisfacer la gala, sino sólo para cumplir la voluntad de Dios que así lo ha dispuesto, etc., etc., es muy cierto que esta acció*n*, por animalésca que pueda ser, nos proporeionará ganancias mil para nuestra alma, en cada año. Las mismas reglas tan menudas de urbanidad que acabamos de mentar, practicadas por amor de Dios, podremos ofrecerlas á su Divina Justicia en descuento de la penitencia que nos tocará hacer por nuestras pasadas culpas.

¡ Cuántos mundanos hay que por todo el oro del

mundo no infringirían una sola de las leyes, que tan arbitraria como severamente impone de día en día el tribunal de la moda parisiense! ¿Y creis que todas estas etiquetas, à que se sujetan los pobres esclavos de la moda, no los hagan sufrir nada?

Mucho que sí.

— Mas ¿cómo sobreponerse á la moda? La gente ¿qué dirá?

— ¡Pobrecitos! y con tanto sufrir no ganan nada! Pero “diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum, etiam Urbanitas.” — Venga, pues, enhorabuena esta Urbanidad santa y por más quisquillosa que sea, será la bien venida.

.

-- ¡Chitón! — ¿qué hay? — La campana tocó; ya es tiempo de acabar. Conque, amigos míos, que os aprovechen los dos refectorios. ¿Det vobis Deus de rore cœli et de pinguedine terræ... en términos que os hayáis de poner todos gorditos como los tres compañeros de Daniel en Babilonia.

¡Buen provecho en la Iglesia: nadie desprecie el “Donum Dei”!

¡Buen provecho en el comedor: nadie se queje de la comida; pues sois pobres y pretendéis hacer el voto de pobreza. ¡Hola! ¿si será para que lo practiquen los que no hicieron el tal voto?.. ¡No hagáis reir al diablo!.. Pero pobres ó no pobres practicad con finura

las reglas de urbanidad, y . . . que el Señor os bendiga como yo os bendigo de corazón: “ In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen. „

Los que hambre tuvisteis
Del pan terrenal,
Corred presurosos
Al Pan celestial.

Al almo Convite
Llegaos frecuente,
Con fe siempre viva
Y amor más ardiente.

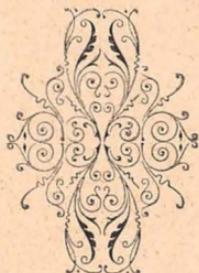
Y humildes y castos
Sereis más y más,
Y lejos por siempre
Se irá Satanás.

Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA III^a

“ Aseo. — Buenos modales. „

Santiago, Abril 30 de 1897

— Tan, tan.

— ¿Quién vive?

— Yo soy!...

— ¡Oh, Monseñor! ¿tan pronto? Acabamos de leer la sabrosa Conferencia de “ Los dos Refectorios „ y.....

— ¡Qué queréis! Al daros la despedida la última vez, parecióme haber visto algunos medallones al valor... “ poltronal ”, que algunos ostentaban en su sotana. Temiendo ahora de haber tomado un “ qui pro quo ”, he pensado volver muy pronto para cerciorarme de la verdad..... ¡Oh! oh! ¡y cuantas medallas en esos vestidos, en la cara, en las manos!... Pues, por desgracia no me había yo equivocado. ¡Pobre Urbanidad! qué mal te tratan!

¿Si será ésta cabalmente la Casa donde tan feas medallas se acuñan? Pues, ¡abajo esas medallas! y dinamita póngase, si es necesario, á tan innoble fábrica!

D. Bosco, nuestro Padre, vestía pobremente, pero siempre tan limpio y aseado que podía, cuando quisiera, presentarse ante la Majestad del Rey. — S. Francisco de

Sales (leed su vida) fué maestro y modelo acabado en lo concerniente a Urbanidad y aseo. Su primera discípula, Santa Francisca de Chantal (la baronesa), para fundar en Turín, presentóse al Duque de Saboya con cinco remiendos en el velo y con los zapatos atados con tiras de cuero, pero todo era tan limpio, que en nada podía ofender la mirada de la Corte Ducal.

¿ Habéis pensado, amigos míos, que debéis cada día presentaros varias veces ante la Majestad del “ Rex regum et Dominus Dominantium? ”... que sois cual pajes nobilísimos de todo un Dios?

Así como el platero nunca acaba de pulimentar el vaso que debe figurar en la mesa del Rey, así vosotros debéis con santa premura esmeraros en el aseo de vuestros vestidos, y en el continente de toda la persona.

Un exterior aseado y arreglado del cuerpo, vestidos, aposento, cama, libros, etc., es por lo regular un claro indicio de una alma bien arreglada y cuidadosa de sí misma.

Por el contrario, un exterior desordenado, acusa fácilmente un alma poco arreglada, poco delicada; y à veces un vestido desaliñado, rasgado y sucio, la cara y las manos continuamente manchadas, puede que sean un reflejo de lo que pasa en el interior de esa alma.

— Sé que se me podrá objetar que hemos entrado en la Congregación para practicar la mortificación: y ésto yo no lo niego; solamente añadido que no entramos para hacerla practicar à los demás; pues à nadie hasta ahora ha sido dada esta misión; luego.....

Nótese además que si es cierto que algunos santos descuidaron el aseo de su persona, y hasta hubo un S. José B. Labre, que ex professo cultivó el desaseo, es también cierto que si ellos hubiesen vivido en Comunidad, hubieran descollado entre todos por su delicadeza en materia de aseo y de cuanto exige la Urbanidad religiosa.

— Pero ¿y el voto de pobreza? — Cabalmente. Es ella, la noble Pobreza, la que clama por el aseo general y particular de todo y de todos; de no, ¡adios pobreza! todo se echa á perder, sotanas, zapatos, libros, muebles, útiles de toda clase, alimentos, etc., etc., y... “ ¡ qué pague mi tío!?”... Tenedlo, pues, entendido de una vez: vivimos no en una suciedad sino en una Sociedad, en una Congregación de santos, “in concilio justorum et Congregatione.” Nuestra casa debe ser como un pedazo de Paraíso. ¿Cómo, pues, se podrá admitir en ella ningún desaseo?

Yo por esta vez quisiera ser breve, pues desearía dejaros bastante tiempo para que podáis atender á la limpieza de vuestra persona y de cuanto de algún modo os pertenece, si es que lo necesitéis; pero esto no me es dable hasta no haber señalado á los Superiores de esta Casa varios puntos negros que hay que borrar. — Superiores, oíd.

Además del aseo tratad de obtener de vuestros alumnos, que se tapen la boca con la mano al bostezar;

que no se metan los dedos en la boca, ni en la... nariz;

que, caminando, no abandonen flojamente los brazos ;

que paseándose con algún superior, no los codeen, ni anden hombreándose con ellos. ni mucho menos anden adelante, sino algo más atrás ;

que no pongan la mano ó el brazo encima del hombro de sus compañeros, de los niños del Oratorio festivo, etc., ni que, sin necesidad, se den el brazo ;

que no tengan las manos en el bolsillo, y que cuando están sentados las tengan decentemente cruzados ante el pecho ó extendidas sobre las rodillas.

que no hagan crujir los dedos, ni que, al dar la mano, cuando la misma urbanidad lo exigiere, aprieten tanto como para estropearlo á uno, y que nunca den la mano á las personas del sexo diverso ;

(Cuando no fuera absolutamente posible evitar el darles esta señal de urbanidad, bastará corresponder con un delicado y rápido tocar del metacarpo).

que, máxime los nerviosos y excesivamente tímidos traten de tener las manos sosegadas, y, especialmente mientras hablen con los superiores, no estrujen lo que les viene á la mano, ex. gr., manteles, carpetas, borlas, birretes, etc., ni desgajen hojas de plantas, flores, etc.

que no estén apoyados sobre un pie á la manera de los papagallos, porque se ha de desterrar esa costumbre americana, que hace ensuciar el zócalo de las paredes con la suela sucia de los zapatos ;

que estando sentados no cruzen las piernas, sino las tengan casi juntitas ;

que no tengan la fea costumbre de mecerse sobre la silla, apoyándose al respaldo y haciéndola crujir ; ni que balanceen los pies por el aire, ni los arrastren por el suelo ;

que no sustraigan la silla al que va á sentarse ; pues esto pudiera ser quizá un pecadote muy gordo, y podría tener fatales consecuencias. Y ¿ qué deberemos decir de la necesidad de quien escucha por las puertas, ó mira en las casas por las ventanas, y de los que.... ?

— ¡ Oh cuántas cosas ! ¿ y no querrá V. S. acabar ?

— Allá voy ! ... y para ahorrar trabajo á vuestros superiores seguiré yo mismo la plática : “ Hijitos míos, tened siempre un continente modestamente grave ; pues, si ahora, que sois cual tiernas plantecicas, podéis corregirlo y enderezarlo todo, esperando más tarde, ¡ ay ! cuántas torceduras y jorobas de defectos y vicios tendrá ese árbol ! ¿ quien podrá enderezarlo ? Nadie. Ya el fallo se ha dado por el mismo Esp. Santo ; “ *adolescens juxta viam suam, etiamsi cum senuerit, non recedet ab ea.* ”

Nada se deje notar en nuestro exterior que desdiga de la santidad propia de vuestra vocación y de la edificación recíproca que os debéis.

El hombre se conoce por su aspecto, por la expresión de la mirada. El vestido del cuerpo, dice la Sagr. Escritura, la risa de la boca y el andar suyo, dan á conocer lo que es.

Nuestro Jesús mismo fué un retrato acabado de Urbanidad. Bien dijeron de El los Profetas : “ No gritará,

su voz no resonará por las calles, no será obscuro, ni impetuoso. „ *Obsecro vos per modestiam Christi.* „ decía S. Pablo. ¡Quién pudiera imitar à Jesús, que vino al mundo cabalmente para darnos ejemplo de vida !!

— Todos los movimientos sean de tal manera decorosos, que os parezcáis más bien á los ángeles que á los hombres.

— Sea vuestro rostro franco y dulcemente sereno y risueño, pero vuestra jovialidad sea sin disipación y seréis cual imán que atrae las almas á Jesús. En vuestro semblante debe aparecer una santa alegría antes que tristeza ú otro afecto desordenado. Así lo quería y lo quiere nuestro P. D. Bosco. Por supuesto que nadie deberá reír cuando los demás razonablemente lloran — *flere cum flentibus*, — ni tampoco deberá lloriquear ó hacerse el místico, cuando sus compañeros están entregados á una razonable alegría, que no solo no ofenda á Dios, sino que lo consuele — *gaudere cum gaudentibus*. —

Un novicio salesiano debería ser como el arca santa, que estaba revestida de oro *“intus et foris.”* Dentro, todo amor divino, fuera, todo comedimiento santo, hijo de la santa caridad. ¡Qué chocante es ese porte profano, afeminado, que huele á mundo á las mil leguas!

¡Qué ridículo eso de llevar el gorro ó el sombrero en los ojos como para espantar à los pájaros; ó bien à un lado, sobre una oreja, como señal de una cabeza llena de ideas torcidas; ó bien, clavado atrás en el occípite casi como indicio de que esa cabeza poco á poco se va!

¡Qué grima da ese llevar altiva la cabeza ya en son

de amenaza, ya dispensando miradas como de protección à los demás !

¡Ja, ja, ja, ! esa arrogancia, esa petulancia, esa fiereza ridículas me causan lástima y risa al mismo tiempo. ¡Qué papel tan bobo hacen algunos no solo “ coram Deo „ sino “ coram hominibus ! — Modestia vestra nota sit omnibus hominibus, ” dice S. Pablo.

No seáis del número de aquellos que llevan siempre la cabeza tristemente baja, como un condenado á muerte. “ Un santo triste, dice el Sales, suele ser un triste santo. „ — La cabeza tenedla modestamente algo inclinada, pero no á un lado, que puede ser señal de hipocresía. Ni la volvais acá y acullá por el menor ruido. Esto no indica un alma diligente, sino poco mortificada, de carácter liviano, curioso, mujeril, inconstante.

Digamos lo propio del que tiene en continuo movimiento brazos, manos, pies, etc. No es siempre el mal nervioso la causa de todo esto, sino el poco ó ningún espíritu de mortificación del tal individuo.

Hay algunos que aún sin necesidad corren siempre como si fueran perseguidos por asesinos ; y los hay al contrario que caminando siempre á paso de tortuga y como si arrastrasen cadenas ; y los hay también que, caminando muy despacio, taconeán de un modo insoponible, aún en tiempo de silencio, de estudio y de reposo — ¡ qué ! aquí estoy yo, (parece quieran decir) sépalo todo el mundo que el que ahora pasa soy yo.

Caminad siempre decorosamente y como llevando en vosotros el sello de una religiosa gravedad. San

Ambrosio echó de su clero à un fulano por el solo motivo de que caminaba mal.

Parecía ésta una disposición harto severa, pero el tiempo no tardó en demostrar que había sido dictada por el Espíritu Santo.

¿Toca la campana? — ¡Pronto!.... un paso grave y ágil y no precipitado. — ¿Pasais delante de los profesos? Deteneos un poco, dadles paso y señales de reverencia. Ellos son los “ domesticci Dei „ — ¿Llegáis con ellos á la entrada ó salida de una puerta ó paso estrecho? — cededles reverentes el paso. “ Honore invicem prævenientes „ (ad romanos). No creáis que menguará vuestra honra, al contrario, “ honor est in honorante. „ — ¿Pasáis por donde otros están hablando? Si no os convidan, haceos à un lado, siguiendo vuestro camino. — ¿Llegan algunos de vuestros superiores? Ellos son los centinelas de Israel y los padres de vuestra alma; no permitáis que ellos sean los primeros en saludaros; prevenidlos; y si, estando vosotros sentados, ellos os pasan por delante, levantaos luego con respeto.

— No clavéis los ojos en nadie y mucho menos en los superiores, ó en las personas de otro sexo. No dirijáis inmediatamente la mirada sobre todos los objetos y personas que os rodean, como para registrarlo todo; ni guiñeis el ojo, que es señal de mala educación y à veces hasta de mal corazón. La criatura perversa (dice el espíritu Santo, Prov. 6,) hace señas con sus ojos, avisa con sus pies y habla con los dedos; y que todo eso

es indicio de ser indisciplinado y relajado su corazón, y es causa de muchos disgustos.

No os pongáis de pechos á las ventanas, que es de espíritus ociosos y mundanos.

Si llamáis á la puerta de alguno, dad suavemente dos ó tres golpes.

Si á la 3ª vez no se os responde, idos en paz. — No entréis sino por necesidad en los cuartos ajenos, y en este caso acordaos de que es curiosidad prohibida el mirar papeles ó cartas del que vive en ese aposento, aunque no esté presente.

Concluiré con encomendaros muy encarecidamente una singular circunspección en el dormitorio. Es allí donde, á no haber suma modestia, en todos y en cada uno mucho tendrán que llorar los Angeles y cantarán victoria los demonios. La santa Urbanidad os aconseja acercaros á la cama de vuestro reposo, ornados de la modestia de Jesús; esto es, haciéndolo del mismo modo que lo haría Jesús cuando iba á tomar su breve descanso.

Estad acostados del lado derecho, por cuanto es posible; con las cobijas decentemente arregladas, y como si os vieseis colocados en el ataúd. Considerad la cama, dice S. Francisco de Sales, como el altar del holocausto, sobre el cual os colocáis para ofrecer á Dios, que os está mirando, un aceptable sacrificio de modestia y mortificación cristianas.

— Y ¿qué diré de los que, mientras los demás están tomando sueño, meten ruido con las puertas y venta-

nas, etc., ó caminando fuerte, ó roncando de lo lindo ?
— Diré que merecen una penitencia.

La Urbanidad religiosa està reñida con todos estos estorbos y dice el Rodríguez que el roncar no es propio de religiosos y que débense buscar todos los medios posibles para evitarlo.

Aquí pondré punto firme y basta.

“ Orate pro me ne dum alii§ prædicaverim ipse reprobus efficiar. ”

Con toda la efusión del alma os bendigo para que crezcáis màs y màs en la perfección de la Urbanidad religiosa.

¡ Adios, recordados
De mi corazón!
Borrad esas manchas
De vuestra mansión.

Y crucificando
Del cuerpo el sentido,
Cual blanca paloma
Que duerme en su nido,

Alegre el novicio
Y humilde sin par,
Sea gloria del noble
Feliz Palomar.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA IV^A

“La Lengua,,

Santiago, Mayo 1^o de 1987

— ¡ Trrrim !? —

— ¡ Monseñor !? —

— Es verdad : ¡ heme aquí otra vez ! — Debéis ser muy buenos, si el amigo de vuestras almas no puede ya vivir por largo tiempo lejos de vosotros.....Y desde luego sin tantos preludios os diré, que yo me he forjado la dulce persuasión, de que todos habéis medrado muy mucho en la práctica de la Urbanidad religiosa ; empero..... “ amore è di sospetti fabbro, ” dice un poeta italiano ; ¿ será ilusión ó realidad la mía ? ¿ Habrá perdido el oro ya toda su escoria ? habréis ya hecho girones el vestido del hombre viejo y revestídoos del nuevo, hecho según lo quiere el Señor ? ó talvez de algunos de vosotros se deberá aún decir : sicut erat, sicut erat ?....

Con el fin de que no suceda tal, aquí vengo con mi duro martillo á remachar el consabido clavo : — “ Amigos, anemos y practiquemos la Urbanidad religiosa. ” De ella se puede afirmar como de la piedad que “ ad omnia utilis est. ” Es como la corteza y la cáscara que conservan sanos los árboles y los frutos que son las virtudes.

Contribuye eficazmente à embellecer de una hermosura santa al Templo del Esp. Santo, que según S. Pablo, es nuestro propio cuerpo. Nos proporciona, además, un sinnúmero de medios para acortar la penitencia que por nuestros pecados nos tocarà hacer. A la verdad, supongamos un gran pecador convertido, que no se halle con bastantes fuerzas para darse à penitencias extraordinarias, porque su salud no le permite, ni para ir à misiones entre infieles, etc., etc.; pero supongamos además que cual otro Dositeo con Doroteo y demás Superiores y Hermanos, quiera ser todo cortesía, finura, obediencia, caridad con todos; que un solo temor le oprima, el de no poder contentar quizás à todos; contemple al mismo Jesús en cada uno de ellos y estime à todos mejores que él y ya que no le es dable besarles los pies, quiera al menos ser el “servus servorum Dei;” lleve su delicadeza hasta el punto de caminar despacio en presencia de los demás para no molestarlos de ningún modo, y les hable siempre suavemente para no ofender los oídos; deje siempre lo mejor para los otros y nunca sepa contestar un NO à nadie, à menos de tratarse de una ofensa de Dios; que en una palabra, se considere à si propio no como un ser, una entidad, sino como una cosa cualquiera de la que todo el mundo tiene derecho de servirse....

¡Cuánta penitencia importa todo esto! Cierto que no es cosa fácil, que digamos, pero puede llegar à tanto una Urbanidad bien intencionada.

Ahora comprendo por que apreciaron tanto esta Urbanidad los santos. Nuestro Padre D. Bosco merecía

llamarse: “La cortesía y la afabilidad personificadas. „ S. Francisco de Asís, no por loco (que los santos no lo son), sino por un exceso de cortesía llamaba à las golondrinas con el título de Hermanitas, y al asno del convento con el de “mi querido Hermano. „ El bienaventurado Martín de Porres, allà en Lima, cuidaba de todos los ratones del convento à condición de que no hiciesen daño à la casa religiosa, y hasta alcanzó de Dios que resuscitara un perro. ¿qué habrían hecho estos santos con los hombres, si tan corteses fueron, por amor de Dios, con los irracionales?

Baste ya de exordio y vamos à lo positivo. — Os estoy contemplando, amigos míos y veo esos “derelicta labia circa dentes vestros „ y sé que allà dentro esa boca, como una serpiente en su guarida, está la lengua, miembro que sin ser reprimido à debido tiempo, puede causar estragos sin cuento. Es ahí donde quisiera yo asestar hoy mis golpes, para que bien parada quede, y salga finalmente airosa la dulce Urbanidad.

Escuchad.

Faltan à la urbanidad los que suelen morderse los labios con los dientes ó con éstos róense las uñas; los que hablan teniendo cerrada la boca, ó lo hacen lentísima, ó atropelladamente; los que no hablan más que en voz alta, estentórea, desgañitándose, como para romper los tímpanos à todos, y los que à una sola hablan con el mismo tono de voz que si hablaran à cien personas; los que chiflan, ó silban aunque fuesen arias religiosas; los que hablando escupen ó rocian con salivas

el rostro del interlocutor; ó bien, tosiendo, no se tapan la boca con la mano ó continúan hablando mientras bostezan ó hablan con la boca llena; los que al hablar con alguno de manos á boca, suelen acercársele demasiado y hasta perseguirlo, por así decirlo, cuando el fulano se retira.

Ahora vengan los defectos morales, y á manera de catecismo respondedme.

¿No es verdad que más fácil es hablar de continuo que callar? — Sí.

¿Es más fácil hablar mal que hablar bien? — Es más fácil hablar mal.

¿De quién podríase decir como del sordo-mudo del Evangelio “et loquebatur recte? ¿quis est hic et laudabimus eum? „ — Por esto digamos con frecuencia á Nuestro Señor: “Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis ut non declinet cor meum in verba malitiæ etc., etc., „ ni en palabras de mentiras, ni de excusas, etc.

Mas decidme aún:

¿Por qué nos ha dado Dios dos orejas y una sola lengua? — Para que como dice Santiago el Apóstol “homo sit velox ad audiendum et tardus ad loquendum.

¿Por qué será que muchos jóvenes, á pesar de tener el órgano de la voz más débil que el de los hombres ya maduros, hablan mucho más que ellos y malgastan, con propio perjuicio, su voz? — Acontece esto por suma desgracia con esos jóvenes parleros. ¡Ah! los jóvenes... ¡qué dificultad tienen para callar! Sabemos que uno de

los amigos de Job decía à este santo que él estaba lleno de palabras hasta los ojos, y que éstas se le revolvían en el pecho como el mosto, y que reventaba por hablar, pero la Sagrada Escritura advierte que ese amigo de Job era joven.

¿Por qué el Apóstol Santiago llama à la lengua “Universitas iniquitatis „? — Porque de ella salen todos los disparates y horrores imaginables: blasfemias, maldiciones, imprecaciones, mentiras, calumnias, contumelias, chismes, revelaciones de secretos, suciedades, escàndalos, turpiloquios, canciones infernales, etc., etc. Sí, la lengua es que écha en cara los defectos y pecados del prójimo, es la que adula, la que acosa y destroza à un pobre individuo ó también à una comunidad, es ella, en fin, la que produce la mar de pecados desde la herejía hasta la última palabra ociosa y trueca al mundo en un infierno anticipado.

¿Qué es una palabra ociosa? — La que se dice sin necesidad ó sin un motivo de caridad, ó sin una estricta conveniencia.

¿Cómo se llama eso de hablar muchos à un mismo tiempo? — Babel.

¿Cómo merece ser llamado el que habla de un modo caquívano y afeminado? — Tonto!

¿Y el que no tiene màs que palabras duras, àsperas y humillantes? — Mal educado, de mal corazón.

¿Y el que groseramente rompe à reír à carcajadas aún cuando se hable de cosas serias ó santas? — Insensato. Lo ha dicho el Espíritu Santo, y nuestro Don

Bosco solía pronosticar muy mal de esos burlones, que todo lo toman en ridículo, hasta las cosas santas.

¿Y el que contesta antes de haber oído? — Necio y digno de confusión; lo dijo el Espíritu Santo. ¿Qué consejos suélnense dar para no faltar con la lengua? — Hacérsela bendecir à menudo. Suplicar á María Santísima que se digne cosernos los labios, cuando fuere menester, con el hilo de oro de la Real Caridad. Y S. Bernardo nos dice: “antes de hablar pasa tus palabras sobre las balanzas de Jesús, pensando cómo hablaría, cómo se expresaría Jesús en semejante circunstancia, en tal ótra, etc.: en suma, antes de pronunciarla, dice él, toda palabra “bis veniat ad limam quam ad linguam. „

De preguntas “satis.”

No os dejaré, empero, sin advertiros de parte de la noble señora Urbanidad lo siguiente: nunca habléis entre vosotros ni del Confesor, ni de las cosas de vuestra confesión; evitad las disputas (no lo olvidéis); no os hagáis cargosos à los demás con ciertas repeticiones inútiles de lo que mil veces habéis contado y que ya “notum est lippis et tonsoribus „; no interrumpáis à los demás cuando hablan, sin pedirles antes permiso; delante de vuestros Superiores, Profesores ó Ancianos no habléis sino siendo por ellos incitados; en un círculo de compañeros no lleve uno solo la batuta; dese lugar á que todos puedan hablar, porque aquello de hablar siempre el mismo, no siendo Superior, muchas veces huele á soberbia; conversando, no toquéis el brazo,

manos, pecho, espaldas, rodillas de vuestro interlocutor, como para mejor persuadirlo, y guardaos del defecto de repetir à cada media frase el pesado estribillo: “ ¿ Entiende Ud. ? Comprende Ud. ? „ y ótros por el estilo ; prestad siempre atención à quienquiera que os hable, evitando salir con esos enojosos : “ eh ! qué ! cómo ! ¿ qué ha dicho Ud. ? ” à menos que estuviéseis sordos, ó bien, que, mientras los ótros hablan, fuéseis arrobados en Dios !..... ¡ Ojalá ! No incurráis en el grosero defecto de hablar y cuchichear cuando un Superior os diere advertencias en general, ú os hiciere conferencias, ya lo hagáis aprobando ó desaprobando con el compañero vecino lo que acaba de decir el Superior, ya achacando ó distribuyendo à fulano, mengano y zutano las palabras de reconvención que se oyen.

Quiere, en fin, la Urbanidad que os intime muy severamente de nunca pronunciar riendo ó por burla los textos y palabras de la Sagrada Escritura. Esto puede llegar hasta à ser sacrilegio. También quiere que os prohíba el pronunciar en vuestros discursos como por pleonasmos, los santos nombres de Dios, de Jesús, de María, de los Santos, etc. ; sería ésto infringir el segundo Mandamiento de la Ley de Dios.

“ O lingua benedicta. ” Así canta la Iglesia en el himno de S. Antonio de Padua. Plegue à Dios que el mismo himno de alabanza puedan cantar los Angeles à nuestra lengua, que se habrá mortificado cada día y purificado y santificado à menudo con la Sangre Preciosísima del Divino Cordero en la Santa Comunión.

Amén! amén! amén! Así de veras sea y con todos
sin excepción ninguna.

Valor, mis amados	La lengua sin freno,
Las armas tomad	Cual fiera serpiente,
Valientes, osados,	Insensiblemente
La lucha empezad.	Inyecta el veneno.

Luchad, esforzados,
Sin darle cuartel,
Quien vence á la lengua
Derrota á Luzbel.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA V.

“El Angel del silencio,”

Santiago, Junio 15 de 1897

Mis recordados amigos:

— ¿Lo creeríais? — Al despedirme de vosotros la última vez ví un Angel en la puerta de la Casa, melancólico con las alas caídas, que me dijo: Yo soy el “Silencio,” y estoy triste porque allá dentro algunos no me quieren. ¿Deseas saber quienes son? — Amén de los que en tu última conferencia enumeraste como víctimas de la lengua desenfrenada, son los vanidosos, que interrumpen ó previenen las preguntas que se les dirigen, como para alardear su propia agudeza é íngenio, y los que nunca saben estarse callados, porque quisieran ser estimados como entendidos y ser alabados. En segundo lugar los imprudentes, que no moderan su lengua delante de los sacerdotes y ancianos y no recuerdan que “*silentium est maximus actus verecundiae.*” Después, los que en público acostumbran hacer preguntas (cuestiones) á los Superiores, en lugar de esperar para hacerlas con humildad en privado. Los curiosos que, al entrar en un grupo, luego preguntan de que se habla, en vez de aguardar para enterarse del asunto, si es que

vale la pena, después, cuando á nadie cause molestia. Los que están continuamente afanados trayendo en la punta de la lengua estas ú otras preguntas : ¿ Quién ha llegado ? ¿ Qué ha dicho fulano ? ¿ qué se piensa de mí ? ¿ qué noticias trae Ud. de afuera ? y tú qué haces ? qué hiciste ? qué harás ? etc., etc. — ¡ Tontos ! que merecen se les responda : “ Quid ad te ? Attende tibi. „ Los murmuradores, cuya lengua no lame, sino roe.

Todo lo critican ellos ; compañeros, superiores, predicadores, ni aún los muertos, de quienes está consignado : “ mortuo ne prohibeas gratiam, ” — de mortuis nisi bene, „ — ni los muertos, digo, se escapan de ciertas lenguas, que pudieran hasta hacerles morir una segunda vez. — Los quejumbrosos, que cantan solo en tono de lamentaciones, que no acaban de narrar sus cuitas á todo el mundo, no dejando de mentar el inmenso sacrificio que hicieron al dejar su Patria tan querida, sus Padres, su hacienda, etc. ¡ Tontuelos ! que, si algo han dejado, ha sido la guerra, la miseria, la infelicidad, el infierno anticipado, para trocarlo todo en paz, abundancia, felicidad y en una especie de Paraíso. ¿ Si creerán estos simplotes haber hecho un regalo y haber honrado con su persona á la Congregación Salesiana ? ¡ No, jamás ! pues son ellos los deudores, y ella, la Congregación que honra inmensamente al individuo que admite en su seno, aunque fuera un Conde Cays ó un príncipe Csartoriski. -- Los soberbios testarudos, protervos y obstinados en defender su propio juicio por puro espíritu de contradicción, que abundan en su sen-

tido, que aprecian siempre mejor su parecer que él de los demás, fallan y definen, aunque se esté tan sólo en el campo de las opiniones, casi su palabra fuera oráculo infalible; los que basta que sus compañeros lo piensen de un modo, para que inevitablemente opinen lo contrario; y se acaloran y saltan à los ojos, por decirlo así, nada importándoles que la santa Caridad se vaya llorando á gritos. Dicen que la razón está de su parte.....¡Desgraciados! no saben que más vale una onza de caridad que cien libras de razón, y en estos casos más vale ser yunque que martillo (Sales). — Entonces me callaré del todo dice uno. — No, que también esto es de soberbia y de mucha soberbia.

Ni hay que romper las cuerdas, ni dejar el laúd (Sales). — Los “desobedientes, „ en fin, que son capaces de estarse mudos, cuando y donde se puede hablar, pero que, fieles al “nitimur in vetitum, „ maltratan al santo Silencio donde y cuando quiera que en nombre de la Santa Regla se presentare. — ¡¿Tendré yo razón de no estar alegre!?

— ¡Pobre ángel! ó mejor ¡pobres y desgraciados de nosotros, que tenemos una lengua tan traicionera, tan “plena veneno mortifero „ y tan difícil de sujetar! Sí, difícil de sujetar ya que es ella de su naturaleza el miembro más húmedo de nuestro cuerpo y por ende el más movedido (Santo Tomás); que cual anguila se desliza por donde no pensamos! Es la lengua el instrumento del corazón y de la loca de casa, la fantasía; ¿qué mucho, pues, si adolece de los desarreglos de és-

tos? — ¿Pero no será el caso de hacerla bendecir diariamente por María Santísima? ¿No será conveniente que invitemos al ángel del Silencio, à que entre alegre, las alas desplegadas, en esta casa, que de hoy más deberá llamarse suya?... Yo pienso invitarlo à nombre vuestro y no dudo que entrará presuroso y contento. Os recomiendo que le hagáis una solemne y cordial recepción; pues lo merece. Y à la verdad, el Silencio os es más necesario que el pan de cada día, porque es el sostén y la hermosura de toda casa religiosa. Los fundadores de Institutos religiosos podrán diferenciarse en muchas cosas entre sí, pero en esto del Silencio todos están bien acordes; persuadidos de lo que ha dicho el Apóstol Santiago: se hace ilusión el que cree ser religioso sin enfrenar su lengua: “huius vana Religio. „

El silencio es la tutela de la piedad y devoción. “No hay alma de oración que hable mucho. „ (S. Alfonso). Si el horno queda abierto, el calor se va; si el vaso que contiene un precioso y aromático licor se deja destapado, poco à poco se desvanece la fragancia; si la vela que arde se expone al aire, ea vez de encerrarla en la linterna, pronto se apaga.

Así se apaga el fervor de la devoción, sino tenemos cerrada esa bendita boca. — Es además el Silencio un grande sacrificio que hacemos à Dios, reprimiendo por amor suyo el prurito de hablar. Es un culto perfecto y el complemento de toda justicia: “Erit cultus iustitiæ silentium „ (Isaías). Es por él que nos hacemos fuertes contra el demonio, el mundo y las malas pasiones: “in

silencio.... erit fortitudo vestra,, (Isaías). La vanguardia de un ejército ¿ con qué silencio y cautela no procede para descubrir los pasos de las avanzadas enemigas y apercibirse al combate? ¿ Por qué en la gran batalla que se dió en el cielo, S. Miguel y los suyos vencieron? Por el silencio: “ factum est silentium in cœlo, etc. Luzbel habló, habló mucho y con el hablarían maldades esos primeros revolucionarios y todos fueron ignominiosamente derrotados y arrollados hasta el abismo eterno. Dijo un joven: “ pocas veces hablo por algún tiempo á los hombres sin lesión de la conciencia en lo interior., Es finalmente el Silencio que nos da la paz, enfrenando nuestra lengua: paz con Dios, con nosotros mismos, con todo el mundo, y nos facilita el reconciliar á los más mortales enemigos.

Pero cata allí que el ángel, impaciente ya de esperar, acaba de entrar, como absoluto dueño en su morada. ¡Qué todo él mundo calle! Sólo el Silencio hable! Oigámosle.

— El Angel. — Novicios afortunados, la paz sea con vosotros. Y vendrá con la paz todo consuelo, si amaréis al santo Silencio. ¡ Ah! El novicio, à quien Jesús sólo no basta y va buscando desahogo y consuelos hablando mucho con las criaturas, será de los que “ foderunt sibi cisternas dissipatas, ” se morirá de sed. Haced Silencio, amigos míos, en todas las circunstancias en que la Santa Regla os lo intima, y gozaréis de la compañía de Dios. Si cuando ó donde es vedado hablar, rompèis el silencio, tenedlo entendido que luego Dios

se retira é inmediatamente se acerca el demonio á tocaros la lengua; y ésta “inflammata a gehenna, ,, prolongará el discurso (ah! las cosas largas se truecan en serpientes!) y comenzando por hablar de cosas indiferentes ó talvez buenas, acabareis de ver zaherida la caridad, la obediencia, la prudencia y quizá otras virtudes más delicadas.

Haced silencio, para que así se os olvide por entero el mal lenguaje, que aprendisteis allí en el mundo; esto es, ciertas palabras desatinadas, ociosas, jocosas, duras, soberbias, engañosas, adulatorias, presuntuosas, acusatorias, difamatorias, dañosas, deshonestas, palabras de vituperio, superfluas, precipitadas, etc., etc. ¡Bendito Silencio! que con el hilo de oro de la Santa Regla cosiendoos los labios, os hace olvidar de todas esas malas costumbres y os proporciona tiempo y lugar para aprender el buen modo de hablar; atendiendo calladitos á los religiosos ya formados y maduros, y advirtiéndolo ya á éste que no se escusa, aunque tratado duramente; ya á ese ótro que á todos despacha con buena gracia; así aquel que tan cauteloso es en tratándose de la fama ajena, como aquel ótro que tan riguroso es y tan exacto en cumplir con el silencio, etc., etc.

¡Silencio, pues, silencio, hijitos míos, y aprenderéis á bien hablar! Las otras virtudes apréndense repitiendo los actos que les son propios, mas ésta de hablar bien, se aprende sólo con no hablar. No nos dijo el Espíritu Santo: “tempus loquendi et tempus tacendi” sino “tempus tacendi et tempus loquendi;” para que se

entendiera que nadie sabrá hablar bien si no supo antes callar. I si en el tiempo del silencio tuvieseis el permiso debido para hablar, sed breves y hacedlo tan bajito cuanto la buena crianza lo permite. No os echéis de lleno en los discursos, ni apliquéis en ello todo el corazón, por decirlo así, sino reservad siempre la parte mejor de éste en unión con Dios, para que las criaturas no puedan robaros el tiempo que es tan precioso, y aún el mismo corazón que es más precioso todavía. — Y si en vez, en el tiempo de silencio no tenéis permiso de hablar, y la cosa parece necesaria, hablad en silencio, esto es, en voz muy baja, imitando à Santa Marta cuando llamó á su hermana María — *vocavit eam silentio*; — y si no hay absoluta necesidad de contestar, mejor será retirarse sin hablar, ó responder con una señal de cabeza, como aconseja el Sabio: “ Si sois interrogados dos veces sin necesidad, — *habeat responsum caput tuum*, ” — para hacerles comprender á esos locuaces que es tiempo de callar.

Practicad el Silencio, hablad con moderación hasta cuando no hay prohibición de hablar.

Amigos míos, oíd una gran cosa :

Es la moderación
fruto de bendición,
y celeste virtud que brilla hermosa.

Un novicio parlero facilmente pasa la medida y suelta muchos disparates en pocos minutos. ¿ Sabéis lo que á este propósito dice á los jóvenes el Espíritu Santo? “ *Adolescens, loquere in tua causa vix* (Ecles.),

hablad apenas una vez de las cosas que os pertenecen. En muchas ocasiones debéis portaros como si nada supieseis y oír callando: “in multis esto quasi inscius, sed audi tacens.” — Hablad, sí, pero cuando el hablar es más provechoso y más según caridad que el mismo Silencio (S. Greg.). Huid de los vagos y fabulosos palabrerros, molestos y pesados para con todos, que andan ociosamente rodeando, haciéndose más y más indignos de los dones celestiales. Sed como el avariento cuando cuenta sus dineros para gastarlos; medid bien todas vuestras palabras para no gastar ninguna sin provecho y ganancia.

Jesús mismo se dignó enseñarnos el silencio con su ejemplo (Jesus autem tacebat), y con su doctrina, cuando dijo: “Sit sermo vester, est, est, non, non.” Sí, sí, no, no; demostrándonos así elegantemente que debemos hablar puramente lo necesario, dejando aparte lo superfluo y sin provecho.

Hasta al entrar en los Círculos de piedad (que por amor de Dios os ruego no abandonéis jamás), si el compañero se olvidase por un momento del objeto que estos círculos tienen y hablara de cosas impertinentes, decidle luego amable pero francamente:

Hola, amigo, una de dos;
Ó no entrar ó hablar de Dios!

.
En una palabra, sea el Silencio vuestro fiel compañero en el terrible viaje á la Eternidad. ¡Haced silencio! novicios, para no faltar á la Reina de las

virtudes, la Caridad; pero hablad cuando esta Caridad misma (de la que hablando S. Agustín dice: ama et fac quod vis) es la que manda que se quebrante el silencio.

¡Silencio! para que la Santa Humildad y la nobilísima Castidad no se estén llorando y se os entre luego la satànica soberbia con sus siete cuernos y Asmodeo con su vino fatal, que es insanable veneno.

¡Silencio! para que se pueda restablecer el espíritu religioso donde haya menguado ó, por desgracia, ya se haya perdido.

¡Silencio! para que la presencia de Dios no se pierda y se pueda oír bien clara su voz. Ya se sabe que donde se habla mucho Dios se calla!

¡Silencio! superiores, para mantener con tezón y firmeza el espíritu religioso!

¡Silencio! súbditos, para restablecer el crédito en vuestra Comunidad!

¡Silencio! ancianos, para edificar á los jóvenes!

¡Silencio! jóvenes, silencio! para acostumbraros á llevar desde vuestros tiernos años al suave yugo del Señor!

¡Silencio!

.

— ¡Hola! ¿qué estáis mirando, amigos míos?

— Monseñor, que se fué el ángel.

— No, no. No se ha ido. Sólo desapareció de vuestra vista. Mas os estará presente para consolaros hasta que

vosotros no le echéis con esa espada “inflammata á gehenna, „ que se llama la lengua desenfrenada.

Yo sí, me iré; pues ya es tiempo que deje de molestaros.

Adiós, mis amigos,	Silencio él se llama,
Ya voy, ya me alejo,	De Dios el consejo,
Mas junto á vosotros	Que torna á vuestra alma
Un Angel os dejo:	Del Cielo un reflejo.

Amadle, escuchadle,
Que es tierno, que es fiel,
Que son sus palabras,
Más dulces que miel

Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA VI^a

“Lengua y silencio.—Apéndice.”

Santiago, Julio 1º de 1897

No quisiera que al mirar el encabezamiento de esta Conferencia, creyera alguno de vosotros que, borrando con el codo lo que la mano escribió en mis últimas cartas, viniera yo á aconsejaros en esta conferencia que pongáis un apéndice à vuestra lengua, que no es por ventura demasiado corta, que digamos. Al contrario; esa peligrosa culebra, que lengua se llama, quisiera yo cortárosla un poquito (sin lastimaros por supuesto) ó quisiera al menos que siempre estuviera enroscada y quedita en su guarida (la boca); porque si se le deja salir con facilidad seràn sin cuento los estragos que hará.

Así que este apéndice será en contra de la lengua y en favor de su capital enemigo, el santo Silencio.

Y à propósito de silencio ¿ cómo lo habéis tratado al ángel?

— ¿ Cuál ángel, Monseñor?

— El ángel protector del Silencio: ¿ tan pronto lo habéis olvidado?... ¡ Pobre ángel!

— Es decir... mire, Monseñor, en todo este tiempo

nunca asomó él su cara, ni jamás nos dijo una sola palabra.

— Habrà sido para enseñaros con su ejemplo á ser muy exactos en el silencio, sin duda. Pero yo quiero creer que si no os ha hablado, habrá ciertamente dejado escrito algún documento, sentencia ó reconvencción para que sea amada y respetada cada vez más esta hermosura de toda casa religiosa, el santo Silencio. ¿ Queréis explorar un tantico la casa para averiguar si es verdad ?

— Sí, sí, ¡ vamos! vamos!

— ¡ Chitón! si hacéis ruido, el àngel se escapa y tras él todas las santas y doctas palabras que él por ventura nos habrá dejado. Caminemos de puntillas.....

Oh! Oh! mirad qué lindo letrado en este corredor! Leamos despacio :

“ La vida y la muerte del hombre, novicios míos, está en las manos de tu lengua, — mors et vita in manu linguæ; (Prov. 18) — es decir, que la muerte del alma se halla en la locuacidad indiscreta, y su vida en el silencio santo. La lengua es la parte, que observan los médicos para conocer las enfermedades del cuerpo, y las del alma los filósofos. Si tu lengua practica la virtud del silencio, las demás virtudes, llamándose unas à ótras — la humildad à la cabeza — irán à aposentarse en tu corazón; por lo cual el Apóstol Santiago dijo que quien se desvela en guardar su lengua y en no ofender à nadie con sus palabras es verdaderamente virtuoso y perfecto — hic perfectus est, vir. — Si al contrario, tu lengua se abandonara

“ à una locuacidad intempestiva y viciosa, también los
“ demàs vicios se llamarán unos á ótros y vendrán todos
“ á tu corazón como ensortijadas víboras, encabezán-
“ dolas la terrible soberbia: — abissus abissum invocat
“ (Psal.). — No se respeta ningun secreto. Hasta las
“ cosas domésticas no se pueden ocultar; hay que pu-
“ blicarlas á todo el mundo, aunque sean seglares ó
“ estraños, amigos ó enemigos, caballeros ó mujerzuelas.

“ Y lo peor es que este vicio de hablar demasiado pa-
“ sa facilmente á ser crónico é incurable, y suele màs
“ bien aumentarse que disminuirse con el tiempo.

“ Quiere el Espiritu Santo que las personas pru-
“ dentes no litiguen con la criatura locuaz y habladora,
“ porque no la haràn callar, ni sacaràn otro provecho
“ que fatiga y molestia. Es trabajo bien grande y ho-
“ rrible en una comunidad la tolerancia forzosa de los ha-
“ bladores y de los temerarios en sus palabras. (Ecles.) „

— ¡Ay! todo ésto es muy picante!

— Picante será para los soberbios deslenguados.

Vamos à la Sacristía, á ver si también allí nos dejó
algo escrito nuestro buen ángel. Entremos despacio. —
¡Oh!, qué hermoso! leamos!

“ Recordad, ó novicios, que vuestra lengua está con-
“ sagrada à las divinas alabanzas y á ser como una
“ patena para recibir á menudo á Jesús Sacramentado.
“ Por tanto, debe estar siempre pura y limpia, nunca
“ hablando mal de Dios, no sólo, pero ni tampoco de
“ las criaturas que son imágenes de este mismo Dios.

“ Aun en el hablar de Dios con otra criatura mortal

“ ha de temerse el exceso, porque es fácil sacar de ello
“ vanidad y atropellarlo todo; ¿ que será en el hablar
“ contra Dios y contra sus semejanzas, los hombres?
“ De modo que, 1.º antes de despegar vuestros labios
“ pedid á Dios que este instrumento tan pequeño, pero
“ tan feroz á la vez, al que ninguna criatura puede do-
“ meñar (*linguam nullus domare potest* — Santiago.)
“ sea domado por El mismo, ya que solo El puede ha-
“ cerlo: “ *Dominus est gubernare linguam* „ (Prov. 21);
“ 2.º No uséis ironías y simulaciones en vuestras pala-
“ bras, ni alabéis nunca á nadie en su presencia, que os
“ demostraríais imprudentes y de poca firmeza en lo
“ mismo que decís, habiéndonos advertido el Espíritu
“ Santo que no nos fiemos del que nos alaba en nuestra
“ misma cara. (Prov. 27); 3.º Nunca digáis mal de los
“ ausentes, porque no se pueden defender: “ *de absentibus nisi bene*; „ ni de los que se separan de la con-
“ versación común, si no queréis que Dios permita que
“ pronto se os pague con la misma moneda; 4.º No re-
“ medéis á nadie (oigan los burlones) ni á vuestros com-
“ pañeros, ni mucho menos á los maestros, asistentes y
“ predicadores; á nadie pongáis nombres indecorosos,
“ alusivos á su genio ó natural, que viene á ser como
“ murmurar continuamente; ni llaméis, por lo regular,
“ á los ótros con nombres diminutivos, que eso no es
“ un afecto bueno, sino más bien un defecto á veces
“ peligroso; y finalmente, no escarnezcáis nunca las
“ acciones ajenas: sería abominable ante Dios y ante
“ los mismos hombres;

— ¡ Muy fino había sido el àngel !

— ¡ Ps !.... parleros !

“ 5. Conservad el secreto siempre que éste no dañe
“ la gloria de Dios ó la salud de las almas. Nunca por-
“ fiéis, y si á la segunda vez que decís una cosa no se os
“ quiere creer, no habléis más ; dejad la cosa à Dios que
“ lo comprende muy bien todo ; à nadie digáis : — tú
“ mientes, — que es muy indecoroso ; diréis sólo cuan-
“ do es el caso : lo que tú dices no parece cierto.

“ 6. No critiquéis nunca, nunca á los demás Insti-
“ tutos religiosos, porque todos son obras de Dios ; ni
“ à los Prelados ó Sacerdotes, Magistrados, Goberna-
“ dores, Presidentes, etc., porque representan á Dios.

“ 7. No os disculpéis cuando se os corrige ; ni os a-
“ labéis ; todo esto redundaría en la pérdida del mérito
“ de nuestras buenas obras.

“ 8. A nadie acuséis ; sería imitar á satanás, peren-
“ ne acusador de todos. Nunca saquéis en cara al pró-
“ jimo los beneficios que le tenéis hechos ; esto es muy
“ contrario á la humildad y caridad cristianas. „

— No hay que dudarlo : el àngel se ha esmerado en dejarnos unos documentos, que son á cual más precioso.

Iremos ahora al Refectorio, pero sin hacer ruido, no sea que el àngel (que talvez está recién escribiendo las sentencias en vuestros corazones), se fastidie y abandone esta morada feliz.... Ya estamos.... ¡ Cuántos recuerdos en todo el largo de estas paredes ! — Lea alguno de vosotros que yo estoy cansado.

“ Cuando se dispensa de la lectura en la mesa y

“ después de la comida y cena, es cuando se suele des-
“ templar la lengua con más desafueros (S. Buenav.).

“ Si en tiempo de invierno estáis muchos junto al
“ fuego, tened cuidado con la lengua, porque fué ca-
“ balmente estando cabe al fuego, cuando negó San
Pedro á “ Nuestro Señor Jesucristo.

“ De dos cosas tened en modo especial un pavoroso
“ miedo, esto es: de las mentiras y de las murmuracio-
“ nes. — (a) — Mentira. La mentira es detestable y
“ es oprobiosa hasta en las personas del mundo ¿ qué
“ será en vosotros? ¿Cómo os tolerará el Esposo de
“ vuestras almas, Jesús Sacramentado, que allí cerca
“ de vosotros está; El que se ha llamado y es la misma
“ verdad; — Ego sum veritas, — cuando os hallara à
“ causa de la mentira, hechos como hijos del diablo,
“ que — mendax est et pater mendacii? — ¿Cómo os
“ libraréis de la mano justiciera del Señor, de quien es-
“ tá escrito: — Perdes omnes qui loquuntur menda-
“ cium? (Ps. 5). — Si mentís facilmente, hasta al mis-
“ mo confesor mentiréis y entonces — remedium ves-
“ trum — (la confesión) — diaboli fiet triumphus (S.
“ Ambrosio). — ¡Superiores! cuánto más indulgentes
“ seáis con el que arrepentido confiesa su culpa, tanto
“ más riguroso deberéis ser en no disimular la feísima
“ culpa de mentir! Enseñad siempre — verbo et exem-
“ plo — hasta á no exagerar las cosas, ni usar los su-
“ perlativos tan facilmente y vengan ó no al caso; etc.,
“ etc. — (b) — Murmuración. Es espada mortífera á
“ dos filos, que daña al que la hace, al que la oye y à

“ la persona sobre quien cae: odiadla de corazón como
“ la odia Dios y tened presente que aún en el caso de
“ ser verdad lo malo que se ha dicho, hay obligación de
“ restituir la fama que se ha quitado.

“ Cuidado con los chismes, vicio diabólico, verdadera
“ peste de las casas religiosas! A esos pérfidos chis-
“ mosos, que pasan la vida llevando cuentos de aquí por
“ allí, produciendo enredos tan difíciles de desenma-
“ ñarse que ni el mismo demonio que los ha sugerido,
“ sería capaz de deshacerlos; á esos chismosos misera-
“ bles, digo, que siembran discordias — inter fratres —
“ y roban á la casa la dulce paz religiosa, que es su
“ mejor tesoro, Dios los detesta y todo el mundo los
“ abomina.

“ ¿Y qué diremos de los malos consejeros, que — di-
“ cunt bonum malum et malum bonum, — que enca-
“ recen á los jóvenes el ancho camino de la vida hol-
“ gada y libre, y con palabras aduladoras y lisonjeras
“ les insinúan amor à ese infausto mundo que han de-
“ jado, odio al retiro, à la obediencia, á la vida devota
“ y mortificada? Ah! Superiores! poneos como
“ leones contra esos demonios ladrones de almas, si los
“ hay aquí dentro, y..... ¡afuera, luego!..... ”

— ¡Cuántas cosas! y ¿cuántas más habrá talvez en
la clase? Puede que haya escrito un libro entero el
buen Angel. Vamos á ver.

¡Hola!... mirad ese cartelón! ¡Qué novedad! Un abe-
cedario de nueva laya y ¡qué largo! — ¿Cómo se llama?
— Abecedario espantoso de los excesos de la lengua.

Será algo de extraño, por cierto. Leamos.

A. — Amenazas - amarguras - acusaciones - atropellamientos - aplausos de lo malo - adulaciones.

B. — Burlerías - blasfemias.

C. — Contumelias - cavilosidades - calumnias - consejos malos - cismas - crueldades - chismes - curiosidades canciones malas - contradicciones - correcciones indiscretas - confesiones malas - conversaciones pésimas.

D. — Detracciones - discordias - disturbios - dictorios - denigraciones - divisiones - desprecios.

E. — Exageraciones - execraciones - enredos - equívocos torpes - escarnios - excusaciones - encarecimientos - emulaciones - envidias.

F. — Filatería - fingimientos - fraudulencias.

G. — Gritos - glorias malas.

H. — Humillaciones falsas.

I. — Injurias - ingraticudes - ironías - impudicias - improprios - indiscreciones - injusticias - impaciencias.

J. — Jactancias - jocosidades.

L. — Liviandades - libertades.

M. — Maldiciones - mentiras - murmuraciones.

N. — Negaciones - nugacidades.

O. — Ociosidades.

P. — Perjuicios - preguntas excusadas - porfías - pertinacias.

Q. — Quejas.

R. Reniegos - remedos - rencillas - revelaciones de secretos - rencores - rabias.

S. — Solturas - susurraciones - solicitudes indignas simulaciones - sentimentalismo - sofisterías.

T. — Traiciones - Vanidades - Zizaña.

— ¡Qué horror! ¿No parece que el infierno se haya desbocado aquí? ¡Ah! cuánta razón tuvo Santiago en llamar la lengua: Universidad de la iniquidad! ¿Quién nos vendrá á librar de tantos y tan terribles monstruos? — ¿Quién?

El santo Silencio.

Con sólo asomar su rostro se precipitan al infierno, de donde salieron, todas esas bestias feroces. — ¡Deo gratias y viva el Silencio por siempre jamás!

Ahora, amigos míos, no nos queda más que ir á hacer una visita á la Iglesia para pedir á Jesús y á María una bendición muy especial para esta nuestra lengua traicionera. Ahí no hallaremos quizá nada escrito, mas en cambio se oirá la voz del mismo Dios, que hablaría de continuo á vuestro corazón si el silencio en esta su casa fuera más respetado.

Entremos reverentes y digámosle con humildad y confianza: “Loquere, Domine, quia audiunt servi tui...
¡Silencio perfectísimo, que habla nuestro Dios!

“Hijos míos, muy amados, ¿queréis desarraigat
“hasta el último retazo de maldad de vuestra lengua?
“Consagrad á menudo vuestro corazón al mío, porque
“todas las palabras malas “de corde exeunt „ y es
“seguro que ^{de} la abundancia del corazón habla la boca.

“Cuando os sintiereis con el corazón inquieto y tur-
“bado por la criatura, apartaos pronto de la ocasión
“y venid aquí á orar y suplicar, si no queréis que el
“pobre corazón reviente de furor y cause á vuestra

“ alma y á la de los demàs inmenso perjuicios. — Es-
“ tando entre muchos, procure cada uno hablar poco,
“ ó nada, si no es preguntado, imitando à S. Pedro,
“ que no dijo su parecer hasta que no se lo pregunté.
“ Hablad mucho conmigo, poco con los hombres, y os
“ haréis santos como mi siervo Moisés, que después de
“ haber hablado con su Dios allà en el monte se volvió
“ más tartamudo de lo que era antes. Acordaos, hijos
“ míos, que nunca os arrepentiréis de haber enfrenado
“ la lengua, y siempre lloraréis de haber hablado en
“ demasía; pues está escrito: “ in multiloquio non deerit peccatum; ” siempre se peca de algùn modo
“ cuando mucho se habla. En los exámenes cotidianos
“ buscad las causas y raíces de este vicio, para ponerle remedio. Acostumbraos á callar y el silencio
“ se os convertirá en deleite. ,,

¿Oísteis? Meditadlo bien. Yo no me animo á añadir una palabra más. Temería echarlo todo á perder. Pero, eso sí, en nombre de Dios quiero bendecir para siempre jamás esa tremenda lengua.

Adiós, mis amigos,	Do reina el Silencio
Yo parto; voy lejos;	Do calla la lengua,
Oíd del buen ángel	La gracia divina
Los santos consejos:	No cesa, no meagua

Seguid combatiendo
Del diablo el ardid,
¡Ah! nadie sucumba
En la áspera lid!

Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO
Obispo tit. de Colonia.

CONFERENCIA VII.

“La pereza.”

Santiago, Julio 15 de 1897

Mis amados novicios :

Aquí estoy. No os turbéis. Quise entrar casi de sopetón y sin hacerme anunciar ni por la campanilla, para que sorprendiéndoos desprevenidos, pueda quitarme una gravísima duda que me oprime el corazón desde mi última despedida. Y desde luego os diré cómo me entró esta duda.

De regreso á mi morada en Santiago hube de presenciar por el camino varias escenas asquerosas y grotescas de unos Indios, que puestos en la entrada de sus inmundas chozas, se lo pasan de la mañana à la noche, matando, como quien dice, el tiempo á puñetazos y dejándose matar “ á su vez „ por la feroz pereza.

Fué entonces que dije para mis adentros: ¡¿ Habrá también, por desventura, entre nuestros novicios alguno que preste culto de algún modo à esta infausta deidad ?! — Quiero ir á ver.

Y sin màs ni más al punto reandé el camino hecho y me coloqué aquí asechando, (caso que lo hubiese) al delincuente; esto es á alguno de aquellos perezosos y negligentes que ó no hacen nada, ó no hacen lo que

deben, ó lo hacen mal; à alguno de esos muy aventajados en materia de haraganería que van tarde à la labor y presto se retiran de ella; que son alegres para comer y para ayunar tristes; lijeros para dormir y pesados para levantarse; inclinados à la salida y perezosos para la vuelta; roncós para cantar y rezar, sonoros y huecos para hablar; sordos para obedecer, cojos para trabajar, siempre necesitados de médicos y medicinas aunque evidentemente conozcan que con ello gastan la salud que Dios les ha regalado (pues demasiado cierto es el refràn que dice: “ qui medice vivit, modice vivit). Alguno de esos, en una palabra, que no sirven más que para dar tormento y ejercitar la paciencia de quien ha de mandarles y gorbarnar, según de un proverbio de Salomón se infiere.

¡Lástima que mientras os quería sorprender fuí yo sorprendido. Y ahora ¿cómo haré para sacar à luz la realidad de la verdad?

Naturalmente nadie en mi presencia querrá hacerse el perezoso, pareciéndose à la marmota ó peor al cangrejo. ¿Cómo haré, digo yo? No me resigno à inutilizar del todo mi vuelta, y no os dejaré antes de cantaros en todos los tonos de la música y del Canto gregoriano, y si serà menester hasta en el “ Tonus irregularis „ la siguiente

Antífona:

A ningún perezoso aceptará Don Bosco en el número de sus Hijos.

— ¿Oísteis?

— Demasiado !....

— Pues no tengáis la menor duda de lo que acaba de rezar esta bendita antífona. Si Don Bosco ve en algún rincón de este santo noviciado un devoto del “dolce far niente,” nunca le dará, á buen seguro, una mirada de complacencia, y acabará por arrojarlo de su Casa.

En efecto, ¿no tiene acaso derecho este buen Padre de que todos sus hijos se le asemejen? — Claro que sí. — Ahora bien, ¿qué tiene que ver Don Bosco con la pereza ni con ningún perezoso? — Toda la vida de D. Bosco hasta sus últimos días fué la negación más absoluta de toda pereza. ¿Quién lo ha visto jamás desocupado á este varón Santo? Desde su primera niñez se ganaba la vida pastando las vacas y ovejas de la familia Moglia, la que por salario anual acuerda darle quince francos y un pantalón de bayeta. Más tarde en Chieri sirve de mozo en un café para ganarse el pan cotidiano y poder seguir cursando las clases diarias; dedicándose de noche al estudio. Ya acólito, para comprarse libros y sotanas, da á deshora clases particulares, fabrica mesas y otros muebles, los que D. Bosco mismo me mostró muy complacido.

Después, ya sacerdote, atiende al Confesonario 8, 16, y hasta 18 horas consecutivas, en términos que á veces los primeros penitentes de la mañanita lo hallan confesando todavía á los últimos de la tarde precedente, habiéndose pasado con ellos la noche de claro en claro. Y de confesar no deja más que para predicar ó escribir sus provechosos libritos de instrucción, ó bien para

atender á tantas visitas cotidianas, que ningún rey jamás tuvo tan numerosas.

Queréis saber cómo D. Bosco dormía su siesta de verano? Sentado en una silla apoyada la cabeza sobre una mesita por cinco minutos. D. Bosco reposa cortando y cosiendo pantalones y chalecos para sus niños, ó barriendo ó prendiendo la lumbre, mondando papas y hasta cocinando calado un bravo delantal, etc., etc.

Tengo en mi poder una carta que D. Bosco en 1877 escribió á Don Francisco Bodratto, de s. m., mi antecesor que ha sido en la Inspectoría Americana de entonces; en ella así se expresa: “Te estás quejando del “demasiado trabajo; yo te compadezco. Pero si vieras “á D. Bosco sentado cotidianamente á la mesita de “su ardua labor, sin moverse nunca desde las dos hasta las ocho p. m. quizá no te quejarías. ¡Valor! mi „ querido Don Bodratto, descansaremos en el cielo.”

Y á los que le invitaban á tomarse algún descanso — “Lo tomaré, contestaba él, cuando lo tome el demonio que nunca, nunca reposa, para poder robar almas y más almas. ¡Muramos de pies, Hijos míos, al pié del cañón. Un buen salesiano no debería rendir “las armas del trabajo sino hasta el tercer ataque de la “fiebre

— Pero, D. Bosco, — objetábale alguno — ¿si muero antes de tiempo por el demasiado trabajo, no tendré que dar cuenta á Dios? — “Está tranquilo, contestaba él, ante el tribunal de Dios D. Bosco tomará “la defensa de todos los salesianos que habrán falleci-

“ do de muerte precoz por causa del mucho trabajo. „
¡Cuántas veces hemos oído á D. Bosco esclamar:
“ ¡Ay de los perezosos! ¡Ay de los ociosos! No es dig-
“ no de comer el que no quiere trabajar: — si quis non
“ vult operari, nec manducet — (S. Pablo). En la re-
“ ligión es reo de hurto el que vive y pasa el tiempo
“ sin dar fruto. ¡Trabajo y templanza! Este debe ser
“ nuestro lema, las dos palabras mágicas que en letras
“ de molde deberían figurar en el Escudo de la Con-
“ gregación. El trabajo y la templanza harán florecer
“ à la Congregación Salesiana. „

Todas estas expresiones he oído yo varias veces de nuestro Padre. El murió víctima de su trabajo; así fallaron los médicos de consuno, y dijeron que el físico de Don Bosco era como un vestido que de puro usado ya no aguantaba las puntadas. Sus últimas fuerzas las empleó en confesar y hacer conferencias à los alumnos de retórica con el objeto de sustraerlos al mundo y darlos à Dios en la vocación religiosa; su último aliento lo gastó pronunciando esas fatídicas palabras, que cual herencia para toda la Congregación Salesiana legara à Mons. Cagliero: “ ¡Trabajo! Trabajo! Trabajo! „

Ya véis, amigos míos, si tenía razón yo de cantaros esa bendita antifona de arriba. No hay “ tu tía. „ He aquí la tremenda disyuntiva que se os presenta: O renunciar del todo la pereza, ó renunciar el ser Hijos de Don Bosco.

— Pero entre los salesianos ¿ no habrá ninguno, ninguno que sea perezoso ?

— Esto sí que no. ¡no, no y no! Cuidad con creer tanto disparate! Creeríais en una paradoja. — ¡Imposible! —

El salesiano debe ser el trabajador por antonomasia. Trabajador y salesiano han de ser sinónimos. ¿Entendisteis? Ahora digo yo: ¿dónde está ese loco desgraciado que no quiere perseverar en su vocación, que no quiere ser salesiano? ¿Dónde está? digo... que levante la mano!.... ¿à ver?!.... Ninguno!.... Vaya, os felicito de todo corazón. Esto me dice elocuentemente que todos desde ya huiréis á todo escape de la pereza y de la ociosidad, vicios fatales y del todo incompatibles con la perseverancia en vuestra vocación.

¡El ocio! ¡Ay! y qué monstruo tan maldito! Padre de todos los vicios, maestro de mucha malicia, sentina de la pobre alma. ¡Ay del jóven, aunque sea el más devoto, que se dejare inficionar por este vicio! Su virus diabólico pasa luego desde el cuerpo al alma, el espíritu se embota, se afemina el carácter y se hace cobardo, pusilánime, inconstante (*vult et non vult piger* (Ecles.); lleno no ya de firme voluntad, sino de veleidades, que apenas nacen, mueren; indiferente para todo lo bueno y sin ánimo para dar un paso decidido para merecer el Cielo.

He visto ya algunas víctimas de la pereza desde la cumbre del fervor rodar con movimiento acelerado hasta el punto de confesarse sólo cada dos ó tres meses, luego cada seis, después cada diez, y finalmente hacerse unos “pascualinos „ de marca mayor. Hubo que agarrarlos

de los cabellos, sacarlos á la fuerza de la cama de su pereza y casi empujarlos á los pies del confesor en el momento que espiraba el tiempo pascual. Y no estoy hablando de los tiempo de antaño, sino de los modernos. ¡Guerra, novicios míos, guerra al ocio! á ese encarnizado enemigo de vuestra alma, que quiere tenerla como una primavera sin sol, donde nada florece, ó muy pronto se marchitan las flores de las virtudes, se seca todo lo bueno y no sirve más que para alimento del fuego... eterno!... Guerra, novicios míos, guerra á la pereza! atrevido ladrón que roba el don màs precioso, que tenéis de Dios, el tiempo. ¡Ay! El tiempo pasado ya se fué, el porvenir no está en nuestras manos. Sólo al presente alcanza nuestro poder, y es él tanto más precioso, cuanto màs ràpido pasa. D. Bosco nos decía: Cada minuto de tiempo vale un tesoro; otro santo pudo hasta escribir: *Tantum valet tempus quantum Deus.* ¡Y la pereza nos lo roba!!... ¡Guerra, novicios míos, guerra al ocio! El ocioso consume, sin hacer caso, una grande injusticia contra la Congregación Salesiana, que gratuitamente lo ha recibido en su gremio, y con tal de hacerlo un santo, todo se lo ha dado y se lo da: ¡fatigas, sudores, sacrificios pecuniarios y de toda clase. ¡Guerra, novicios míos, guerra á la pereza! Ella nos priva de la semejanza con nuestro buen Dios que es “Acto eterno;”, nos quita la semejanza con el Eterno Padre, quien es el Artífice máximo que fabricó todo el mundo, que dispuso y ordenó el Arca de Noé, el Tabernáculo, el Arca del Testamento, etc.,....: nos quita la semejan-

za con el Espíritu Santo, quien desde el principio del mundo “ ferebatur super aquas „ y más tarde “ replevit orbem terrarum ; „ y continúa siempre empeñado en la santificación del mundo en general, y en particular en la de sus pequeños, pero nobilísimos templos vivos, que son nuestros corazones.

Nos borra la semejanza con el Hijo de Dios, nuestra vida Jesús, el cual, hecho hombre, hasta los treinta años de su edad, vestido como un simple peón de carpintero, callosas las manos y la frente chorreando sudor divino, fué visto recoger astillas, trasladar leña, aserrar maderos, cepillar tablas y como gloriarse de ser un “ *faber et filius fabri.* ”

¡ Guerra, novicios míos, guerra al ocio ! y guerra sin cuartel. El ocio es la almohada del diablo, en donde este bribonazo, no bien os ve entregados à la pereza, échase à descansar à pierna tendida, persuadido de que ya no hacen falta los dardos emponzoñados de sus tentaciones para matar á vuestra pobre alma. El ocio su-
ple á todos los demonios. El ocioso es demonio para sí mismo. El ocioso es como un soldado desarmado. Es como agua estancada que se corrompe y llena de fétidas é innumerables sabandijas — *illic reptilia quorum non est numerus.* — El ocioso es como el fierro en desuso que se oxida pronto por el contacto del aire; es como un paño, que, estando encerrado, luego se apollilla ; es como una tierra de labor, que con todo y ser buena, si no se labra, llénase de malezas.

Todo esto lo sabe muy bien el demonio y conoce y

ve que el infierno día à día se va llenando de ociosos ; es por esto que desde su almohada mira complacido y tranquilo á cuantos se entregan à la pereza.

Es justo, pues, que levantando mi voz os repita : ¡ guerra ! guerra ! guerra ! “ Si vis pacem para bellum contra otium ” y tendrás paz completa sobre toda la línea. El trabajo es cabalmente el arma potentísima para desbaratar al enemigo. Lo dijo D. Bosco en el famoso sueño en que le apareció aquel Personaje misterioso : “ Labor est arma potens adversus omnes insidias diaboli. ” El trabajo (se entiende el que se hace bajo la santa obediencia) cierra todas las puertas al demonio é impide que se nos entre en casa. Por este motivo S. Jerónimo solía decir á cada uno de sus alumnos : trata de que el enemigo malo “ te semper occupatum inveniat. ”

El amante del santo trabajo que gusta saborear el pan de la oración y de la labor asidua, que no deja la pluma ó el libro más que para acudir à la escoba, al trapo de limpiar, y si es menester, al mismo azadón, etc., y que hasta en las recreaciones fijadas por el reglamento es todo vida para hacer recrear á los ótros, viene á ser como la mar, que debe su pureza á su continuo movimiento.

¿ Quién de vosotros es que no quiere ir al Cielo ? — Nadie. — Pues oíd lo que os dice San Felipe de Neri : “ Il paradiso non è fatto pei poltroni ; ” que es como decir : si soís poltrones, mal que os pese, rodaréis por el peso de vuestras pasiones hasta el abismo del fuego. ¡ Valor, amiguitos míos ; y cuando tuviereis

la mente cansada de tanto estudiar y casi deshechas las manos de tanto trabajar, “ respicite Jesum, ” que os muestra su cabeza coronada de espinas, sus manos divinas callosas antes, y después taladradas y casi destrozadas por los crueles clavos. Tened á los ojos este cuadro enternecedor y la queja se os morirá en los labios.

Considerad, en fin, que los perezosos descuidados y tibios son el asco intolerable del gusto de Dios y que parece le causan vómito (Apocal.). — Escuchemos al Espíritu Santo que dice; “ in omnibus operibus tuis esto velox; ” (diligente) y evitarás enfermedades espirituales y hasta corporales; á quien teme el rocío y escarcha de la mañana, le caerá la nieve conjelada; es á saber, que por huir de los trabajos leves y momentáneos, advienen en los grandes y eternos. —

Y por de pronto baste.

Vuelvo á Santiago muy persuadido de que de hoy en adelante ya no habrá en esta santa casa ni perezosos, ni ociosos, nunca jamás. Así sea! Amen! Amen!

¡ Valor, esforzados,	Y al ocio tirano
Empiece la lid,	Que ofrece Luzbel,
Vivad el trabajo,	Rechace la mano
Con el combatid!	Sin darle cuartel.

Luchad con fiereza,
Denuedo y valor,
Destruid la pereza:
Lo quiere el Señor.

Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO
Obispo tit. de Colonia.

! GUERRA À LA PEREZA !

Marziale.

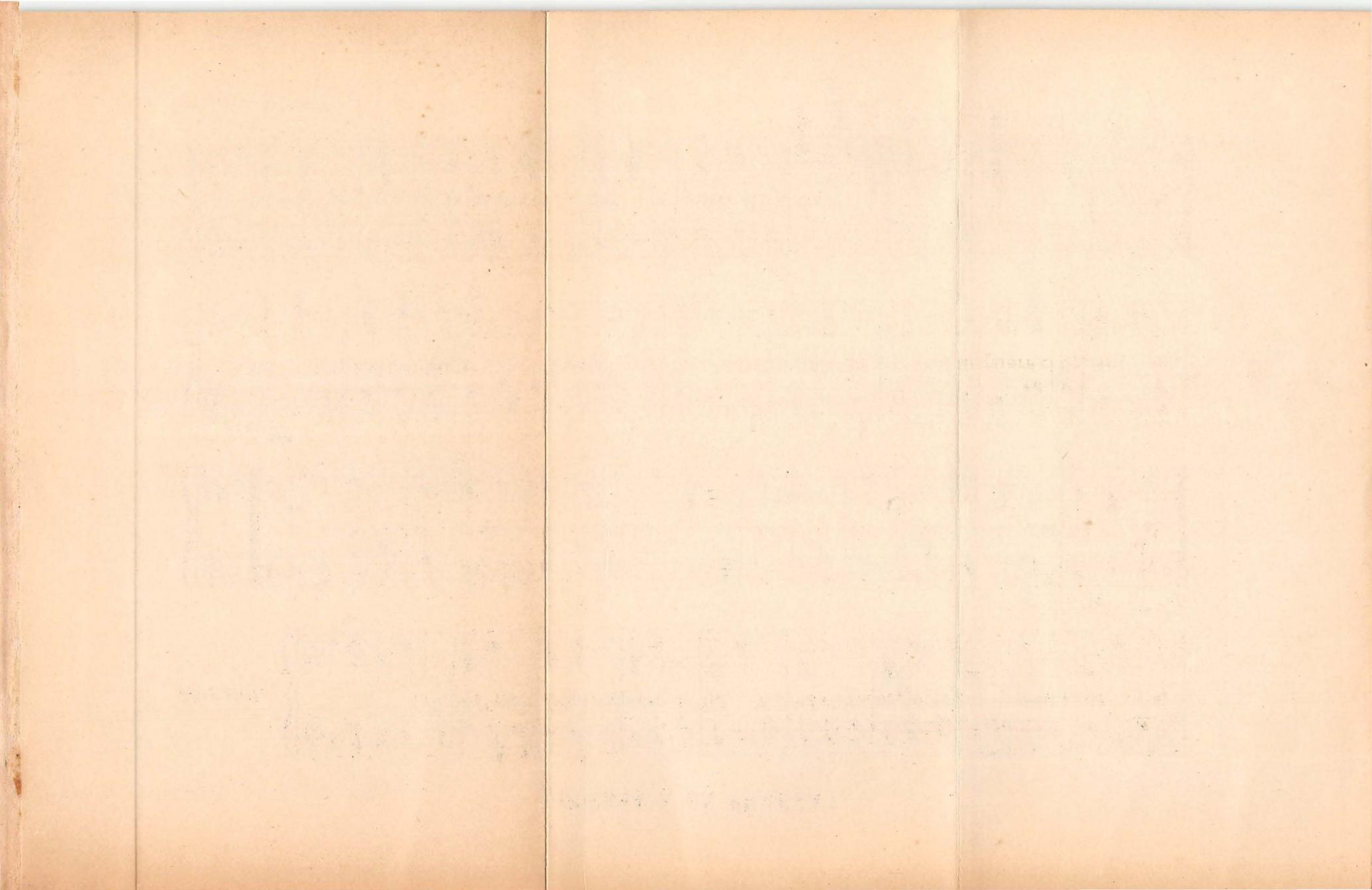
¡Va-lor! esfor-zados, empiece la lid, Vi-vad el tra-ba-jo, con èl comba-tid y al

o - cio ti - ra - no que of-re-ce Luz. bel re - cha-ce la ma-no sin dar-le cuar-tel y al

Fine 2^a
-tel. Lu-chad con fie-re-za, de-nue-dó y va-lor, des-truid la pe-re-za, lo quiere el Se-ñor, des-

-truid la pe-re-za, lo quiere el Se-ñor lo quiere el Se-ñor.

*D.C.
al Fine*



CONFERENCIA VIII.

“ La obediencia religiosa. ”

Santiago, Agosto 15 de 1897

Mis siempre recordados novicios:

Quiero hablaros de una virtud que forma la alegría de toda casa religiosa, llamada por nuestro D. Bosco “ totius edificii fundamentum et sanctitatis compendium „ y definida por los teólogos: la virtud que plena y sinceramente somete la voluntad del hombre á la de Dios por medio de la de los Superiores, confirmando esta subordinación con voto por amor del mismo Dios. Virtud sublimísima es la “ Obediencia religiosa, „ hija primogénita de la Humildad y cuyo voto es el más excelente entre todos los demás. A la verdad, por medio de él se da á Dios no sólo el cuerpo y los bienes materiales, sino la misma voluntad, señora de todas las facultades internas y externas. Dando la voluntad, decía D. Bosco, todo se da: el árbol con su fruto, el agua con su fuente, el joyel con sus piedras, y perlas. Sin el sacrificio de la voluntad, poco estimaría Dios los otros votos. “ Præbe, fili, cor tuum mihi, „ nos va repitiendo de continuo. Y la obediencia le entrega precisamente el corazón, esto es la voluntad toda entera.

¿La amáis vosotros?....

El silencio de algunos parece que demande á mi pregunta otro punto interrogativo.

¡ Ah! Dichosa la casa en donde la obediencia sentó sus reales y domina cual Reina! y dichosos los vasallos de esta Reina! Los obedientes son los hijos amados del Altísimo y tienen en su favor la Divina Providencia. Viven siempre contentos porque la obediencia es para sus amarguras lo que el leño de Moisés para las aguas del desierto de Marà. Su vida es la de los ángeles. Pero hay màs: puesto que el obediente no tiene voluntad propia, puede decir con entera verdad “ vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus. „ Su vida viene à ser como divinizada. ¿ Os gustaría, amigos míos, hablar con un ángel? — ¿ Pues no? — Mas una tal aparición podría ser muy bien un engaño de vuestra fantasía ó tal vez del mismo demonio. Cuando, en vez, un Superior nos da una orden, nosotros [no oímos tan sólo à un ángel sino al mismo Dios. Sí, los mandatos justificados de los Superiores son mandatos de Dios mismo. ¡ Bendita Obediencia!

Y ¿ qué os diré de sus frutos? Si la desobediencia fué la perdición del mundo, la obediencia lo ha salvado. Ruega à Dios un obediente y es escuchado al punto, porque como él abre sus oídos y escucha atento à los Superiores (es decir à Dios que en ellos está representado) así mismo Nuestro Señor abre sus oídos, atiende al obediente, y le concede al punto lo que le pide.

El Paraíso es el premio seguro de la obediencia. Y en realidad de verdad, para comprar el pasaje à la eter-

na ciudad de Sion se requieren muchas monedas (virtudes) “ et quidem „ bien selladas y que lleven grabada la imagen del “ Rex regum.” Es así que la S. obediencia, como dijo D. Bosco, “ est omnium virtutum origo et mater,” y como antes ya había dicho S. Gregorio, “ omnes virtutes in corde inserit, insertasque custodit; ” consiguientemente la obediencia nos pone en la mano cuanto necesitamos para ir al Cielo en primera clase y en tren directísimo. Atajo del camino del Paraíso es la obediencia, decía S. Luis. Es celestial alquimia que trueca en noble los más despreciables metales, como cambia el reposo en virtud.

Es como el papel que, siendo de suyo cosa tan vil, si lleva algún escrito muy importante, ó si se convierte en billetes de Banco, adquiere mucho valor. El comer, el recrearse, etc., gobernados por la obediencia, cobran un valor muy subido. Los mismos yerros de la obediencia no recordará Dios el día de la cuenta, sino por el sacrificio que se hizo obedeciendo, pasará por alto aún los demás pecados. Son los Superiores que tendrán que rendir cuenta de esos yerros. Por esto dice S. Alfonso : Cuando la cosa mandada por la obediencia no es evidentemente mala, sino que solamente tenemos duda de su bondad, obedezcamos sin temor ninguno y Dios nos premiará. Si es así ¡ qué realce no dará la Santa obediencia á las obras que son ciertamente “ et undequaque ” buenas ! En este caso la menor de las penitencias como el bajar por obediencia un poquito la cabeza, alcanza más mérito que una gran penitencia hecha sólo

por amor propio. Todo lo porque no se obedece à un hombre sino al mismo Dios, escondido bajo estas nuevas "especies," los Superiores, y este acto de fé hace nuestras acciones mucho màs meritorias que si se obedeciera à Dios inmediatamente: "Beati qui non viderunt et crediderunt." Dejádme, pues, repetir ¿y por qué no amaréis "ex toto corde," á esta virtud incomparable? ¿Acaso no son suficientes las razones hasta aquí aducidas? Vengan entonces ótras más.

Muchos religiosos han sido santos sin grande oración, pero sin obediencia, ninguno. ¿Cuál es vuestro sueño dorado, amigos míos? — Formar parte muy pronto de la Sociedad Salesiana, ¿no es cierto? Esta Sociedad, ya lo sabéis, es un cuerpo moral. Todo cuerpo debe tener una cabeza, y en la cabeza, dice S. Agustín, se hallan los cinco sentidos, mientras que en los otros miembros no se halla sino el del tacto; por consiguiente, éstos deben estar sujetos à la cabeza. Digamos lo propio de los subalternos. Ellos no ven más que una sola razón de ciertas cosas mandadas por la obediencia, mientras que el Superior las ve todas; luego hay que obedecerle sin más ni más. Eamus ad videntem, decían los antiguos Hebreos para animarse mutuamente á presentarse ante el Profeta que en nombre de Dios les hablaba. El Superior es nuestro "Vidente," el cual por la gracia que S. Tomás llama "del Estado," lo ve todo bien claro: Vamos, pues, al Vidente y él nos guiará con seguridad à la salvación. ¡Ay de quien rehusare obedecerle! "Qui se subtrahere

nititur ab obediencia, ipse se subtrahit a gratia,” dice el Kempis.

Mas noto que os estoy fastidiando con este sermonear sin fin. Pues basta de sermón y vamos al catecismo.

Contésteme algúno, por ejemplo.... el menos amante de la obediencia :

— Tú has venido al noviciado ; pero “ ad quid venisti ?

— Para alcanzar la perfección religiosa y hacerme santo.

— ¡Cabal! pero ¿ cómo podrás dar aunque fuese sólo un paso, el primero, en el camino de la perfección, sin renunciar á tu propia voluntad, sin practicar con amor la santa Obediencia ? Esto es del todo imposible. Ya sabéis lo que dijo nuestro buen Jesús : “ qui vult venire post me, abneget semetipsum, etc., ” es à saber : contrarie su voluntad, obedezca. Este es el primer paso que hay que dar para ir en pos de Jesús y salvarse.

Ahora respóndanme todos.

He sabido que suspiráis por el día de vuestra profesión, ¿ es cierto ?

— ¡ Ay ! Venga pronto ese dichoso día !

— Tan pronto, tan pronto, quizzà no ! A la verdad, dado el espíritu de independencía que en estos tiempos y países va dominando cada día más, espíritu del que adolece, quizás mal de su grado, una gran parte de los novicios de la actualidad, claro está que se debe some-

teros á una prueba más larga de obediencia, antes de admitiros à la Profesión.

Pero al cabo habrá de terminarse esta bendita prueba, ya se sabe, y entonces el que no hubiere tenido amor á la Obediencia..... no será admitido; porque (grabadlo bien en vuestra mente) un novicio desobediente será un desobientísimo profeso; lo dice la experiencia. Y si algún novicio desobediente, pasando por la ventana en vez de pasar por la puerta, alcanzare engañar à los Superiores y ser admitido à la Profesión ¿qué acontecería? ¡Pobres los Directores! ¡pobres los Hermanos y pobre la Casa que lo deberá soportar!

¿Nunca habéis visto á ciertos caballos furiosos, indómitos, que cuando sienten la rienda y las espuelas del jinete, empiezan á corcovear, à dar coces á empuñarse hasta romper las riendas, arrojar al jinete y correr desbocados à precipitarse en algún despeñadero? ¡Pobre jinete! — Dejádmelo decir á mí que varias veces he tenido que vérmelas con mis huesos arrojados al suelo por esos matalones resabiados. Pero ¿de dónde han salido, digo yo, esos caballos tan imposibles? — ¿De donde? Del mismo lugar criadero, de las manos del mismo picador, de donde ótros tantos salieron tan bién sofrenados, suaves y fuertes. Es porque ellos nunca fueron dóciles al freno cuando el jinete maestro los ejercitaba. Fueron malos potros y ahora son pésimos caballos.

Es precisamente lo que pasa cón los desobedientes. Un novicio medio indómito, no bien haya profesado,

viene á ser la pesadilla de todos. Habrá que sufrirlo con paciencia hasta el fin del año; pero, llegadas las vacaciones, al hacerse la distribución del personal para el año siguiente, ningún Director se anima á cargar con ese peso. Y yo los compadezco; pues parece hasta cuestión de conciencia el aceptar en el redil á una oveja sarnosa, que puede ser muy dañina para todo el rebaño.

Finalmente, un Director muy compasivo se deja ver, que se resigna á recibirlo en su casa; mas, hete aquí, que al comunicar la nueva destinación á nuestro "candidato," sale éste con tantas dificultades, pretextos y amenazas que hay que dejarlo ir ó quedarse donde le da la real gana. Mientras tanto, los Superiores sufrirán por causa suya todo el año un verdadero Purgatorio, y el pobrecito, siendo como un hueso dislocado, tendrá como una especie de infierno anticipado. — No hay que extrañarlo. De aquellos polvos son estos lodos, dice el refrán. Las pequeñas desobediencias del noviciado han procreado estas continuas insubordinaciones, que serán el escándalo y la ruina de muchos.

Novicios amados, no tasquéis el freno ni rompáis las riendas: obedeced siempre con sencillez de corazón. No digáis tan facilmente: "no puedo;" porque muchas veces este no puedo equivale á un redondo "no quiero." ¡ Ah! esta maldita planta "no quiero" no brote jamás en la huertecilla de nuestro corazón; y si la hay, desarraigadla prontamente. Al verbo querer, que es de los más irregulares, no le tengáis miedo; estudiadlo más

bien y tanto que podais hacerlo enrevesado y más irregular, si cabe. Por ej. en el tiempo presente del modo indicativo no diréis: yo quiero, tú quieres, etc., sino: El quiere, tú quieres, yo quiero; esto es como decir: El Señor Director quiere; tú, ó maestro, quieres, y yo quiero lo que Uds. quieren. Desearía yo poseer la eficacia de la palabra que tenía Don Bosco. Paréceme estarle aún oyéndo á este buen Padre, cuando en Truffarello, dictándonos los primeros Ejercicios espirituales que se hicieron en nuestra congregación, nos arrebatava el corazón para entregarlo á Dios. “ Considerad, “ decía él, á vuestros Superiores como á ótros amorosos “ padres, que no desean más que la gloria de Dios, la “ salvación de vuestras almas y el bienestar de nuestra “ Sociedad. Acostumbraos á mirar en ellos à los repre- “ sentantes de Jesús, y à considerar sus disposiciones “ como manifestaciones de la Divina Voluntad. Vues- “ tra obediencia sea pronta (ob. del cuerpo) al primer “ golpe de campana, á la primera indicación del Supe- “ rior, dad luego el primer paso. El demonio, cuando no “ puede alcanzar más, se contenta con el retardo de un “ minuto. ¿ Habla ó manda el Superior? “ Hoc signum “ magni Regis est; eamus, surgamus, taceamus, etc., ” “ y todo se haga con aquella prontitud con que una “ persona amante de su vida, acude á lo que más le im- “ porta para conservarla. El verdadero obediente no se “ aquieta hasta no haber cumplido con su deber; cual- “ quier tardanza es para él un tormento.

“ Sea — exacta: — el religioso obediente es como

“ un muerto que està donde y como lo han colocado,
“ sin mover ni un dedo. De estos obedientes se puede
“ decir con verdad: — Beati mortui, qui in Domino
“ moriuntur. —

A veces D. Bosco sacaba su famoso pañuelo blanco y mostrándonoslo, decía: “ Si de veras queréis ser mis
“ amigos, y haceros instrumentos aptos para la salva-
“ ción de muchas almas, debéis permitir que se os trate
“ como yo hago con este pañuelo. ”

Don Bosco entonces empezaba à estrujar el pañuelo y tirarlo por suelo, y recojiéndolo de nuevo, ora lo estiraba y se lo ponía al cuello; ora lo extendía y sacudía por el aire; ya lo torcía, ya lo doblaba, etc., etc., y acababa con una palabra misteriosa que quería decir: “ Así deberán dejarse tratar mis futuros Salesianos. ”

“ La obediencia sea — alegre — (ob. del corazón) ,,
; qué obediencia tan viciosa la que se hace refunfuñando, rabiando, con la cara caída, y con tanto de pucherros! Estos obedientes pertenecen á la escuela del Cirineo, que no quería llevar la Cruz de Jesús. El verdadero obediente parece que con su rostro alegre diga al Superior: “ Domine, quid me vis facere? ,, Pero al obediente melancólico tendrá que decir el Superior: “ quid vis tibi faciam? ,, lo que en buen castellano quiere decir: mande Ud. no más, que yo, Superior, le obedeceré ; qué trastorno! — Hijos míos, continuaba Don Bosco, — si alguna vez recibiereis alguna orden que no esté conforme con vuestros deseos, no os rehuséis obedecer; reflexionad que también los Superiores sufren por im-

poneros ciertas cosas difíciles y penosas. Obedecedles alegremente “ *ut cum gaudio hoc faciant*; „ puesto que si ellos no osaran intimaros ciertas obediencias, tendrían que dar cuenta á Dios por esta debilidad. Barbotad, refunfuñad, pero sin pecar, y esto ¿ cómo se hará ? Repitiendo las palabras de Jesús : “ *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te;... non sicut ego volo, sed sicut tu:... non mea voluntas, sed tua fiat.* „ Este modo de refunfuñar no sólo no ofende á Dios, sino que al contrario le agrada sobremanera.

Don Bosco confirmó sus palabras con el ejemplo. Siempre recuerdo esa terrible noche del 8 de Agosto de 1883. Las calderas de la locomotora, que nos llevaba à Pistoia, se reventaron al pasar por un túnel ó galería de los Apeninos. En nuestro wagón no había ningún otro pasajero. Entonces yo me acerqué à Don Bosco, como el polluelo bajo las alas de la gallina madre, y por más de dos horas estuve pendiendo de los labios de ese padre incomparable. El tuvo á bien narrarme una por una todas las peripecias y contratiempos por los que había debido pasar durante los seis años de mi ausencia; pero cuando llegó à hablarme de una muy dura obediencia, á la que habíale sométido el Santo Padre, no pudo contener una especie de sobresalto, que me incitó á acercarme más. Pero vencíéndose al punto sonriose y dijo : “ *Dominus est.* „ Es el Señor que lo ha querido.

La historia narrará á su tiempo, con que puntualidad y santa alegría haya Don Bosco cumplido con esa obediencia verdaderamente heroica.

“ La obediencia sea “ ciega ” (obediencia de la mente), ” — continuaba Don Bosco en sus áureas instrucciones. — En los antiguos sacrificios llamados holocaustos, nada se debía reservar de la víctima: todo se debía quemar. La obediencia es un entero holocausto y al reservarse el propio juicio en el acto de obedecer ya no sería un holocausto perfecto. Seamos, como dice S. Pablo, “ in captivitate redigentes omnem intellectum in obsequium Christi (2 Cor. 10). „ No inquiramos nunca el “ Cur „ de la obediencia. El demonio fué el primero que pronunció esta fatal palabra cuando dijo á Eva: “ Cur præcepit vobis Deus etc. ? ¡ “ Cur „ infausto que nos trajo la muerte! —

Don Bosco solía hablarnos de la obediencia religiosa hasta en el patio durante los encantadores recreos que junto à él pasábamos. — ¿ Quién quiere que le corte la cabeza ? interrogaba Don Bosco. A esta pregunta algunos niños, imitando á los Cafarnaítas y tomando la cosa en el sentido material, querían alejarse ; pero Don Bosco nos explicaba el sentido figurado de su proposición, y nos aseguraba que eso de dejarse cortar la cabeza era una condición “ sine qua non „ para poder formar parte de la Pía Sociedad, que Dios, valiéndose de su medio, quería fundar en el orbe católico. Dejarnos cortar la cabeza, quería decir en una palabra, que ya no debíamos pensar con nuestra propia mente sino con la del Superior en todo y por todo, practicando así la obediencia absolutamente ciega, la cual no pregunta

nunca, quien es el que manda, ni el por qué, ni el cómo, etc., sino que simplemente obedece. ¡ Dichosos aquellos descabezados! — ¿ No quisierais imitarlos, amigos míos? — Paréceme oír un generoso “ sí „ universal, que hace sonreír à nuestro Don Bosco allá en el Cielo. “ Deo gratias et Mariæ! „ Ea, pues, comenzad con ánimo varonil, y que cada uno sea como el pequeño Samuel, que fué la obediencia personificada. Pero hay un modelo de obediencia todavía más acabado. El de Jesús que “ factus est obediens usque ad mortem. „ — Obedeced vosotros también “ usque ad mortem „, extensiva é intensivamente.

— “ Extensivamente; ” á saber, hasta dar la última boqueada, teniendo presente la hermosa frase de San Luis Salesiano, el Príncipe Csartoriski:— Nunca es lícito hacer vacación en materia de obediencia. — Feliz quien, á semejanza de Jesús, muere en el acto de obedecer.

— “ Intensivamente; ” es decir, matar toda nuestra voluntad, nuestro amor propio, nuestro propio juicio. Son estas las prometidas victorias que cantará el obediente. El que desobedece parece libre, pero no lo es; pues uncido está al carro de las pasiones y abrumado por el yugo del amor propio que es el peor de los tiranos. ¡ Seamos libres! ¡ pero gocemos sólo de esa libertad “ qua Christus nos liberavit; ” y por tanto, seamos obedientes!

Para que esa Casa de Don Bosco, sea, como debe

ser, la casa de la obediencia, á todos imparto de corazón la Santa Bendición.

In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

Novicio de mi alma	En vano tú sueñas
¿Qué andas buscando?	Laureles de gloria;
La paz y la calma	La sola obediencia
Vendrán; pero... ¿cuando?	Te da la victoria. —

Per amore di Gesù.

Obbediamo. Capo giù!

Per amore di Maria

Ripetiamo: Così sia!

Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA IX.

“SANTA REGLA.”

Santiago, Septiembre 1. de 1897

Carísimos amigos míos:

Sé que el día de vuestra Profesión continúa siendo el objeto de vuestros suspiros y anhelos, y que para alcanzar satisfactoriamente à ver su alborada, os vais esmerando en la práctica exacta de la Santa Regla, de las deliberaciones y en modo especial del precioso Reglamento del Noviciado que vió la luz este mismo año. Vuestros sueños dorados son también, según referencias, tender el vuelo é ir pronto à los colegios de enseñanza, à la asistencia de los niños, à los Oratorios festivos, à las Misiones, etc., y allá, en el campo de acción, espaciar el vuelo por los ámbitos de la perfección hasta remontarse en las alturas de los cielos. — Pero os vuelvo à recordar, que muy diversos de los vuestros son los cálculos que està haciendo el enemigo.

¡Alerta! — Satanàs està apostado en los afueras del Noviciado y no os cortará de un sólo golpe esas magníficas alas con que saldréis armados de aquí, no, sino que conseguirá éxito al mismo intento desplumàndoos poco à poco: hoy os hará infringir una regla, mañana otra, hasta desarmaros del todo, y en'onces os devorará de un bocado.

¡Alerta! Hombre avisado, así se puede decir salvado.

Quiero exponeros aquí brevemente los ardidés con que satanáés, ya inmediata ya mediatamente (por medio de los malos ejemplos), querrá inducir al novel religioso á menospreciar la Santa Regla; y las respuestas que el tentado puede poner en su defensa.

El engañador les dirá con frecuencia y especialmente en las horas melancólicas :

1.º SATANÁS. — Ya sé acabó tu noviciado : ahora es tiempo de respirar un poco los aires de la libertad. ¿ A qué, pues, tanta exactitud en esas reglitas menudas ?

R. — Porque ahora que soy Profeso estoy más obligado á aspirar á la perfección de lo que lo fuera cuando simple novició. El noviciado es puro ensayo, al par que, después de la Profesión, pasa á ser estado, como explica S. Tomás. Un mancebo que ya acabó su aprendizaje, claro está que debe hacer lo de su profesión mejor y más perfecto que lo hacía cuando era aprendiz. Yo he acabado ya mi aprendizaje, mi noviciado, luego...

S. — Pero tantas reglas juntas forman un peso insufrible.

R. — Y á tí ¿ qué te importa ? Soy yo que debo llevarlo. Y ¡ ay de mí si algaién me desonerara. También las alas del águila deben pesar algo ; pero ¿ quién podrá jamás persuadir á esas reinas de los espacios á que se las dejen cortar ? Sin ellas, ¿ podrían volar las pobres ? Del mismo modo, sin las alas de la Santa Regla, ya no tendría yo fuerza para volar á Dios y pronto sería presa de tns garras.

S. — Pero con tantas ataduras serás un verdadero esclavo.

R. — Es cabalmente lo que ambiciono ; ser “ vincetus Christi. ” Tú naturalmente quisieras aherrojarme con las cadenas de las pasiones y hacerme esclavo tuyo, y yo sé en vez que “ servire Deo regnare est, ” y que las dulces cadenas de la Santa Regla se me han de cambiar en collares de oro en la Gloria.

S. — Así no podrás aguantar toda la vida.

R. — ¿ Y cuanto tiempo me das de vida? ¿ y si hoy mismo me muero? Así pienso yo todos los días.

S. — Esas reglas son pequeñeces.

R. — Justamente. ; Es tan poca cosa lo que me pide Dios!... Y si no hago siquiera ese poquito ¿ cómo podré decirle cada día en el acto de caridad: Os amo de todo corazón, etc.? Además, el día en que Dios me exigiere algún sacrificio grave, cómo tendré yo fuerza para consumarlo, si ahora me amilano por cualquier crucecilla que me imponga la Santa Regla?

S. — Pero, si la infracción de las Reglas nunca importa mal alguno, ni aún pecado venial, ¿ para que tanta exactitud?

R. — Ante todo, yo no debo solamente evitar el mal, sino debo hacer algun bien para agradar á Dios y merecer la Gloria. “ Diverte a malo et fac bonum, ” nos dice Dios. En segundo lugar es falso que en la voluntaria infracción de la Regla “ nunca ” haya ningun mal. Desde luego habría un mal para mí que por el descuido de esas pequeñas Reglas voy à perder gracias

y méritos sin fin, y no tendré derecho á oír aquel melifluo: “Euge, serve bone et fidelis, quia in pauca fuisti fidelis, etc.” Además si dejo que se derribe el cercado de las Reglas, ¡pobre huertecilla de mi corazón! ¡Qué estrago no sufrirá en breve! Sé muy bien que á ciertos religiosos tan fervorosos un día y ahora del todo descaaminados, tú, oh fiero sataná, no los rempujaste con el primer empujón á maldades horribles, sino que con la infracción voluntaria de una reglita, luego vino la de una segunda, de una tercera. etc.,..... y paulatinamente los llevaste á los despeñaderos.

Demás de todo esto, cuando la infracción voluntaria de una Regla es continua, viene á ser un mal también para la Comunidad entera que, aún sin quererlo, va relajándose, perdiendo ese espíritu de fervor que D. Bosco nos dejó. Y en este caso, no sólo pueden ser pecado venial, sino hasta llegar á mortal ciertas infracciones de Reglas, como dicen Santo Tomás y S. Alfonso.

Con que,.... “recede, satana,” y adiós para siempre. —

He dicho que el demonio suele también tentar al religioso bisono por medio de los malos ejemplos, que acaso se encuentran en las mismas casas ó Colegios Salesianos.

En general, gracias á Dios, son observantes de la Santa Regla los miembros de nuestra congregación. ¡Ay de nosotros, si tal no fuera! — Inmediatamente contempláramos, con el corazón desgarrado el cuadro siniestro previsto por Don Bosco, ante el cual, el Angel de los Salesianos exclamaba con voz terrífica: “quomodo mutatus est color optimus!”

¡ Ah! que el Dios de las misericordias no tan sólo en 1900, sino hasta la consumación de los siglos libre à nuestra amada Congregación de tamaña desventura!

¿ Y si desde ahora hay algunos que no “ aprehendent disciplinam...?!! ” La regla es para estos pesada; hoy infringen un artículo, mañana dos, y de este paso siguen hasta atropellar la mayor parte de las constituciones y puesto que “ exempla trahunt,, (máxime los ejemplos malos), se sigue que especialmente los religiosos jóvenes, aún que oigan buenas y santas lecturas y óptimas recomendaciones de los Superiores, se dejan arrastrar por el mal ejemplo de los desobedientes y andan con ellos al través: verificándose así el refrán que dice: “ a bove maggiore discit arare minor; ” y la conocida sentencia; “ Citius persuadent oculi quam aures. ,,

¡ Cuánta responsabilidad recae sobre los que dan mal ejemplo! Cargan, los infelices, su conciencia con todas las irreligiosidades, faltas, relajaciones, etc., que diariamente se multiplican en la desdichada casa en que habitan, sobre la cual lloverán, á su causa, desgracias sobre desgracias. Se acudirá à todos los santos no excluido Don Bosco y clamando: ¡ Padre, Padre! pedirán socorro; pero todo en vano, èl no contestará, ó lo hará con acento terrible y diciendo: De ciertos Salesianos yo ya no soy Padre, porque ellos ya no son mis hijos.

¡ Ah! novicios míos muy amados en Jesús! Oíd un consejo: cuando después de haber profesado, llegaréis al lugar de vuestra nueva destinación, tratad de seguir siempre y sólo las huellas de los más exactos en la dis-

ciplina de la Santa Regla: echaos, por decirlo así, en los brazos de vuestro nuevo director, consideradlo como si fuera el maestro de novicios, abridle de par en par las puertas de vuestro corazón, y suplicadle que no os pierda un momento de vista, apartándoos con mano severamente paternal de cuantos puedan de algún modo seros de mal ejemplo. “Hoc facite, et vivetis.”

Y si, á pesar de todo esto, os hallareis algún dia en una ocasión en que se quebrante la Santa Regla, por ej., del silencio, de la Visita, etc., imitad á S. Andrés Avelino, que por el amor de Dios, dulcemente reconvenía toda infracción de Regla, aunque fuera en los Superiores mismos. Ningún miramiento cuando se trata del honor de Dios. No es soberbia ni temeridad sino virtud y celo divino el impedir los desórdenes y sostener junto con la Santa Regla la necesaria perfección de la Comunidad. Se trata de conservar con vida la Obra de Dios, nuestra Congregación, que tantos sudores y afanes costó á Don Bosco, y á Jesús su misma preciosísima Sangre. La Casa religiosa donde ya no se cuida de las Constituciones ni se atiende á saber y guardar la Santa Regla, téngase por perdida. Esto dijo la gran Reformadora del Carmelo, y agregó que reparemos mucho en cualquier punto de relajación de Regla ó constituciones; porque de ordinario estas cosas tienen pequeños principios y grandes malos fines. “Sæpe parva scintilla contempta magnum excitavit incendium. „ De la polilla y carcoma se consumen los grandes árboles. ¿Que cosa es más débil que un hilo de seda? Júntense muchas hebras y ya

veréis si se pueden romper. La Congregación Salesiana, se dice, que tan jóven es, ya parece un coloso de fuerza, porque goza de mucho espíritu. — Ora, ¿ qué más fuerte que un peñasco de durísimo mármol ? Resiste á las picas y almadanas y cansa á los trabajadores ; y no obstante, una gotera continuada que destila del techo de las casas, alcanza á gastarlo y deshacerlo. Así gastarán y desharán nuestra Congregación las goteras de las faltas contra la Santa Regla, si para impedirlo no nos juntamos todos con ánimo decidido.

Ya que he comenzado a daros consejos, continuaré. Se trata de no perder un gran tesoro que está al alcance de todos. “ Quicumque hanc regulam sequuti fuerint, pax super illos et misericordia, ” os diría S. Pablo. Nuestra predestinación está unida á la observancia de la Santa Regla, dijo el Sales. Es el único camino que el religioso debe tener para salvarse ; cualquier otro camino no será apto para conducirlo á este fin. Así habló S. Alfonso. Es la llave del Paraíso y el libro de la vida : nos lo escribió nuestro amado Padre, D. Rúa. — No sólo nos salvan las Santas Reglas, sino que nos preparan un sinnúmero de gracias y méritos para el cielo ; adonde nos conducen con más facilidad de lo que sobre los rieles del ferrocarril corren esas hileras de wagoes con grandísima carga. Esto nos lo enseñó D. Bosco. El mejor modo para juntar grandes méritos, decía Santa María Magdalena de Pazzis, es el intervenir, por cuanto es posible, á todas las distribuciones de la Comunidad. El que no sigue la Santa Regla, aunque pase su tiempo

orando, disciplinándose, ayunando como un S. Juan Bautista, caminará mucho, si se quiere, pero “*extra viam perfectionis*”, y al término de la jornada se hallará con las manos vacías. Y ¿habrá Salesianos tan torpes que quieran acabar con la penitencia sus días antes de tiempo, para hacer reír al diablo?

S. Alfonso cuenta de un religioso, que, para atender á sus devociones particulares no tomaba parte en las comunes fatigas; y que en el trance de la muerte apareció Jesús y ordenó que todas las oraciones del fulano fuesen borradas del libro de ese religioso y distribuidas á los que habían trabajado según la regla de la Comunidad.

¡Exactitud, novicios amados, he ahí la gran cosa! Ojalá que de cada uno se pudiese decir: “En lo que concierne à la Regla es como un reloj.” Es verdad que á veces, por razón de enfermedad ó por importantes ocupaciones del propio oficio tiene uno causa suficiente para exonerarse de ciertas reglas particulares; pero es también muy cierto que con frecuencia no son las ocupaciones ni la enfermedad la causa verdadera de tanta infracción de la Regla, sino simplemente la.... Pereza.

El conde Cays tenía ya 70 años de vida y andaba arrastrándose con dificultad; porque ya era presa de la enfermedad que pocos meses después lo llevó al sepulcro; sin embargo su mayor pena era el no poder cumplir ya exactamente con la santa Regla.

— ¡Ah, Señor D. Rua, así se acusaba al Rector

Mayor un día este santo Salesiano, ya no observo bien la santa Regla, como antes, en el levantarme por la mañana. — Y nótese que los mismo Superiores ya se lo habían permitido. Para obtener esta exactitud es necesario leer y releer las santas Reglas, estudiarlas, meditarlas y, si se ofrece, hacérselas explicar por los que sepan hacerlo. No hay lectura espiritual quizá más provechosa, que ésta de las santas Reglas. ¡Ah! la causa de tantas infracciones deriva á menudo de la ignorancia crasa de ciertos puntos de Regla. Y ya se sabe que dicha ignorancia no excusa de culpa. Acordémonos que entre los libros que se abrirán en nuestro juicio, uno será el de las Reglas para que juzgue Dios de si las hemos estudiado y practicado. Persuadámonos de que en el libro de la Santa Regla está escrita la Voluntad de Dios respecto á nosotros. De manera que si preguntásemos á nuestro Señor: “ Domine, quid me vis facere, ” para que me salve? El nos responderá: “ Tolle, lege. ” Esa santa Regla ponla sobre tu corazón, tráela delante de tus ojos, átalala á tus manos, medítala, sentado en tu casa, por el camino, al acostarte y al levantarte. (DEUT. Hoc fac et vires).

Para obtener dicha exactitud es bien hacer cada día un examen particular sobre tal punto de regla, que más nos cueste guardar ó más acostumbremos descuidar; haciendo firme propósito de poner remedio con la divina gracia y á la brevedad posible.

Para perseverar en la exactitud de que hablamos es absolutamente necesario, que en esta obediencia nos

guie un espíritu recto: esto es que cumplamos todo bien, no por temor, sino por amor á Dios y á los Superiores, ó bien, si fuere por temor, que sea puramente por temor de disgustar á Dios ó á los Superiores, en cuanto son sus répresentantes. Un medio muy eficaz para ser exactos con el cumplimiento de la santa Regla sería el fijarse de vez en cuando en el retrato de nuestro santo Fundador é imaginarnos que nos está preguntando:

— ¿Qué tal? hijo mío, ¿ cómo tratas á esa bendita Regla que me ha costado tanto, y que Dios nos ha regalado como un plan de batalla que acarreará derrotas mil al tentador infame?

Hay algunos que anhelan poseer algún recuerdo, ó alguna reliquia de nuestro D. Bosco, por ej., un autógrafa, un retazo de sus vestiduras, una porcioncita de sus cabellos, de su sangre, etc..... ¡ Óptimo anhelo! Pero ¿ por qué tan pronto nos olvidamos de lo que nos dijo nuestro D. Rua, que, á saber, la santa Regla es el mejor recuerdo, la más preciosa reliquia de nuestro venerando Padre? Casi podríamos decir que estas Reglas nos hacen poseedores de la mente y del corazón de nuestro Fundador. Este nuestro buen Padre, en una circular que nos dirigió el 6 de Enero de 1884, después de decirnos que — “ el placer más grande que podíamos darle era el de ayudarle en la salvación de nuestra alma, añade: y ¿ cómo me podréis ayudar?... Observando la santa Regla: esa Regla que se dignó aprobar la Santa Madre Iglesia, para que sea nuestra guía,

felicidad de nuestra alma y ventaja espiritual y temporal de nuestros amados niños. Me diréis: — Observarla cuesta fatiga! — Sí, para los que con desgana la practican, no ya para los que la acatan con amor; pues, para estos el yugo es suave y el peso leve. Y finalmente ¿queréis ir al Cielo en carroza? Imposible! Y para qué entraste en la Religión? No para mandar, sino para obedecer; no para gozar, sino para sufrir, etc.

Es ya tiempo de que deponga la pluma, muy recordados novicios míos, mas no lo haré sin escribir antes bien claramente la encantadora palabra: “Obediencia.” ¡Ah! qué sea ésta vuestro pan de cada día como lo ha sido de vuestro modelo Jesús en toda su vida! ¡Que de cada uno de nosotros se pueda decir como del príncipe Csartoriski decían sus compañeros de noviciado: Si un día se perdieran todos los ejemplares de la santa Regla y no quedara ni uno, nos bastaría tener á Don Augusto entre nosotros, porque es la Regla personificada. ¡Obediencia, mis amados. “Apprehendite disciplinam, nequando irascatur Dominus. A esos religiosos tardos, perezosos, descuidados y tibios, mira el Señor con asco; le causan vómito ¿qué mucho si se hacen intolerables á los Superiores y á toda la Comunidad?

Y digo yo; si siendo aún tan jóvenes ya son así ¿qué será cuando ancianos? — No los imitéis. Sed más diligentes, amigos míos. Los diligentes, veloces y puntuales en lo que manda la Regla son á propósito para tratar con los Príncipes y Reyes, dice el Sabio; pero los ociosos, tardos, y desobedientes no sirven para Dios ni para

el mundo. ¿Para quién han de servir, pues?...¡ Ah me espanta... para el diablo! Librenos Dios de tanta desgracia!

Con toda la efusión de mi pobre corazón, para que todos seais muy prontos y para siempre obedientísimos os imparto la Santa Bendición.

La Regla, oh novicios,	¡¿ Tan rico tesoro
Pisar ¿ quién se atreve?	Que es nuestra esperanza,
¿¡ Un yugo tan suave	La llave del Cielo
Un peso tan leve!?	Que Dios nos alcanza!?

Consagra á la Regla
Perfecta obediencia
Y siempre felice
Será tu existencia.

Orate pro me semper, semper, semper!

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.



CONFERENCIA X.

“Amistades particulares.”

Santiago, Septiembre 15 de 1897

Novicios carísimos:

Un grande amigo de vuestras almas me ruega que os escriba una cartita, animándoos á acabar una vez para siempre con las peligrosas amistades particulares que intentan afean, según él dice, la incomparable hermosura moral de esa Santa Casa.

Y yo voy á complacerlo en el acto.

Os diré ante todo que no entiendo predicar la cruzada contra toda clase de amistades; porque las hay también buenas.

Las amistades, aunque, rigurosamente hablando, no sean necesarias para un novicio, atendiendo á que la santa Regla, la asistencia paternal de los Superiores, la frecuencia de los SS. Sacramentos y demás recursos de la Casa Religiosa ofrecen sobrados medios para santificarse, sin embargo cuando son “undequaque”, buenas, no dejan de ser útiles y provechosas. D. Bosco mismo nos aseguraba que de la amistad que tuvo con su compañero de Seminario D. Luis Comollo había sacado grande impulso para la práctica de la virtud. Estas amistades interiores y santamente disimuladas, decía él, contribuyen eficazmente para avisarse de los peligros úno á

ótro, como Jonatás lo hacía con su amigo David; sirven para confortarse en el bien obrar y en el cumplimiento de sus obligaciones, para despertarse disimuladamente en la oración y unión con Dios; sirven para corregir mutuamente las faltas y defectos. Mas, agregaba Don Bosco, esto hay que hacerlo seriamente y con perfecta caridad, no sea que se repita lo que pasó con dos conocidos míos, que, hecho el pacto de avisarse reciprocamente, á la primera reconvencción que hizo el úno, se alteró el otro, le echó en cara sus defectos peores y acabaron por abofetearse. ¡Pobre amistad farsante!

Hay otra clase de amistades particulares que no sólo son buenas, sino laudabilísimas é inmejorables. Son las que un novicio tiene con Jesús Sacramentado, con María Santísima, con su Angel Custodio y con S. José. En estas amistades no hay peligro de propasarse.

Pero las amistades particulares, declaradas por el amigo de vuestras almas como peligrosas, quiero que se estigmaticen, porque son contra la conciencia y no fundadas en lo divino, sino en lo puramente humano, (v. gr. talento, modales y demás prendas exteriores).

— ¿Por qué combatiremos estas amistades?

— Porque aunque vayan, á veces, con el manto de santidad, son realmente enemigas de Dios, puesto que El ha dicho palatinamente: amadme “ex toto corde,” y esas relaciones comienzan robando una parte del corazón y acaban por robarle todo entero. ¡Ah! Dios es muy celoso de nuestro corazón ¿quién no lo sabe? El nos lo ha dado íntegro el suyo, ¿qué mucho es que nos

pida à su vez todo el nuestro, y que se enoje contra las amistades particulares que están disputando el dominio sobre los corazones que à El unicamente le pertenecen ?

— ¿ Por qué detestaremos esas amistades ?

— Por el daño grande que ocasionan à la Comunidad en general. Y à la prueba ; cuando en el tersísimo horizonte de un novicio-lo se asoma algún punto negro de amistad particular, no pasará mucho tiempo sin que otros y otros puntos negros aparezcan en el cielo hermoso de la Casa Religiosa. — La primera amistad particular que surge en una casa de Dios es un tizón de discordias, celos, aversiones, chismes y murmuraciones sin fin, que maltratan duramente á la noble y santa Caridad, y la echan fuera de su propia casa. ¡ Qué daño inmenso ! Es por esto que S. Bernardo llama á estas amistades, “ envenenadas y enemigas de la paz común. ” Por esto también S. Basilio las definía : Grande seminario de envidias, de sospechas, de odios y enemistades. Por el mismo motivo S. Alfonso con Santa Teresa, la gran reformadora de Religiosos y Religiosas las llaman : Peste contagiosa que hay que destruir con todo rigor, usando aún, si es el caso, el fierro y fuego de la expulsión. ¡ Ay ! y ¡ qué peste tan hedionda y fatal ! Con ella cualquier vicio del uno se pega al otro, so color de virtud ; porque vendados por el amor sensible los ojos de la conciencia, no pueden ver à las claras. — Dime con quien andas y te diré quien eres, dice un muy sabio refrán ; y el otro adagio ya había sentenciado que “ amor aut similes invenit aut facit. ” — Se comienza

por encarecer las bellas dotes del amigo, luego la injusta reprobación recibida, las preferencias que los Superiores usan con los otros; è insensiblemente se pasa à manifestar quejas y à murmurar de todos, à alabarse mutuamente, à excusarse del úno al otro los defectos, à narrarse episodios de la propia vida, à revelar secretos, à declarar sus defectos y, Dios no quiera, que hasta las tentaciones, hasta los pecados, y esos pecados que quizá ni han manifestado à quien debían, al Padre de sus almas!! La Santa Regla clama, brama la conciencia; nada se escucha, à nadie se atiende; por complacer al amigo se desoye la voz de Dios, se conculca la santa Regla; entran los discursos largos, largos, à escondidas; suceden los regalitos, desdeñando à la obediencia y à la pobreza, y aún à la justicia, porque à veces se regalan cosas robadas à la misma Casa religiosa'.... Se siguen las miraditas fijas y prolongadas.... las caricias.... ¡ Ay ! “ obscuratum est aurum ; ” se repiten, se multiplican las demostraciones de cariño : “ mutatus est color optimus, ” el amor sensible crece y crece paulatinamente en razón inversa del amor de Dios que está agonizando, que ya no es más que una pequeña lumbre rodeada de un torrente de aguas frías y fétidas... El demonio consigue redoblar el vendaje de la pasión, azuza, empuja y está para sacarles los ojos de la razón, haciéndoles creer que nada hay más legítimo ni más decoroso que una amistad tal y que las tales demostraciones, y que en ello nada hay de malo; hasta que al cabo llega un momento fatal, Satanás da un empujón y... la miserable pareja

rueda en el fango. Dios se ha retirado y en su furor supremo se prepara á cumplir con su terrible promesa que en su nombre pronunció Isaías : “ In terra sanctorum (la casa religiosa) iniqua gessit..... non videbit gloriam Dei!.....” ¡Qué espanto!

¡Ah! ¿y quién llamará todavía amistades á este género de enemistades cruelesísimas? ¿Quién no las odiará más bien de todo corazón?

Alguno dirá quizás: La pintura que acaba de hacer S. Señoría, es exagerada. -- No, hijos míos, ¡ojalà lo fuera!; y debo decirlo que es una imagen bien menguada de lo real.

¡Ah, si la prudencia no me coartara el señalar y enumerar las desventuras de la virtud y de las vocaciones, que con harta frecuencia hacen llorar á mares á las pobres Comunidades del mundo entero, no excluídas las nuestras !.....

¡Amistades diabólicas, tanto más peligrosas cuanto menos viciosa es la cara con que se nos presentan! — ¡Detestémoslas, amigos míos, con todo el corazón!

¡Alerta siempre! que pueden entrársenos en casa el día menos pensado; y lo más temible es que tienen tanta artimaña que pueden llegar á aposentarse en el corazón no tan sólo de los jóvenes, sino hasta de los maduros de edad y hasta de los viejos. ¡Alerta!

S. Alfonso después de asegurarnos que estas amistades particulares en la Casa religiosa son más peligrosas que las del mundo, á causa de la ocasión próxima continua, nos va enseñando à conocer las trazas de esta

serpiente, cuando se hubiese ya ocultado en algún ángulo de la Casa. — He aquí los principales indicios: si los discursos entre etc., se prolongan mucho y se hacen ocultamente; si se dan mutuas alabanzas; si se excusan los defectos entre sí; si se experimenta inquietud y afán por la ausencia del amigo; si se ocultan al Director del alma, etc., etc.

Nadie diga: Yo sé lo que me hago, mi fin es recto, ese amigo mío es un santo; pues si él es un santo, tú no eres más que tierra muy deleznable. Serás una tierra bendecida, pero siempre tierra. Ahora bien, mezclemos agua santa con tierra santa, ¿qué tendremos? Barro, nada más que barro. — Y no te dejes embaucar por la capa de virtud del amigo, porque, como dice S. Tomás, el demonio es astutísimo: hoy te dejará amar sólo la virtud junto con la persona, mañana ya la persona sin la virtud y muy pronto hará al corazón de entrambos leves heridas, heridas que encienden el afecto; á tales heridas suceden paso à paso saetas envenenadas, hasta que “sensim sine sensu” el amor espiritual se muere y no queda más que el carnal, como dijo S. Pablo. Y ¡cuántas amistades empezaron puras y acabaron vergonzosamente! En el valle de Josafat se verá de que naturaleza había sido ese fugo que ahora tiene apariencias de santo.

Novicios carísimos, prometel á Jesús, Rey de los corazones, y á María, Madre del amor hermoso, que de hoy en adelante os acostumbraréis á tratar con todos (con excepción de los malos, si los hubiere), comenzando

desde los que por su carácter os fuesen más antipáticos ; que no bien sintiéreis herido vuestro corazón con el dardo de la simpatía, lo manifestaréis luego no solo al Confesor sino al mismo Director, para que, si fuera del caso, os vigile y separe, aunque fuese bruscamente, del peligro. — Haced caso de estas pequeñas aficiones ; aquí más que nunca se ha de aplicar el “ saepe parva scintilla contempta, magnum excitavit incendium. „ ¡Cuántos por causa de ella han perdido la paz, la vocación y la misma vida eterna ! ¡ Oh ! en el fuego eterno irá á rematarse ese fuego de amor loco y allí maldeciránse para siempre esos dos amigos, trocados en terribles enemigos !

Escarmentad, carísimos, en cabeza ajena. “ Sursum corda ! che il diavol non vi morda ! „ — No hay más que un Dios solo y no tenemos más que un corazón, luego todo à El se lo debemos dar.

Acabemos de comprender que sólo Jesús ha muerto por nosotros, para que no tuviésemos otras parcialidades de amor. ¿ No nos bastará Jesús ? A quien Dios no basta, nada le ha de bastar. Pero Jesús nos basta y sobra ; aunque todo el mundo nos dejara solos, estando con Jesús nunca estaremos menos solos que cuando con El estaremos, porque con Jesús están miles de santos ángeles.

Caros novicios, por ahora os dejo, y al responderle al amigo de vuestras almas, le diré que desde ya, todos vijilaréis sobre vuestro corazón, que nadie se dejará

prender por los ojos, ni desconcertar por la loca fantasía,
y que todos viviréis la vida del amor santo, que os hará
felices en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Caros novicios,
Oídme : os dejo
Un utilísimo,
Santo consejo:
“ — Las amistades
Particulares
Os harán siempre
Llorar á mares.
Parecen dulces
Y son amargas;
Santas se creen,
Mas de sus largas

Conversaciones
De fuego ardiente,
Nace mortífera
Larga serpiente,
Que estrecha y ahoga
En espirales,
Luego os arroja
En hondos males
De grave escándalo,
De torpes vicios...
¡ Abominadlas!
Caros Novicios.

Orate pro me.

Vuestro af. en J. y M.

† SANTIAGO

Obispo tit. de Colonia.

